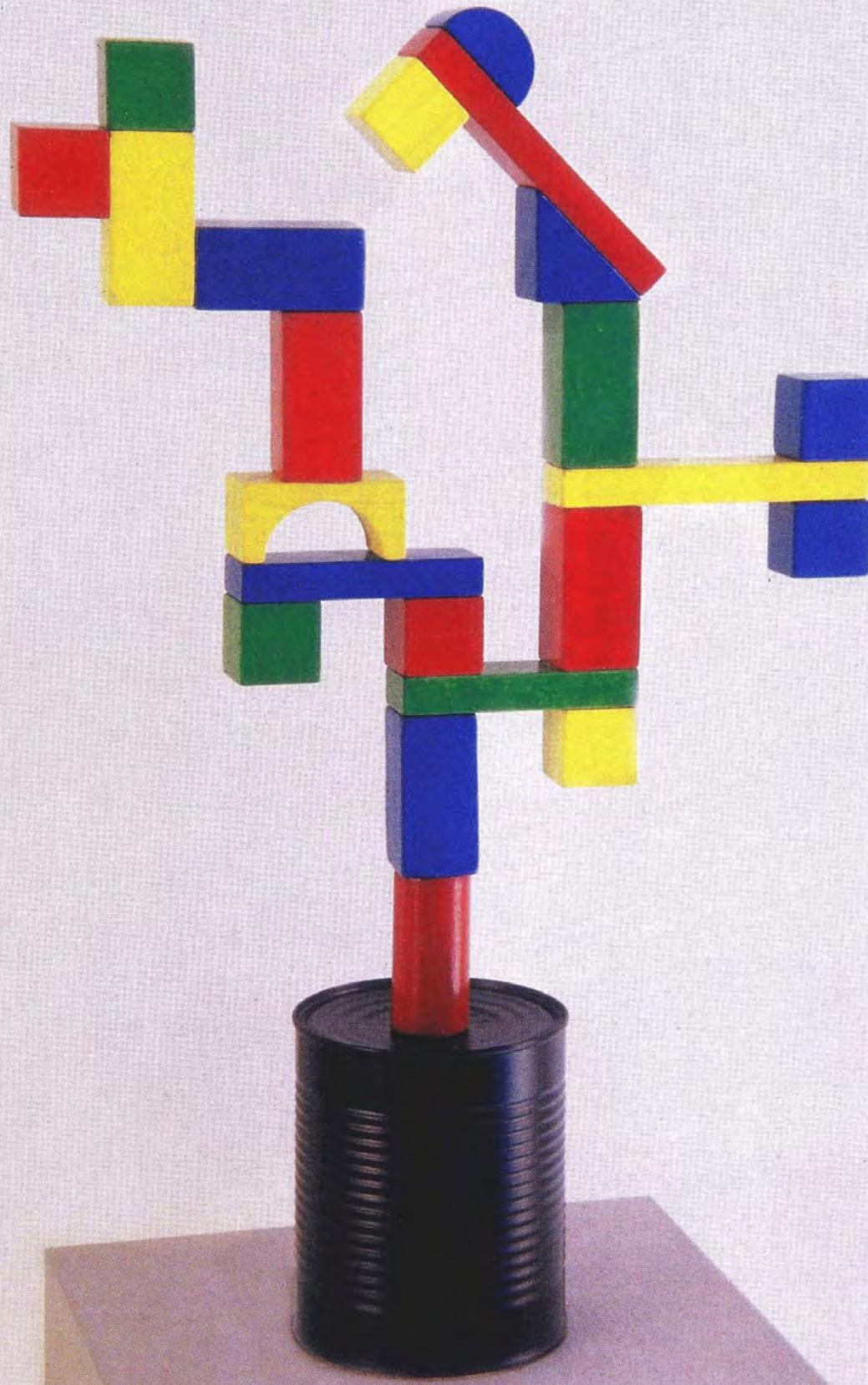


ROLDE

REVISTA DE CULTURA ARAGONESA



ROLDE

REVISTA DE CULTURA ARAGONESA
N.º 73

ROLDE

Revista de Cultura Aragonesa

Apartado de Correos 889
50080 Zaragoza (Aragón)



Edita: Edicions de l'Astral.
(Rolle de Estudios Aragoneses)

Consejo de Redacción: José Luis Acín, Gerardo Alquézar (Coordinación), Chesús Bernal, José I. López Susín, Vicente Martínez Tejero, José Luis Melero, Antonio Peiró, Vicente Pinilla y Carlos Polite.

Administración: José A. García Felices.

Redacción: Covadonga, 35-37, oficina.
50017 Zaragoza. Tel.: (976) 33 37 21.

Correspondencia: Apartado de Correos N.º 889. 50080 Zaragoza.

Impresión: Cometa, S. A.,
Ctra. Castellón, Km. 3,400.
50013 Zaragoza.

ISSN: 1133-6676

Depósito Legal: Z-63-1979.

Portada: «Arquitectura», Fernando NAVARRO. Escultura.

Colaboran en este número: Miguel MENA, José Ramón MOLÍNS, Hèctor MORET, José M. NASARRE, Fernando NAVARRO, Fernando ROMO, Beatriz RUBIO y Pedro RÚJULA.

Sumario:

Levantamientos urbanos y contrarrevolución: Zaragoza 1820-1840	4
Manifestaciones de la cultura tradicional en el Bajo Aragón	12
Una aproximación al estudio de las armaduras de madera mudéjares aragonesas	19
Visions de l'Aragó catalanòfon en els escriptors catalans	32
Teresa Garbí o la escritura de la insatisfacción	36
La vía muerta	40
Turismo en el Pirineo: adaptar la protección a cada espacio natural ...	57

RECUERDO DE DOS VIEJOS AMIGOS

Aragón y la cultura aragonesa acaban de sufrir, en estos días, la pérdida de dos hombres relevantes; en las postrimerías de mayo, nos abandonaba José Antonio Rey del Corral y muy poco después, como si se tratase de acudir a una misma cita concertada de antemano, Santiago Lagunas se despedía de nosotros.

La literatura y un arraigado compromiso de libertad y solidaridad serían en José Antonio Rey del Corral las credenciales de quien creyó en el hombre y en el dolor de su existir.

Arquitecto del color y los pinceles, Santiago Lagunas pintó la pintura y derivó la abstracción a la vanguardia del Arte contemporáneo.

Colaboradores, ambos, de ROLDE y viejos amigos de cuantos hacemos la revista, queremos dejar testimonio de que su recuerdo forma ya parte de nuestra memoria y de la de aquellos que sienten Aragón en la grandeza moral de sus gentes.

AVANCE DEL ARAGONESISMO

El pasado 28 de mayo tuvieron lugar las Elecciones Autonómicas y Municipales. Y en ellas, un hecho histórico a destacar: los excelentes resultados obtenidos por la Unión Aragonesista/Chunta Aragonesista (CHA), que contará desde ahora con dos diputados en las Cortes de Aragón y con concejales en la mayoría de los municipios donde presentó candidaturas.

La izquierda nacionalista ha entrado en el Parlamento de Aragón desbordando todas las expectativas, y los herederos de la histórica Unión Aragonesista fundada en 1919 han visto refrendado su duro y solitario trabajo de estos últimos años con más de 34.000 sufragios en todo el país. Un éxito sin precedentes que confirma la existencia de un electorado aragonesista y de izquierdas que ha confiado en el mensaje de regeneración política y de compromiso con nuestro pueblo lanzado por la CHA.

Esta revista, que desde su nacimiento en 1977 ha sido el referente cultural del aragonesismo, que vio nacer con alborozo a la CHA —pues nos liberaba, todo hay que decirlo, de la pesada carga de tener que hacer política y significaba por fin la articulación en torno a un partido de toda la izquierda aragonesista— y que tuvo que soportar el coste de que algunos de sus mejores hombres, pensamos en Chesús Bernal por ejemplo, se dedicaran desde entonces más al campo político que al estrictamente cultural, felicitó sin ambages a todos los aragonesistas de izquierda del país y se felicitó también por tener en su Consejo de Redacción a uno de los nuevos Diputados a Cortes.

Pero no nos gustaría que el acceso a las instituciones atemperara, siquiera fuera por un instante, el mensaje de radical aragonesismo y de compromiso con el socialismo de la CHA. Este partido no debe olvidar en ningún caso de dónde procede, a quién representa y cuáles son sus apoyos: los de aquéllos que siempre han soñado con un Aragón solidario y soberano.

Levantamientos urbanos y contrarrevolución: Zaragoza 1820-1840*

PEDRO RÚJULA LÓPEZ

Una de las características más destacadas de los movimientos contrarrevolucionarios que tuvieron lugar en España durante la primera mitad del siglo XIX fue que obtuvieron sus principales éxitos en el ámbito rural. Así sucedió con la insurrección realista durante el Trienio Liberal, que alcanzó su mayor desarrollo a partir de las partidas absolutistas que actuaban sorteando los núcleos de población importantes¹. También es el caso de la sublevación de los *malcontents* en Cataluña que arraigó fundamentalmente entre las masas campesinas duramente castigadas por la situación económica². Y es característico de la guerra civil carlista que el control territorial del infante don Carlos en distintos puntos de la península —Provincias Vascas, Bajo Aragón-Maestrazgo, y Cataluña— nunca llegó a establecerse sobre una ciudad importante, arraigando, en su defecto, en el interior de la sociedad, la economía y la cultura rurales³. En todos los casos se produjo la movilización de los sectores más deprimidos de la sociedad rural en apoyo de la contrarrevolución. Campesinos, jornaleros y artesanos, muy afectados por la crisis de precios en los productos agrícolas, presionados por la posición desfavorable en las relaciones de producción heredadas del Antiguo Régimen y escasamente atraídos por el proyecto liberal, constituyeron un bloque profundamente descontento muy proclive al levantamiento. En él pudieron apoyarse los proyectos insurreccionales con notable éxito, una circunstancia que terminó por vincularles a una base eminentemente rural.

Sin embargo, el apoyo recibido de la sociedad campesina no fue una elección realizada *a priori* sino

el resultado de los esfuerzos por procurarse un apoyo social. El carlismo, por ejemplo, manifestó reiteradas veces sus aspiraciones de establecer las raíces de su poder lejos del entorno rural en el que recibían el apoyo. Así se entienden todos sus denodados esfuerzos diplomáticos por obtener el reconocimiento de don Carlos por otros monarcas europeos del momento o la intensa actividad en los mercados del crédito europeo para negociar unos empréstitos que financiaran las actividades de sus ejércitos⁴. Y en la misma línea deben entenderse todos los intentos que siempre, desde los momentos iniciales, dirigieron al levantamiento de las ciudades. Existe una larga tradición de acciones impulsadas desde instancias contrarrevolucionarias cuyo objetivo consistía en apoderarse de los núcleos urbanos. En adelante, el caso de Zaragoza servirá de ejemplo ilustrativo para analizar cómo se configuran los distintos intentos de levantar la ciudad, cuáles son sus bases, su estructura organizativa, las características del movimiento. También es necesario comprobar si se produce evolución tipológica en el tiempo, la incorporación de nuevos elementos, o la organización de forma nueva.

En el período de tiempo que media entre 1820 y 1840 pueden establecerse tres fases en el desarrollo de levantamientos contrarrevolucionarios que se producen en Zaragoza. Son los siguientes:

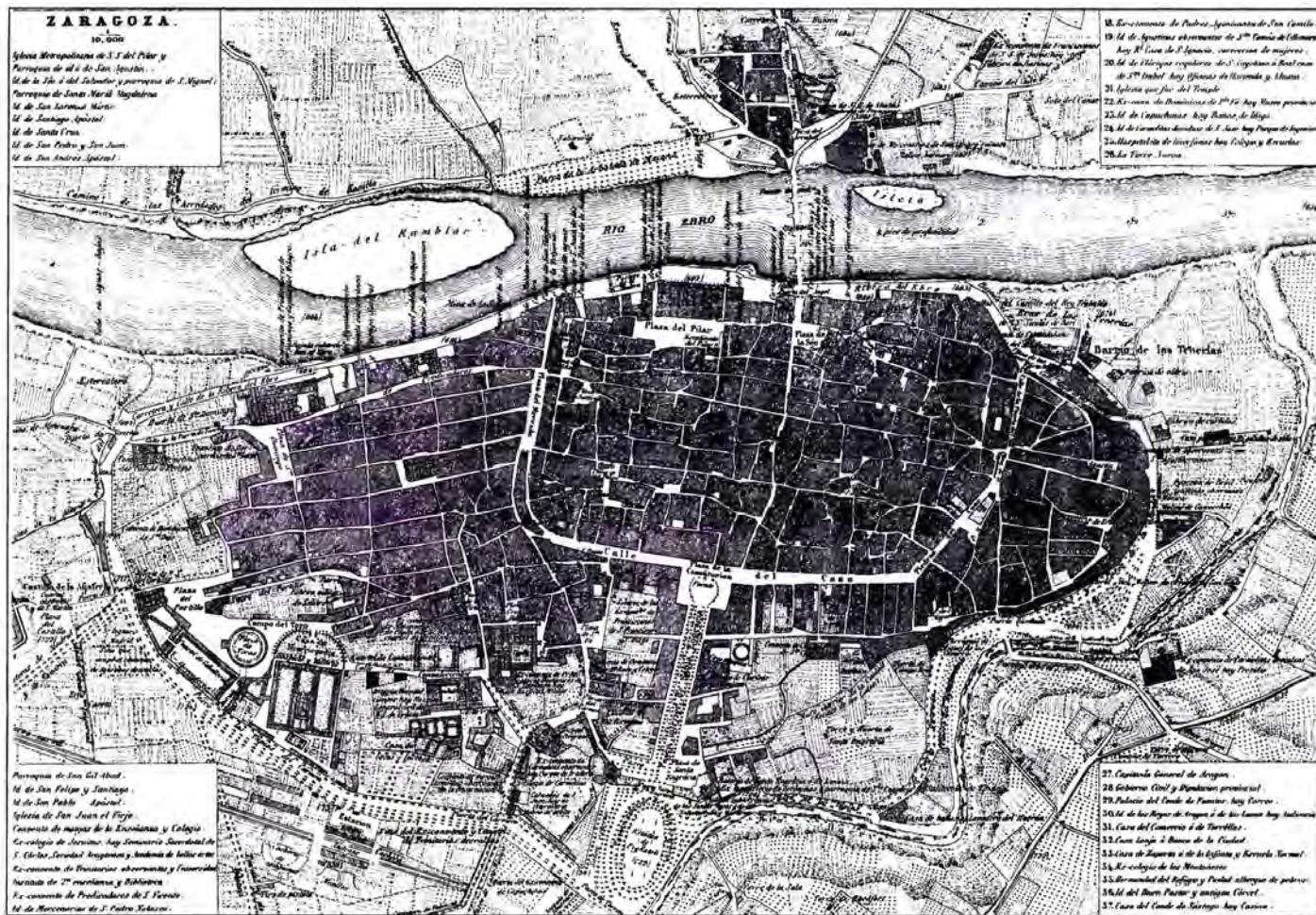
1. Levantamientos sobre la estructura social heredada del Antiguo Régimen.
2. Introducción de nuevos elementos de movilización política.
3. Desarticulación de los apoyos urbanos.

1

Los levantamientos contrarrevolucionarios producidos durante el Trienio Liberal en Zaragoza se apoyaron sobre la estructura social urbana heredada del Antiguo Régimen. Tampoco podía ser de otro modo. La entrada en vigor de la Constitución de 1812 no podía cambiar de un plumazo los hábitos organizativos, las redes de clientelas o las relaciones afectivas vigentes hasta el momento y siguieron siendo válidas como fórmulas de vertebración social. Tampoco era nada nuevo la utilización de estas estructuras al servicio de un levantamiento⁵. Habían funcionado en 1808 en el levantamiento popular contra las autoridades afrancesadas que encumbró a José de Palafox al mando de la ciudad, un miembro de la nobleza aragonesa que legitimaba la situación con su presencia, por su vinculación con la monarquía absoluta de Fernando VII⁶. Y volvió a suceder incluso en la revolución de 1820 cuando, a pesar de la participación de individuos inequívocamente liberales, principalmente del ejército, no puede olvidarse que la Junta Superior Gubernativa de Aragón fue presidida en su primera etapa por el marqués de Lazán —capitán general de Aragón y hermano de José de Palafox— que permitía, al margen de otras cuestiones⁷, controlar las fidelidades tradicionales entre los barrios de Zaragoza.

El levantamiento contrarrevolucionario más importante del Trienio Liberal en Zaragoza se produjo muy temprano, en mayo de 1820, tan sólo dos meses después de haberse proclamado la Constitución y no estaba desligado de la figura del marqués de Lazán. Este, pasados los primeros momentos de tensión y después de obtenida cierta estabilidad institucional, había sido destituido del puesto de presidente de la Junta y llamado a Madrid. La tensión en algunos sectores próximos era evidente e incluso habían respaldado la revocación de la orden pero, finalmente, emprendió viaje a la capital aunque se detuvo en Daroca, no muy lejos de Zaragoza, puede ser que en espera de los acontecimientos que iban a producirse.

El 14 de mayo Valentín Solanot, nuevo presidente de la Junta Gubernativa, tuvo noticias de que se estaba preparando un levantamiento servil impulsado por los partidarios de Lazán "...que era público en la ciudad el plan establecido para tan horroroso como inconcebible proyecto de apoderarse de las autoridades y ciudadanos honrados que se han interesado tanto en el Sistema Constitucional y en conservar la tranquilidad pública, y después de este hecho arrancar la lápida de la Constitución y establecer y proclamar el despotismo" y que tenía como



Plano de Zaragoza durante la primera mitad del siglo XIX.

“punto de su reunión y mayor fomento la plaza de la Magdalena”⁸. Por ello se celebró una reunión extraordinaria de la Junta con el jefe político a la que se invitó al teniente general Antonio Amar y Borbón, nuevo capitán general, y decidieron la reunión de la tropa, la milicia y los “prohombres honrados de las Parroquias” en la Plaza de la Constitución. Entretanto, en la Magdalena se encontraban 400 hombres armados que habían ocupado las calles próximas a la plaza. Los que allí se dirigían debían contestar al quién vive con la voz “¡Realistas!” y su intención más inmediata era ir a arrancar la lápida de la Constitución.

El motín se desencadenó en torno a las diez a los gritos de ¡Viva el Rey! ¡Viva el Arzobispo!⁹ y continuó durante toda la noche en medio de un tiroteo ininterrumpido hasta las seis de la mañana. El ejército se limitó a proteger la plaza de la Constitución, donde se hallaba la lápida, y el enfrentamiento se desarrolló entre los paisanos de la Magdalena y los vecinos de las Tenerías y el Arrabal, que habían organizado el levantamiento, contra los de la parroquia de San Pablo respaldados por la Milicia de infantería y caballería¹⁰. Imposibilitados para extender la conmoción al resto de la ciudad¹¹ terminaron por dispersarse entre las calles próximas dejando

atrás dos muertos y cuarenta prisioneros. El barrio de la Magdalena manifestó esos días su propensión a movilizarse en favor de levantamientos serviles, porque apenas tres días más tarde circuló el rumor, esta vez sin confirmarse, de que “en el Arrabal y Plaza de la Magdalena intentarán turbar la quietud pública, al modo que en la noche del 14, algunos facciosos que sin duda quedan encubiertos”.

La instrucción del sumario sobre este proyecto de “contrarrevolución” —como lo denominó el fiscal¹²— descubrió algunos aspectos interesantes¹³. El contingente humano reunido para el motín no procedía de la ciudad, sino que había sido reclutado de pueblos cercanos, destacando los hombres llegados de la Cartuja. Finalmente se liberó a todos los apresados forasteros por la certeza de que entre ellos no había “hombres de los que piensan y se deciden por raciocinio” y que sólo se habían avenido a participar por los 20 reales que les habían prometido¹⁴. Era evidente que ellos no habían organizado el levantamiento. Se buscaron implicaciones entre el clero —los monjes de la Cartuja o el convento de Santo Domingo— aunque nada pudo demostrarse. Sin embargo fueron apresados D. Mariano Dieste, racionario y sacristán mayor de San Gil y un grupo de 40 personas, compuesto por jornaleros que habían participado en el movimiento y labradores de mayor edad que lo habían coordinado en los barrios. No se consiguió implicar al comandante de Rentas a quien se creía enterado, pero su dependiente, José Santa Ana fue condenado a garrote, acusado de repartir los 20 reales y suministrar las armas a los levantados. También fueron inculpados dos individuos vinculados a la catedral del Salvador, el sacristán Mariano Díez y el fosero Pedro Novella, por haberse encargado de reclutar a los hombres.

Las implicaciones que resultaron de la investigación indican que tras el levantamiento se encontraban algunas de las figuras que representaban la continuidad entre el régimen absoluto y el constitucional, concretamente todo señala hacia el marqués de Lazán y hacia el arzobispo. El arzobispo representó un papel abiertamente anticonstitucional. Faustino Casamayor resumía: “...ha tenido la Junta por conveniente proceder contra la persona del Ilmo Sr. Arzobispo, haciéndole principal promovedor de todo lo ocurrido”¹⁵ y el jefe político destacaba su actitud de no haber llamado “a los revoltosos al orden, y dejado la oración y el descanso para después de haber cumplido con la urgencia debida”¹⁶. Un gesto de apoyo al orden que se hacía necesario ya que los amotinados coreaban su nombre en legitimación del movimiento.

2

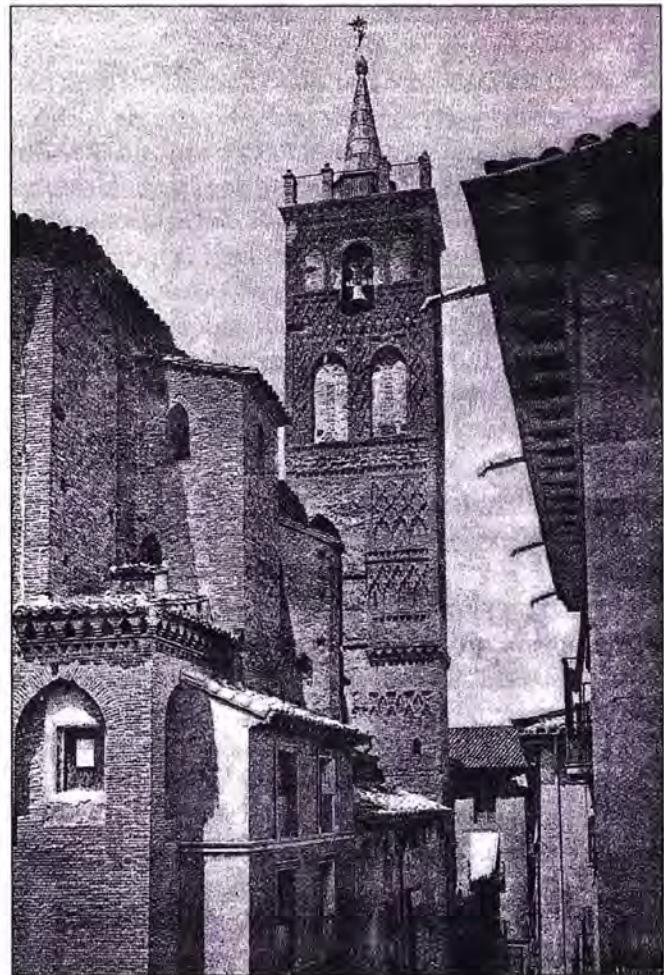
El restablecimiento del absolutismo en 1823 emprendió el desarrollo de instrumentos de movilización urbana propiamente contrarrevolucionarios.



Zaragoza. Iglesia de San Pablo. Los vecinos de la parroquia de San Pablo, junto con la Milicia defendieron las posiciones constitucionales en 1820.

El caso más destacado es la creación de los Cuerpos de Voluntarios Realistas¹⁷ que fueron constituidos en cada municipio claramente inspirados en la Milicia Nacional¹⁸ pero con una composición y unos objetivos completamente contrarios. Los Voluntarios Realistas surgieron como estructuras reconocidas por la Regencia poco después de la invasión de los Cien Mil Hijos de San Luis y pretendían encuadrar de forma homogénea toda una pléyade de formaciones variopintas que iban, desde las partidas de combatientes realistas en los años anteriores, hasta las milicias ciudadanas surgidas con el objetivo de mantener el orden en el territorio tomado al gobierno constitucional¹⁹. Los reglamentos de 1824 y 1826 les dieron forma de acuerdo con la tónica de reacción que guía la políticas de los sucesivos ministerios²⁰. A partir de 1825 se establecieron importantes arbitrios municipales para reunir recursos que permitieran vestir y armar a esta milicia, lo que proporcionó una holgada disposición económica —potenciada fundamentalmente en las ciudades y cabeceras de circunscripción— y fomentó una numerosísima clientela entre las capas más desfavorecidas de la población²¹ —jornaleros y oficiales artesanos en su mayoría—. A lo largo de la década absolutista los Voluntarios Realistas, que habían comenzado siendo los guardianes de la restauración absolutista, se consolidaron como un reducto del ultrarealismo y sus conflictos con la línea política marcada por el gobierno fueron cada vez más frecuentes. Fue destacada su participación en la revuelta de los *malcontents* en el año 1827²² y después de la crisis de La Granja de 1832 los riesgos que comportaba una formación armada tan amplia como ésta fueron tan evidentes que comenzaron a desmontarse las bases de su poder: se limitaron los recursos económicos y humanos de que había disfrutado ampliamente.

A estas alturas, la realidad era que los Voluntarios Realistas habían sido una escuela de reacción al servicio del absolutismo cuyas enseñanzas se habían impartido durante 10 años, consolidando así un cuerpo social proclive al apoyo de iniciativas contrarrevolucionarias, con unas redes de jerarquía establecidas y poseedor de medios para llevar a cabo sus proyectos. Y desde el establecimiento del gobierno de Cea Bermúdez, que significó el fin de la influencia del partido apostólico en el gobierno, no dejaron de estallar uno tras otro numerosos levantamientos en los que tenían un papel destacado los Voluntarios Realistas. Fue importante en Zaragoza la insurrección frustrada del 25 de marzo de 1833²³ que provocó el desarme del cuerpo y la reconstitución sobre una nueva base que dejaba fuera a todos los componentes peligrosos. La labor de las autoridades, siguiendo paso a paso la conspiración y abortándola en el último momento, desbarató un levantamiento que contaba con el respaldo de los batallones de realistas, no sólo de la capital



Iglesia de San Gil. El racionero y sacristán mayor de San Gil estaban implicados en la organización del levantamiento de 1820.

sino de distintas poblaciones del entorno, cuyas fuerzas, hasta ese momento intactas, hubieran supuesto un apoyo temible. Fue la última vez que el levantamiento pudo realizarse en estos términos en Zaragoza. Las posibilidades de intentar una nueva toma del poder por las armas se vería en lo sucesivo muy limitada por la perdida de control sobre los Voluntarios.

Sin embargo esto no significó el abandono de la vía insurreccional en la ciudad, aunque desde entonces fueron conscientes de que el tiempo corría en contra suya. A partir del día en que fueron desarmados los Voluntarios Realistas y apartados de sus filas los más radicales y todos los sublevados en marzo, su posición se fue debilitando, perdiendo progresivamente control sobre los resortes que habían dominado. Además, el vacío estaba siendo cubierto por individuos vinculados al moderantismo muy activos en esta fase contra cualquier manifestación de carlismo²⁴. La necesidad de aprovechar la influencia que aun mantenían sobre los Voluntarios Realistas fue la que motivó el levantamiento del 27 de febrero de 1834. Este levantamiento ilustra perfectamente el momento que se estaba atravesando en la composición de las fuerzas contrarrevolucionarias urbanas y en la estrategia insurreccional empleada²⁵.

El conde de Villemur, un militar que había sido apartado a finales de 1832 de su cargo de gobernador militar y Subinspector de Voluntarios Realistas de Barcelona y confinado en Zaragoza, fue el organizador del plan, respaldado por otro confinado, D. Juan José Orúe, ex-intendente de Guadalajara, un administrador de Loterías, D. José Izquierdo y un cura exaltado de la ciudad, mosén Antonio²⁶. La actividad conspirativa se desarrolló en dos direcciones. Por una parte Villemur, que se ocuparía de las cuestiones tácticas del levantamiento y de establecer contactos con aquellos ámbitos que le eran más propicios por su pertenencia al ejército, es decir, con los militares y con los voluntarios realistas. Su acción estuvo destinada a la captación de mandos intermedios de formación militar que a su vez pudieran extender su influencia entre una amplia base, léase tropa, tanto del ejército como de los Voluntarios.

Por otro lado mosén Antonio desarrollaría una actividad paralela pero en ámbitos completamente distintos. El medio urbano entre el que el clérigo se movía a su antojo era entre la sociedad civil y es por ella donde puso a funcionar sus relaciones. Estableció contacto con los llamados *caciques*, que no eran sino personas reconocidas como gentes de autoridad en sus respectivos barrios y con una capacidad de mediación aceptada, fiel reflejo de la estructura organizativa tradicional. Estos *caciques*, también llamados *prohombres*, debían actuar como auténticos jefes populares, valiéndose de su predicamento en el entorno del barrio, y proporcionar base social civil al levantamiento.

El levantamiento la noche del 27 de febrero no resultó como estaba previsto. Las autoridades disponían de informaciones bastante precisas sobre lo que podía ocurrir de modo que, cuando se produjeron los primeros enfrentamientos con hombres armados en las Tenerías y en el Arrabal²⁷, las tropas enviadas por Ezpeleta ocuparon las calles imposibilitando cualquier sorpresa posterior. Con ello se impidió que fueran abiertas las puertas de la ciudad para recibir apoyo exterior, y que resultaran asaltados la guardia y los cuarteles. Las autoridades, que debían ser apresadas, permanecieron libres para tomar decisiones defensivas y, viendo esto, los oficiales comprometidos retiraron su apoyo. Con esta perspectiva, estrangulada la pirámide conspirativa en su cúspide, fracasando los cuadros que debían articular el levantamiento, sólo quedaba la alternativa de un gran estallido popular de apoyo que desbordara las posibilidades represivas de las autoridades. Pero esto no se produjo y, por ello, la escasa movilización popular que se registró en los barrios de las Tenerías y del Arrabal no fue determinante en el resultado final; el fracaso no tardó en producirse.

El alcance de este levantamiento no estuvo sólo en las dimensiones del plan, o en el hecho de afectar a una gran ciudad como Zaragoza, también residía

en su importancia decisiva en el contexto de toda la estrategia insurreccional de asalto a las ciudades que desarrollaron los carlistas en Aragón durante los primeros meses de guerra. No era el primero de este tipo, antes se habían producido otros levantamientos urbanos de tendencia carlista en Alcañiz, Calatayud o Barbastro, sin embargo después de cada experiencia abortada hubo nuevos intentos. El gran fracaso de Zaragoza puso fin a esta etapa, la insurrección urbana dejó de figurar entre los objetivos que los carlistas se habían fijado en Aragón. Desde entonces concentraron todas sus energías en fomentar la actividad de las partidas del Bajo Aragón y basaron todas sus expectativas en establecer un foco de resistencia al gobierno de la Regencia a partir de los apoyos obtenidos en el medio rural.

3

Lo visto hasta aquí parece mostrar varias características de los levantamientos contrarrevolucionarios en la ciudad de Zaragoza:

a) Intento por apoyarse en la organización de la ciudad en barrios, propia del Antiguo Régimen, y la existencia de individuos, los “caciques” o “prohombres”, en cada uno de ellos poseedores una importante carga de autoridad y capaces aglutinar tras de sí un apoyo importante.

b) Establecimiento de la base humana del movimiento en los barrios caracterizados por su componente jornalero —Tenerías y Arrabal— en los que residen los estratos económicamente más deprimidos de la ciudad, no excluyendo la posibilidad de incentivar la participación a través del dinero.

c) Aprovechamiento de las estructuras organizativas propias del Antiguo Régimen, en la medida que se mantienen en su composición y espíritu, como correa de transmisión y aglutinadoras de la base social del movimiento. Destaca en este aspecto el papel desempeñado por los eclesiásticos y los Voluntarios Realistas, ocupando un segundo plano de importancia los militares y los miembros de la administración.

d) Escaso grado de infiltración en las instituciones políticas y militares de cada momento susceptibles de prestar apoyo o simplemente contemporizar con los sublevados hasta que éstos fueran dueños de la situación, lo que supone en todos los casos una represión rápida y eficaz.

Todo ello hace pensar en una estructura piramidal descendente en la organización, donde existen un núcleo organizador y unos cuadros dirigentes muy nítidos, pero fracasan reiteradamente los esfuerzos por proporcionar una base social urbana para el movimiento. Sobre bases tradicionales o apoyados sobre nuevas organizaciones civiles armadas los levantamientos contrarrevolucionarios en Zaragoza siempre se quiebran por el mismo punto, la ausencia de una verdadera base realista en la ciudad que apoye activamente la acción²⁸. Y el caso más

claro de que la ciudadanía no era apática frente a este tipo de intentonas, sino activa y refractaria a ellas, se produjo el 5 de marzo de 1838.

Zaragoza se hallaba desguarnecida en esa fecha y Cabañero ideó una operación sorprendente y arriesgada. Se acercó al abrigo de la noche desde Lécera con cinco batallones y quinientos jinetes colocándose a las puertas de la ciudad sin que nadie sospechara su presencia. Algunos hombres escalaron la muralla y abrieron las puertas dejando paso franco a las tropas carlistas hasta el centro de la ciudad. Así relata los hechos un noble italiano que se halla en España en ese momento:

“...a las tres de la madrugada Zaragoza es asaltada por dos mil quinientos carlistas sin saberlo sus autoridades, que duermen a pierna suelta. Todo hubiera acabado a no ser por la vigilancia de un centinela del palacio del principal. Escucha las pisadas de los carlistas que van a sorprenderle; les da el *quién vive*. ¡Viva Carlos V y la Inquisición!, le contestan los asaltantes, tan confiados en el triunfo. El centinela abre fuego sobre ellos, todo el puesto se repliega en el teatro disparando, y un tambor, que se pone en el balcón de la fachada, toca generala con todas sus fuerzas para despertar a la gente del barrio, en el que vive el valeroso gobernador de

Zaragoza, don José Moreno. Sale a la ventana y, al saber que la ciudad había sido sorprendida por el enemigo, da la señal de una resistencia digna de Zaragoza, haciendo fuego desde sus mismos balcones. Poco después una nube de plomo, de piedras, de muebles, de tejas, llovía por todos lados sobre los hombres de Cabañero. Los milicianos bajaron por sus estrechas callejuelas y los carlistas fueron rechazados en todos los frentes. Los que no pudieron salir por las puertas o saltar por las murallas se encerraron en el convento de San Pablo, pero pronto se rindieron a los primeros cañonazos. Cabañero, que según se dice salió herido, logró escapar con el grueso de la tropa...”²⁹.

Ni siquiera la indecisión del responsable militar de la ciudad, el general Esteller, que no adoptó ninguna disposición para enfrentarse a los asaltantes, fomentó el apoyo interior a los carlistas. La población civil reaccionó secundando a los milicianos nacionales convirtiendo el rechazo del asalto en una auténtica victoria popular. Definitivamente la quiebra de las acción contrarrevolucionaria en el medio urbano, por lo menos en el caso de Zaragoza, se produjo siempre en la base por la ausencia de un apoyo popular suficiente que hiciera viables los planes concebidos por las élites contrarrevolucionarias, bien fuera desde el interior o desde el exterior de la ciudad. No en vano la ciudad se había visto agitada por sendas oleadas revolucionarias de gran magnitud en 1835 y en 1836³⁰. Las calles habían sido escenario de protestas populares, la burguesía zaragozana se había hecho cargo del poder político administrado en Juntas y, finalmente, se proclamó la Constitución de 1812. Todo un repertorio de acciones que son incorporadas en lugar preferente en la conciencia política de la sociedad urbana del siglo XIX.

Por ello es necesario señalar también el efecto que tuvo el desarrollo institucional del Estado liberal en la desarticulación de la sociedad tal y como se había estructurado durante el Antiguo Régimen. Este proceso dificultó paulatinamente el uso de las redes tradicionales como instrumento insurreccional, un hecho particularmente destacado en las ciudades por ser las primeras afectadas por la renovación burguesa de la sociedad. El empleo de fórmulas mixtas para propiciar el levantamiento contrarrevolucionario —antiguas fidelidades sumadas a la milicia absolutista de reciente creación— es una forma de reconocer que la misma base social, que durante largo tiempo había garantizado la estabilidad del Antiguo Régimen en las ciudades, no era capaz de movilizarse en un proyecto involucionista y necesitaba nuevos soportes. Pero incluso apoyos al régimen absolutista como los voluntarios realistas evidenciaban la desintegración de una sociedad para dar paso a otra donde los valores dominantes iban a ser aportados por la burguesía. En ella la contrarrevolución carecía de bases articuladas que pudieran respaldar



El 5 de marzo de 1838 las tropas carlistas de Cabañero consiguieron entrar en Zaragoza librándose combates durante toda la noche.



El entorno de la iglesia de la Magdalena fue escenario frecuente de los enfrentamientos.

un movimiento urbano, y el fracaso del asalto carlista el 5 de marzo es la muestra de la profundidad que había alcanzado en Zaragoza este proceso.

En resumen, los movimientos contrarrevolucionarios nunca tuvieron un éxito importante en las ciudades porque sus dificultades para conectar con la base no llegaron a ser suplidas mediante una organización eficaz que potenciará sus apoyos. A medida que el régimen liberal se fue implantando perdieron el apoyo que podían obtener de comportamientos y fidelidades sociales procedentes del Antiguo Régimen que aún pervivían. En esto, el campo ofrecía un panorama distinto y, además, los problemas que agitaban a las gentes no eran los mismos. No hay que olvidar tampoco otras circunstancias que hicieron más difícil el objetivo de movilizar las ciudades con propuestas reaccionarias. El control militar de las ciudades como centro de administración, residencia de guarniciones y símbolo de control territorial es una de ellas³¹. También hay que tener en cuenta la distinta evolución económica de las ciudades que reducen tempranamente sus porcentajes de población dependientes del sector agrario y son capaces de alojar importantes masas de población asalariada. Es destacable el papel de la ciudad como avanzada ideológica, allí donde los cafés, las sociedades patrió-

ticas y la abundante circulación de periódicos difunden el mensaje del liberalismo, donde arraiga el primer pensamiento democrático y republicano o donde tiene lugar la aparición de las sociedades de socorros mutuos. Además hay que considerar el efecto reactivo que tiene en la conciencia política de las ciudades el surgimiento de una importante fuerza contrarrevolucionaria, como fueron los carlistas, minoritariamente representada en su seno y esforzada en procurarse su control mediante asaltos reiterados. Por todo ello cabe considerar la distancia que hay entre que las ciudades fueran un objetivo contrarrevolucionario³² y el hecho de que el cúmulo de condiciones políticas, sociales, económicas y culturales que en éstas se daban determinaran el fracaso reiterado de todos los intentos.

NOTAS

*Este artículo tiene por origen la comunicación presentada en el II Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea celebrado en Barcelona los días 30 de junio y 1 y 2 de julio bajo el título genérico *La societat urbana a l'Espanya Contemporània*.

1. Jaume Torras, *Liberalismo y rebeldía campesina, 1820-1823*, Ariel, Barcelona, 1976; Ramón Arnabat Mata “¿Campesinos contra la constitución?: el realismo catalán y un análisis global”, *Historia Social*, nº. 16, primavera-verano, 1993, pp. 33-49 y *Els aixecaments reialistes i el trienni liberal (1820-1823). El cas del Penedès i l'Anoia*, Rafael Dalmau, Barcelona, 1991.

2. Jaume Torras, *La guerra de los Agraviados*, Cátedra de Historia General de España, Barcelona, 1967, prólogo Carlos Seco Serrano; Pere Anguera, *Els malcontents del Corregiment de Tarragona*, Dalmau, Barcelona, 1993 y Daniel Rubio Ruiz, “Els cosos de Voluntaris Reialistes (Corregiment de Cervera): estructura social i conflicte”, en Josep María Solé i Sabaté (dir.), *El carlisme com a conflicte*, Columna, Barcelona, 1993.

3. Josep Fontana, “Crisis camperola y revolta carlina”, *Recerques*, nº. 10, Barcelona, 1980, pp. 7-16; Francisco Asín Remírez de Esparza, *Aproximación al carlismo aragonés durante la guerra de los siete años*, Librería General, Zaragoza, 1983; Vicente Fernández Benítez, *Carlismo y rebeldía campesina. Un estudio sobre la conflictividad social en Cantabria durante la crisis final del Antiguo Régimen*, Siglo XXI-Ayuntamiento de Torrelavega, Madrid, 1988; Jesús Millán, “Els militants carlins del País Valencià central. Una aproximació a la sociología del carlismo durant la revolució burguesa”, *Recerques*, nº. 21, 1988, pp. 101-123 y “Contrarevolució i mobilitzacíó a l'Espanya contemporània”, *L'Avenç*, nº. 154, desembre 1991, pp. 16-23; Pere Anguera, “Aproximació al primer carlisme al Camp de Tarragona, la Conca de Barberà i el priorat”, en *Recerques*, nº. 23, 1990, pp. 37-52 y “El primer carlisme a Catalunya”, *L'Avenç*, nº. 154, desembre 1991, pp. 24-27; Luis Pan-Montojo, *Carlistas y liberales en Navarra (1833-1839)*, Gobierno de Navarra-Institución Príncipe de Viana, Pamplona 1990; Pedro Rújula, *Rebelión campesina y primer carlismo: Los orígenes de la guerra civil en Aragón (1833-1835)*, Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1995; Rosa María Lázaro Torres, *La otra cara del carlismo vasconavarro (Vizcaya bajo los carlistas, 1833-1840)*, Librería General, Zaragoza, 1991; Manuel Lladonosa, *Carlins i liberals a Lleida*, Pagès editors, Lleida, 1993.

4. Vid. Jose Ramón Urquijo Goitia, “Empréstitos y ayudas financieras en favor del pretendiente carlista (1833-1834)” en *Estudios Históricos*, Diputación Foral de Guipúzcoa, Ormaiztegi, 1990, vol. I, pp. 107-127 y “Los Estados Italianos y España durante la primera guerra carlista (1833-1840)”, *Hispania*, vol. LII/182, 1992, pp. 947-997.

5. Es, precisamente, sobre la base de comportamientos tradicionales donde surgen las nuevas fórmulas que diferencian la protesta urbana de la rural, más refractaria a los cambios, como afirma George

Rudé para el caso británico: "Si en la protesta industrial se mezclaron así lo viejo con lo nuevo, la protesta rural resultó mucho más resistente al cambio", *Revuelta popular y conciencia de clase*, Crítica, Barcelona 1981, p. 211.

6. Herminio Lafoz, *Palafox y su tiempo*, D.G.A., Zaragoza, 1992, pp. 55-78.

7. El interés particular del marqués de Lazán en presidir la Junta residía además en controlar desde dentro todas las iniciativas, limitar su alcance y obstruir cualquier posibilidad de profundizar en el desarrollo de la revolución. Vease *Relación de los sucesos acaecidos en Zaragoza en los primeros meses del año de 1820*, A.M.Z., A.G.Palafox, c. 35-3/1; Mercedes Díaz-Plaza, *Zaragoza durante el Trienio*, tesis doctoral, Universidad de Zaragoza, 1992, especialmente pp. 57-58.

8. A.M.Z., A.G. P. c. 36-6, *Actas de la Junta Superior Gubernativa del Reino de Aragón*, 14 de mayo de 1820.

9. M. Diaz-Plaza, *Zaragoza...*, op. cit. pp. 280-281. En un oficio del jefe político al arzobispo le dice que "...la voz esparsa entre los revoltosos [era] que V.S.I. había recibido una orden del Rey para quitar la lápida", *Diario Constitucional de Zaragoza*, 28 de mayo de 1820.

10. Por los datos de que se dispone puede tratarse del mismo desarrollo de clientelas verticales en las ciudades que se producen en algunas movilizaciones francesas identificadas en Provenza por Colin Lucas, "Résistances populaires à la Révolution dans le Sud-Est", en *Mouvements populaires et Conscience sociale (XVIIe-XIXe siècles)*, Actes du Colloque de Paris, 24-26 mai 1984, Recueillis et présentes par Jean Nicolas, Maloine édit., Paris, 1985, pp. 473-488, citado por Michel Vovelle, "Massacreurs et massacrés. Aspects sociaux de la Contre-Révolution en Provence, après Thermidor", en F. Lebrun y R. Dupuy, *Les résistances à la Révolution*, Imago, Paris, 1987, p. 146.

11. La sorpresa fue que la tropa no estaba de su parte como habían asegurado los organizadores. Al tiempo que trataban de huir se había oido "Ajo moño, que hacemos aquí, vamos arriba; los han vendido; no hay cabeza; quién manda esto..." y también "nos han vendido, no hay cabeza, conque la tropa que dicen va en favor nuestro es la que ha hecho fuego", A.H.P.Z., Causas por infidencia, c. 15, fs. 107 y 221 respectivamente.

12. Ibidem, fol. 221.

13. "Sumaria formada contra los autores y cómplices de la sedición inventada y descubierta en esta Capital la noche del catorce de mayo de 1820", AHPZ, Causas por infidencia, c. 15.

14. *Diario de las Sesiones de Cortes*, discurso pronunciado por V. Solanot, 16 de julio de 1820. M. Díaz-Plaza, *Zaragoza...*, op. cit., nota 468, todavía añade otros ejemplos de las crecidas ofertas que alimentaron las expectativas de obtener un beneficio económico en el levantamiento servil.

15. Faustino Casamayor, *Años políticos e históricos de las cosas particulares sucedidas en la Ciudad de Zaragoza. 1820*, 15 de mayo de 1820.

16. *Diario Constitucional de Zaragoza*, 28 de mayo de 1820.

17. Sobre los Cuerpos de Voluntarios Realistas: Federico Suárez, "Los cuerpos de Voluntarios Realistas", *Anuario de Historia del Derecho Español*, 1966, pp. 5-46; Daniel Rubio Ruiz, "Els cossos de Voluntaris Reialistes...", art. cit.; Pedro Agustín Girón, *Recuerdos (1778-1837)*, Introducción Federico Suárez. Edición y Notas Ana María Berazaluce, Ediciones Universidad de Navarra, S. A., Pamplona, 1981, vol III., pp. 16-22.

18. Juan Sisino Pérez Garzón, *Milicia Nacional y revolución burguesa*, CSIC-Instituto "Jerónimo Zurita", Madrid, 1978, p. 344.

19. Una circular del Despacho de Guerra comunicó a los ayuntamientos, con fecha del 10 de junio de 1823, el "Reglamento interino que expidió la Junta provisional de Gobierno en Burgos a 14 de mayo de este año para la formación de cuerpos de Voluntarios Realistas", A.H.M.Z., 36/10-1.

20. *Reglamento para los cuerpos de Voluntarios Realistas*, de febrero de 1824 y *Reglamento para os Cuerpos de Voluntarios Realistas del Reino*, impresa de Don José del Collado, Madrid, 1826.

21. Josep Fontana ha hablado de "hombres desclasados y lumpenproletariado urbano sobre todo", *La crisis del Antiguo régimen...*, op. cit. p. 46.

22. P. Anguera, *El malcontents del Corregimiento de Tarragona*, op. cit. pp. 60-61.

23. P. Rújula, *Rebeldía campesina y primer carlismo...*, op. cit. p. 89.

24. Un de los más destacados enemigos que tuvieron los carlistas en Zaragoza durante esta fase para cristalizar un levantamiento fue el conde de Ezpeleta un absolutista moderado cuya gestión en favor de Fernando VII primero y, posteriormente, de M^a. Cristina, fue implacable con las iniciativas carlistas. Nombrado capitán general de Aragón en octubre de 1832 durante la oleada de sustituciones entre los mandos militares de filiación apostólica. Ezpeleta había calificado sin vacilación el intento de marzo como un "alzamiento en favor del Infante D. Carlos, aunque encubierto con las voces de viva el Rey y la Religión", Informe al auditor de guerra, 15 de abril, 1833, *Fastos españoles o efemérides de la guerra civil desde octubre de 1832*, Imp. Ignacio Boix, Madrid, 1839, vol. II, p. 254.

25. Sobre la conspiración carlista del 27 de febrero de 1834 en Zaragoza; J. M. Delgado Idarreta, "Pronunciamientos de tendencia carlista en Zaragoza durante la Regencia de M^a. Cristina (1833-1840)", en *Cuadernos de Investigación*, Colegio Universitario de Logroño, mayo de 1975, pp. 109-123; M^a. Rosa Jiménez, *El municipio de Zaragoza durante la Regencia de María Cristina de Nápoles. (1833-1840)*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1979, pp. 254-255; F. Asín, *Aproximación al carlismo aragonés...*, op. cit., Zaragoza, 1983, pp. 37-45; y P. Rújula, *Rebeldía campesina y primer carlismo...*, pp. 168-179 y en "Zaragoza 27 de febrero de 1834: el fracaso de una insurrección que cierra el ciclo de los levantamientos urbanos carlistas", en *Rolde*, n^o. 61-62 julio-octubre 1992, pp. 4-18.

26. La fuente principal para el seguimiento y reconstrucción de la trama la constituye el sumario de la causa seguida en la Real Sal del Crimen por los sucesos del 27 de febrero, AHN, Cons. Legs. 49.651-49.652, que ha sido desmenuzado en el artículo ya citado P. Rújula, "Zaragoza, 27 de febrero de 1834:...".

27. En la primera escaramuza fueron detenidos 8 hombres y de la segunda resultaron dos muertos, uno por cada bando. Informe de los hechos redactado por el Subdelegado de Policía de Aragón destinado al Superintendente General de Policía del Reino, A.D.P.Z., Vigilancia XV 1009, 28 de febrero

28. A la luz de los acontecimientos es difícil identificar inequívocamente la "importante base carlista en la ciudad", a la que se refiere F. Asín, *Aproximación al carlismo aragonés...*, op. cit. p. 45.

29. Barón Carles Dembowski, *Deux ans en Espagne et en Portugal pendant la guerre civile*, London, 1841, recogido por Marcos Castillo Monsegur en *XXI Viajes (de europeos y un americano a pie, en mula, diligencia, tren y barco) por el Aragón del siglo XIX*, Diputaciones de Zaragoza, Huesca y Teruel, Zaragoza, 1990, p. 70.

30. Sobre este aspecto vease Carlos Franco de Espes Mantecón, *Los motines y la formación de la Junta Revolucionaria de Zaragoza en 1835*, IFC, Zaragoza, 1981.

31. Eric Hobsbawm ha considerado el distinto tratamiento que reciben las alteraciones sociales cuando se desarrollan en las ciudades por el hecho de producirse ante los mismos ojos de las autoridades, "El movimiento obrero en la gran ciudad", p. 137, en E. Hobsbawm, *Política para una izquierda racional*, Crítica, Barcelona, 1993, pp. 129-155.

32. Esto es una realidad supranacional, como corroboran Jean Tulard, para la propia ciudad de la Revolución, París, y Roger Dupuy, para el Midí francés, en sendas colaboraciones a F. Lebrun y R. Dupuy, *Les résistances à la Révolution*, op. cit., respectivamente, "París contre-révolutionnaire", pp. 202-204 y "Esquisse d'un bilan provisoire", p. 471.

Manifestaciones de la cultura tradicional en el Bajo Aragón¹

JOSÉ RAMÓN MOLINS

El carácter de un pueblo está contenido en la experiencia colectiva acumulada a lo largo de los siglos. En las páginas de la historia se reflejan el esplendor, la decadencia y la revolución. En sus edificios queda el paso del tiempo como enigma: la iglesia y la ermita como centro de culto, las casas solariegas, las arcadas escondidas, los escudos superpuestos, los pozos de nieve, los molinos de harina, las acequias, etc. En el campo los restos arqueológicos: sílex, molinos, cerámica... A través de este escenario se irá desarrollando el hombre como protagonista: moldeará, edificará, cambiará y luchará por conquistar nuevas metas y libertades.

En cada pueblo, aldea o ciudad se configura un eje ancestral, a modo de raíz permanente que ha modelado un carácter hasta crear un hábitat rico y complejo. El individuo establece vínculos con la realidad propia de la comunidad política y religiosa en la que vive, como fórmula de integración.

Tras el necesario asentamiento para construir el núcleo urbano, se configura la vida social sobre la base de ritos y creencias a manera de norma consuetudinaria y heredada de otras culturas. En este proceso existen factores subyacentes como el carácter religioso, la costumbre y una economía cerrada agrícola y de trueque. Al desarrollar estos tres puntos se observa que el componente religioso ha sido quizás el protagonista principal. Así se revela en el estudio que hemos llevado a cabo acerca del Bajo Aragón, concretamente sobre La Codoñera², donde su tradición festiva está estrechamente ligada con la tradición religiosa, el ciclo agrícola y el símbolo del fuego.

El carácter religioso residía en el individuo como una derivación cimentada en la obligatoriedad, una manifestación externa del comportamiento, siendo el resultado final la fiesta donde concluirá en medio del disfrute y gozo como espacio de libertad.

La devoción representará el sentimiento metafísico asentado en una firme creencia heredada y mantenida hasta la muerte. Destacando la asistencia continua a todos los actos religiosos: misa dominical, patronal, procesiones, rosarios, oraciones..., con especial atención al símbolo más representativo, la Semana Santa, que estaba marcada por un profundo respeto y religiosidad.

Para San José era obligatorio que todos los hombres se confesaran; iban vestidos con una larga capa y sombrero. Las mujeres ataviadas con tonos oscuros y mantilla lo hacían el viernes de Dolores, por lo que recibían el nombre de «Hijas de María». Este precepto se conocía como «Cumplir en parroquia». Al finalizar el acto, el cura ponía una cruz en el listado que hacía todo los años, llamado «Matrícula de comunión».

El Miércoles de Ceniza, símbolo del carácter terrenal del hombre, se depositaba en la cabeza la ceniza obtenida de la combustión del romero, en calidad de producto de la tierra, al tiempo que se decía «polvo eres, polvo serás y en polvo te convertirás».

El Domingo de Ramos se bendecían los ramos en representación de la naturaleza. Los niños llevaban ramas de árbol en flor de los que colgaban caramelos y orejones. Luego desfilaba la procesión del Encuentro.



De camino al huerto hasta el fin de los días (1960).

El Jueves Santo empezaban los oficios, instalando el monumento; con un aire firme de presencia y veneración. Por la tarde en la procesión del Silencio salían los símbolos de la Semana Santa. Enmudeciendo las campanas desde el Viernes Santo hasta el Sábado Santo.

El anuncio de los oficios de tinieblas lo hacían los niños con matracas y carracas diciendo «Venu dones als oficis que los homes tenen vics», el Viernes Santo. Más tarde la procesión del Vía Crucis; recorría las catorce estaciones por el camino de Santa Bárbara hasta el Calvario para regresar a la iglesia. Este recorrido, generalizado en todos los pueblos del Bajo Aragón, se hacía sobre las calles de la localidad cuando el antiguo fosar estaba adosado a la iglesia. En el siglo XIX, se trasladan los cementerios fuera de los pueblos, las catorce estaciones que representan el martirio y muerte de Cristo se colocan en los extramuros.

La Bula era la dispensa para poder comer carne en los días prohibidos, se basaba en la bula de la Santa Cruzada. Era un impreso que se adquiría en la casa del sacerdote en los ocho días anteriores al inicio del carnaval. La abstinencia era la prohibición de comer carne durante todos los viernes del año, miércoles y sábados de Cuaresma y también el Jueves Santo. Los pobres estaban dispensados del ayuno.

El Sábado Santo se oficiaba la Misa de Gloria, procediendo a la bendición del Cirio Pascual. Al concluir tenía lugar la «solispasa». El sacerdote con los monaguillos recorrían las calles del pueblo, bendiciendo con agua bendita y sal los portales, conjurando el ancestral temor a que los malos espíritus entraran en la morada. En la plaza de la iglesia se encendía una hoguera como símbolo purificador.

La madrugada del domingo los mozos iban a buscar «Les Aleluiess», poniendo en el balcón de cada moza, un ramo de flores o un árbol. El Domingo de Resurrección era un día de alegría al levantarse todas las prohibiciones; las cuadrillas se reunían para planificar la jornada y el Lunes de Pascua.

La Pascua Florida estaba en relación con el disfrute de lo prohibido: la carne, manjar preferido, y el vino revitalizador y renovador de la energía escondida. Se ascendía en procesión a la ermita para luego corresponder con el apetito. Para Pascua Granada se efectuaba otra procesión ascendiendo de nuevo a las ermitas, bendiciendo desde allí el término para salvar las cosechas.

Para la Santa Cruz de mayo se congregaban en la ermita de San José, en Belmonte, los pueblos de alrededor, repartiéndose la «rolleta» (rosca de pan bendecida por el cura).



Labores en la era en torno a la trilladora (1963).

Como símbolo de unión y confraternidad se estableció, en el siglo XVI, el 4 de mayo, Santa Mónica. En la ermita de Fórnoles se reunían los pueblos de Valjunquera, Valdealgorfa, Castelserás, Torrecilla, el propio Fórnoles, La Codoñera, Belmonte y, posteriormente, Turrelilla, donde se oficiaba una misa y procesión por los alrededores del templo. No era extraño que esta fiesta acabara en peleas, disputas y rivalidades entre los pueblos.

Después de una intensa preparación por parte del cura, el día de la Ascensión, se impartía la Primera Comunión a los niños y niñas que protagonizaban en la iglesia el acto de recitar el verso y la oración.

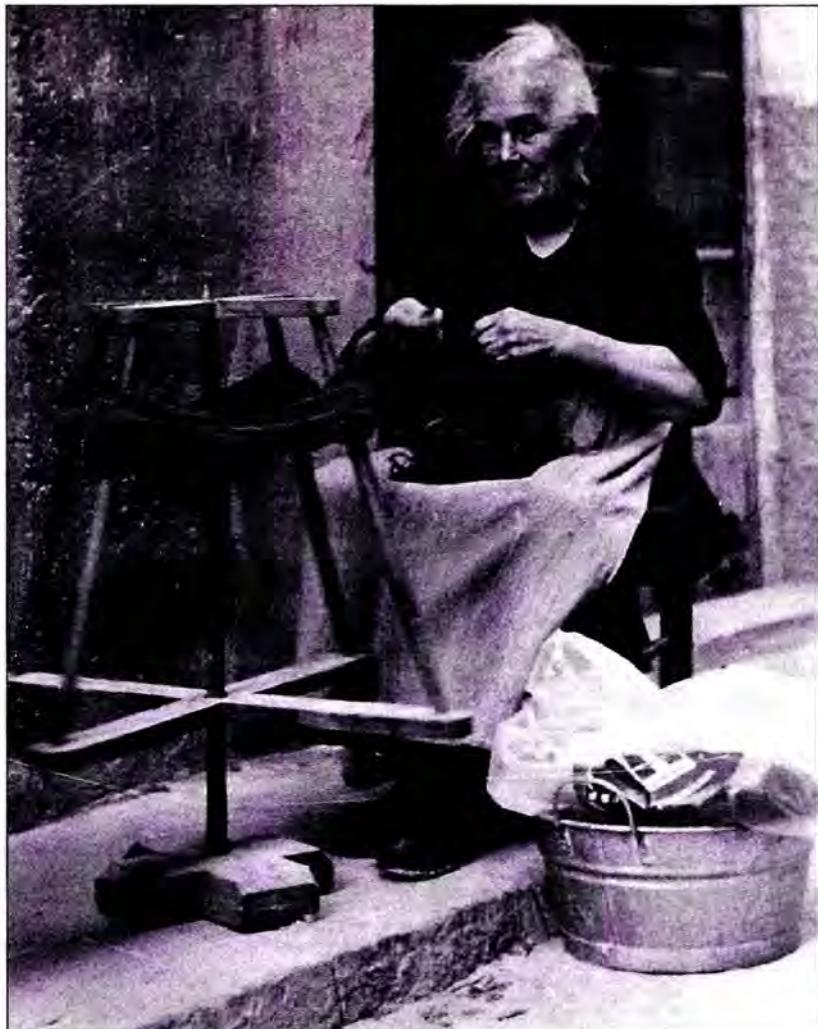
Durante todo el mes de mayo los niños adornaban con flores la imagen de María, que estaba en el presbiterio, y le rezaban todos los días. En junio se hacía el mes del Sagrado Corazón.

El Corpus Christi representará, desde 1311, el triunfo de los católicos sobre los herejes que negaban la presencia de Cristo en la Sagrada Forma, era una fiesta de mucho color y religiosidad, en donde se instalaban unos altares a lo largo del pueblo, adornados con muchas flores, que eran recorridos por la Custodia bajo el palio. Los que portaban las pedaños vestían túnicas blancas y eran contratados por los lumbreneros.

El jueves siguiente, Octava de Corpus, se efectuaba la misma solemnidad que para el Corpus.

San Juan estaba simbolizado por el fuego y el amor. En la madrugada se cantaba el romance de la mañana de San Juan, en manifestación sensible del alba.

El 30 de julio se celebraba San Abdón y San Senén, por la institución de las reliquias de los santos en 1620, con procesión y repartiendo «pa beneit».



Mujer hilando (1968).

En la Virgen de Agosto, como festividad general, se exhibía en procesión la Virgen de la Cama.

Para San Roque era tradicional adornar las capillitas dedicadas al santo con «cabelleres», que eran plantas de cebada, maíz, etc, cultivadas en las bodegas, teniendo un característico color blanco. También se hacía una procesión para preservar la villa de peste y cólera.

San Cosme y San Damián, era una fiesta popular establecida, desde el siglo XVI, con ocasión de las epidemias que sufrió el Bajo Aragón. Se generalizó el culto a los Santos Mé-

dicos en muchos pueblos de la comarca con la esperanza de que intervinieran ante la divinidad. Se repartía «pa beneit» y era característico el desfile de la procesión más larga. Recorría todos los extramuros del pueblo llevando los Santos Mártires y las altísimas banderas de San Valero, Santísimo Sacramento, Purísima Concepción, San Antón, San Cosme y San Damián y la de los enfermos. Era una costumbre celebrar en esta fiesta las corridas de toros por el pueblo. En las capitulaciones del arrendamiento de la carnicería, desde el siglo XVII, se encarga por el concejo la adquisición de los astados al carnicero, cuya carne se despachaba entre los vecinos.

La jerarquización de los espacios públicos y de las manifestaciones sociales se pone de relieve principalmente en la asistencia al acto religioso. Los hombres se sentaban en el templo al lado izquierdo y tenían que descubrirse, manteniendo un orden en la procesión al ir delante. Las mujeres se situaba a la derecha, vestidas con manga larga y pañuelo o mantellina en la cabeza y desfilaban detrás de los hombres en la procesión.

El hábito representaba la unión externa de la vida con la muerte hacia el más allá; pues era una

costumbre la promesa de llevarlo encima o debajo de la ropa y ser amortajados con él.

Los entierros constituían una de las más importantes manifestaciones de hermandad entre los vecinos. Al producirse el fallecimiento de una persona, el pregonero del ayuntamiento lo anunciaba por las calles del pueblo a toque de campana, diciendo «cofrades y cofraderas de Nuestra Señora del Carmen y de nuestro patrón San Valero acudirán a acompañar a nuestro hermano/a difunto/a», pregonando además el nombre, lugar y la hora del sepelio. Al finalizar el acto llevaban el féretro a hombros hasta el cementerio.

En los testamentos, establecidos ya en el siglo XIV según el derecho foral, se estipulaba la clase de entierro, basado generalmente en la jerarquía social «intervivos honoris causa». Había, pues, tres clases de entierros. Los dobles, que eran anunciados por la campana grande y oficiados por tres sacerdotes. Los sencillos, en los que se hacía sonar la campana pequeña y eran oficiados por un sacerdote. Y los entierros de solemnidad, que eran para pobres y marginados donde el cadáver era envuelto en una sábana, sin ataúd, y se trasportaba en un escenario. Cuando moría un niño, el anuncio lo hacía una campana pequeña que estaba situada en la bóveda.

El luto era una manifestación externa hacia el fallecido. Como normas aceptadas figuraban que el luto para padres y cónyuge durara hasta 4 años; a partir de los 40 ya no se lo quitaban. Se guardaba una conducta social rígida: durante los 2 ó 3 años posteriores al fallecimiento, los familiares del difunto no podían frecuentar los lugares habituales de diversión y se marcaba un cierto claustro permanente en casa.

El 1 de noviembre se rendía culto al recuerdo de los antepasados fallecidos. Ese día, a las 12 de la

noche, tenía lugar «la Nit de les Animetes», una representación de una antigua creencia en la supervivencia de las almas benefactoras, como concesión de favores y gracias a los vivos que rezan por ellas. La campana a partir de este momento tocaba toda la noche con un son fúnebre y siniestro.

El fuego como símbolo estaba presente, principalmente, en San Antón y San Valero, la Virgen del Pilar y en los Despertadores.

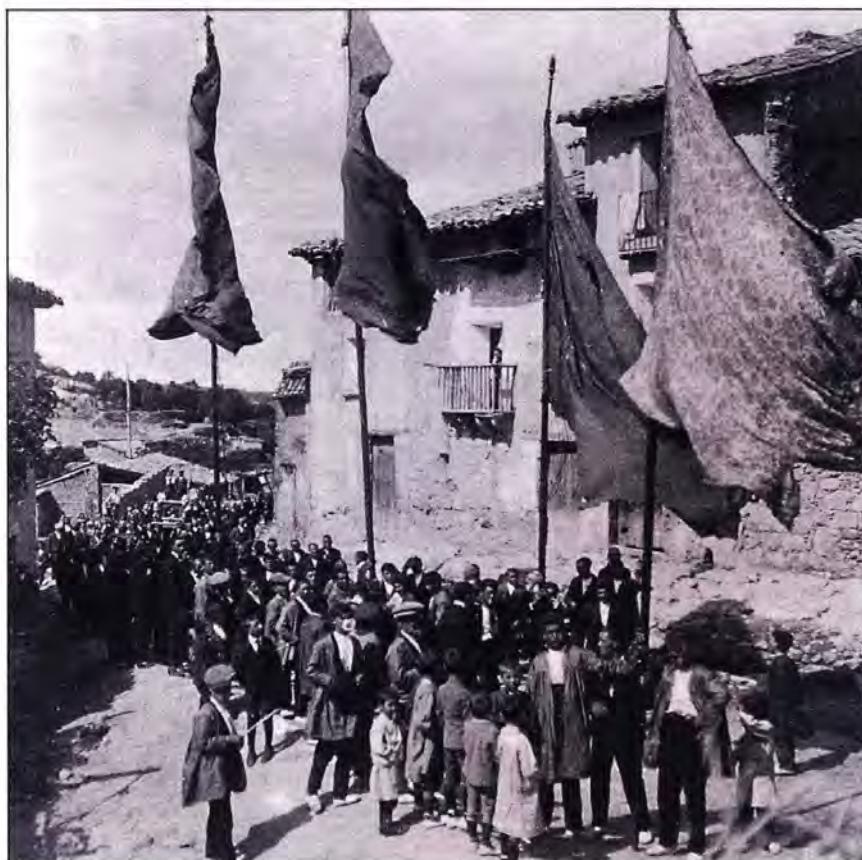
Para San Antón, una tradición arraigada en todo el Bajo Aragón, se preparaba la hoguera reproduciendo una creencia ancestral y recurriendo al fuego como símbolo de la purificación. Se bendecían los animales para guardarlos y protegerlos.

Para San Valero, patrón de la antigua cofradía, la víspera de la fiesta

se encendía una monumental hoguera, quemando un gran olivo. Los quintos de cada año eran los protagonistas, y a ellos les correspondía ir a buscar la semana anterior el olivo o «tronca». En la víspera de San Valero se entonaban las Completas, acto seguido, se celebraba una procesión por el pueblo. Los hombres cantaban la «Cadena de oro», que eran unas trescientas coplas encadenadas, de tal forma que la palabra del último verso era la primera de la estrofa siguiente.

Las mozas preparaban la masa para las tartas que se bendecían en la misa de San Valero, «pa beneit». Por la mañana era tradicional visitar las casas de todas las mozas y cantar «les albades»; eran obsequiados con la clásica «coqueta» y «vi o aiguardent».

El día del Pilar —con la Virgen instituida como patrona en Aragón— los vecinos de cada calle mataban un cordero y cenaban juntos toda la semana. En la víspera se encendía una hoguera en cada calle, asando membrillos y pimientos. La hoguera duraba hasta Todos Santos, terminan-



Procesión de San Cosme y San Damián en Belmonte (1920).

do la fiesta con el rezo del rosario en cada barrio.

Los «Despertadores» era un ritual generalizado en todo el Bajo Aragón que se remonta al siglo XV. Comenzaban desde el primer domingo de octubre, hasta el primero de marzo, incluidas las fiestas. Se recorrían todas las calles entonando los cantos del Ave María y Gloria Padre, el «Rosario de la Aurora». Acompañaban el estandarte de la Virgen del Rosario con farolas portadas por mujeres y encendiendo hogueras en distintos puntos.

El carácter burlesco de la población se ponía de manifiesto en la Cencerrada o «Esquellotada». Cuando se casaba un viudo o viuda, los mozos colocaban todos los cacharros viejos que encontraban, bloqueando la puerta de los novios. Había veces en que la ceremonia se celebraba por la noche para burlar a los protagonistas.

Los carnavales, como afirma Julio Caro Baroja, son celebraciones herederas de las antiguas fiestas romanas relacionadas con la fecundidad de la mujer y del ganado. En las «Carnestoltes», los jóvenes se disfrazaban y ridiculizaban a las autoridades; al tiempo que visitaban las casas de los amigos para mostrarles los trajes.

El 24 de diciembre o «Nit de Maitines», la noche más larga del año, a las doce se celebraba la misa del «Gallo». En el momento que se procedía a adorar al niño Jesús, se reventaban las vejigas del cerdo hinchadas —«les bufes»— desde la matanza.

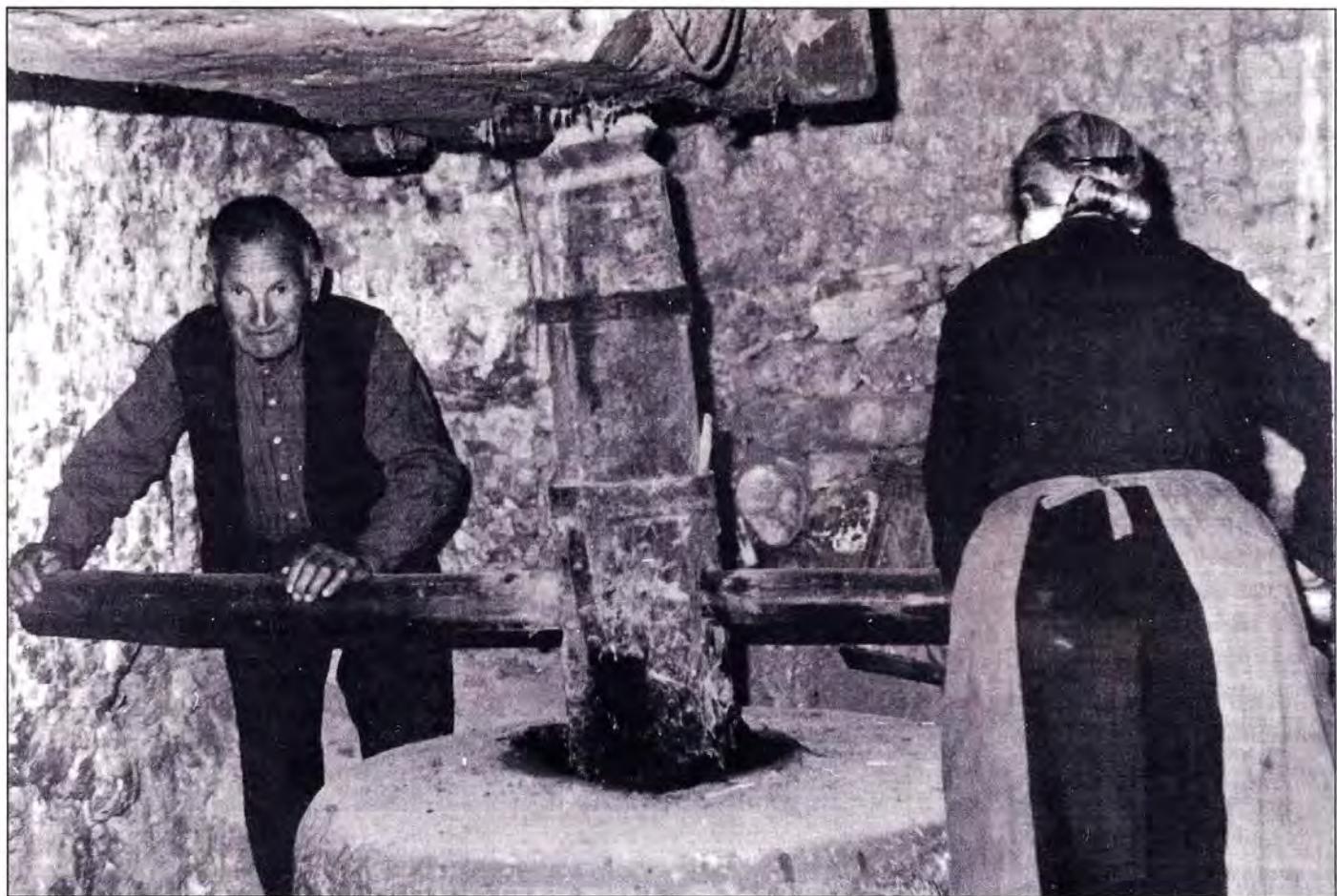
En Santa Agueda, patrona de las mujeres lactantes, los protagonistas eran los casados de cada año. Los matrimonios, vestidos con el traje típico, acudían a la misa y repartían «pa beneit»; acto seguido, hacían la procesión. La víspera se encendía una hoguera y alrededor bailaban las casadas con las manos unidas en el «Baile de la Cadena».

El día de la Candelaria, conocida como «María Esteleta», todos los componentes del Ayuntamiento acudían con cirios a la iglesia. A los feligreses que asistían se les repartía una vela, para encenderla cuando había tormentas, y a los enfermos en el momento de darles la comunión.

Era muy característica en todos los pueblos la Ronda de los Quintos, quienes cada año exhibían su fortaleza, derroche y juventud rondando la mayoría de las noches. La semana que entraban en quintas lo hacían con más intensidad y se instalaban en una casa vacía para comer y dormir juntos.



Carnavales (1904).



Pequeña prensa familiar para la elaboración del aceite (1968).

En la economía de trueque la fluctuación de los propios recursos era un elemento fundamental. A falta de dinero líquido para adquirir los bienes, se intercambiaban las faenas y el pago era a cuenta, generalmente en especie, como jornales, animales domésticos y sus derivados. Esto creó unos personajes que desarrollaron el eje interno de la población. Así el carretero hacia el transporte exterior del pueblo. El adobero, fabricaba ladrillos de tierra y paja que se empleaban en las divisiones internas de las casas. El cantero, labraba las piedras para construir. El confitero hacía todo tipo de dulces. El sastre confeccionaba piezas de vestir.

Entre las mujeres destacaremos: la vendedora de pescado que recorría las calles del pueblo para venderlo; la cocinera era contratada en las bodas y banquetes; la mensajera, ejercía un tipo de comercio interior dando a conocer donde se podían adquirir los productos; la recadera hacía recados fuera del pueblo; la ama de leche daba pecho al niño que lo necesitaba; la guardadora de niños ejercía la función de una guardería; la curandera practicaba curas en las dislocaciones; a la endemoniada se le atribuían facultades superiores.

El medio rural empezó a decaer en sus costumbres, tradiciones y hábitos de conducta cuando los medios de comunicación fueron invadiendo áreas

hasta el momento poco permeables a las influencias externas. La economía de mercado impulsará una dependencia hacia el exterior.

El «mundo desarrollado» desintegrará parcialmente el hábitat antaño consolidado, vaciándose progresivamente de muchos de sus matices y de sus componentes particulares.

Ahora en el medio rural sólo subsisten como manifestaciones de la cultura tradicional algunos ecos de lo que en algún tiempo fue toda una forma de comprender el mundo y de relacionarse con la realidad circundante.

NOTAS

1. La información que aquí se desgrana procede de la encuesta sistemática a una generación que se extinguía llevándose consigo todo un modo de concebir el mundo. Unicamente se debe a ellos la posibilidad de presentar estos datos sobre algunos aspectos del patrimonio cultural colectivo de La Codoñera y, por extensión, de todo el Bajo Aragón. Algunos de los que más contribuyeron a reunirlos ya no podrán leer estas líneas.

2. Este es un avance de una de las secciones que constituyen el libro *La Codoñera en su historia* (actualmente, en prensas), coordinado por José Ramón Molins y Miguel Sanz, donde colaboran José Antonio Benavente, Carlos Navarro, Secundino Comín, Artur Quintana, Jesús Pallarés y Joaquín Monclús. La documentación fotográfica ha sido realizada por José Ramón Molins y los trabajos de reproducción fotográfica por Javier Pellicer, una muestra de los cuales son las ilustraciones de estas páginas.

Una aproximación al estudio de las armaduras de madera mudéjares aragonesas

BEATRIZ RUBIO TORRERO

INTRODUCCIÓN

El principal propósito de este artículo es dar a conocer la importancia de las techumbres mudéjares aragonesas; he elegido para ello unas obras de gran valor artístico, que es necesario situar en el contexto de la carpintería aragonesa para poder valorar en su justa medida. Por eso he considerado oportuno dar unas pinceladas sobre las características generales de las techumbres aragonesas, además de plantear alguna cuestión en torno al arte mudéjar. Sólo desearía que de esta manera se llamara también la atención sobre otras obras góticas que, aunque menos vistosas, no carecen de interés, ya que contribuyen a formar una visión de conjunto sobre este tema.

Quien mejor se ha aproximado al estudio general de las techumbres mudéjares aragonesas ha sido Gonzalo Borrás, con las limitaciones que supone el hacerlo en trabajos sobre el conjunto del arte mudéjar aragonés¹. Ahora bien, este artículo no pretende ser una síntesis o un inventario de las techumbres mudéjares aragonesas; a los investigadores aún nos queda mucho camino por recorrer hasta que se pueda ofrecer una visión completa sobre esta parcela tan interesante del arte, por lo que sólo ofrezco al lector unas pinceladas y unas reflexiones sobre un tema que en absoluto está cerrado.

Para estudiar correctamente estas obras hay que tener presente que sólo se conserva una parte de las que debieron realizarse; debido a la fragilidad del material con que están construidas, algunas se han perdido y otras se sustituyeron. Podemos comprender así la limitación que conlleva un estudio evolutivo, ya que en ocasiones parece que se trata de hacer

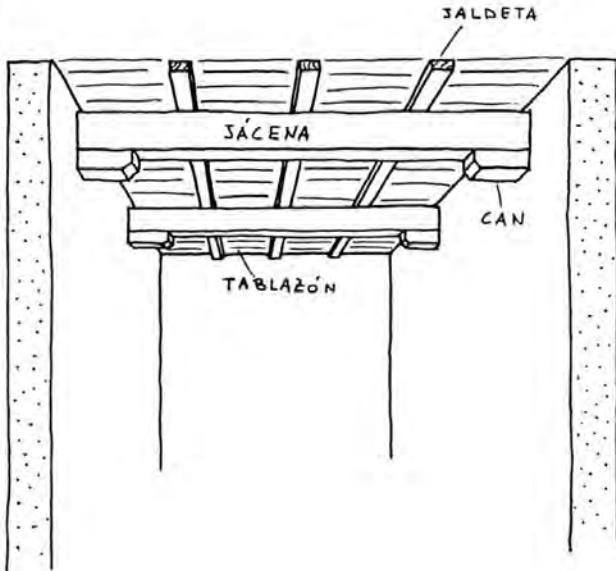
un rompecabezas en el que alguna pieza se ha perdido. Sólo cuando se inventarien y estudien todas las techumbres aragonesas podremos tener una visión global más completa que nos posibilite encajar todas las obras en una evolución estructural y decorativa que nos permita comprender la importancia de cada una de ellas, así como las relaciones e influencias con otras regiones españolas, contribuyendo también a la valoración de la herencia islámica.

APUNTES SOBRE LAS CARACTERÍSTICAS DE LAS ARMADURAS ARAGONESAS

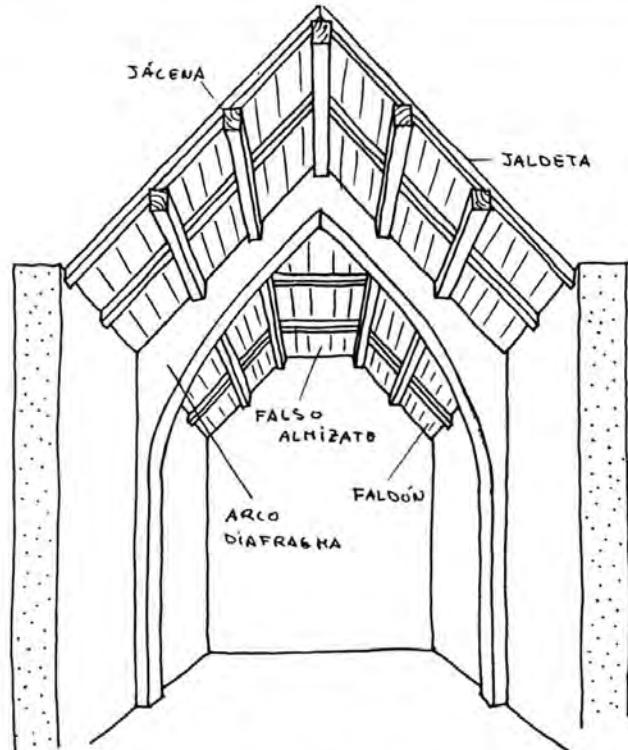
Las armaduras de madera mudéjares son herederas y continuadoras de la tradición hispanomusulmana. A la hora de realizar su estudio, por lo tanto, hay que hacer referencia a las obras islámicas; pero también hay que referirse a las obras cristianas, ya sean románicas o góticas, porque de ellas el arte mudéjar también adoptará elementos que integrará a su propia concepción estética. Y esto en un doble plano: estructural y decorativo.

Sus estructuras

Hay que comenzar destacando que la carpintería de raigambre almohade en Aragón tuvo un escaso impacto, como ya apunta Gonzalo Borrás en sus estudios. La mayoría de las obras aragonesas deriva de estructuras taifales, menos evolucionadas, por lo que se puede hablar de sencillez estructural en las techumbres aragonesas en relación con las de Castilla o Andalucía; pero no hay que confundir sencillez con desinterés, como vamos a ver.



ALFARJE



CUBIERTA A DOS AGUAS SOBRE
ARCOS DIAFRAGMA

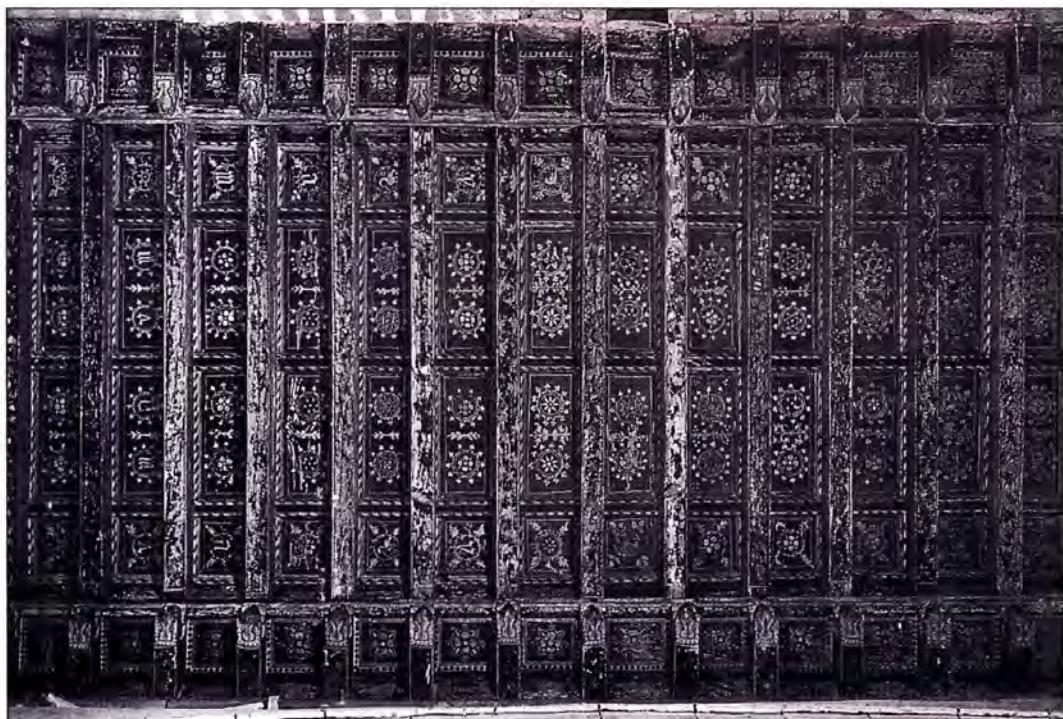
Esquema de un alfarje y de una cubierta sobre arcos diafragma.

La estructura claramente dominante entre las techumbres mudéjares aragonesas, tanto en la arquitectura religiosa como en la civil, es el alfarje; se trata de un techo plano generalmente con el suelo holladero, formado por unas vigas maestras llamadas jácenas, en una sola dirección, sobre las que apean otras vigas menores transversales, las jaldetas, encima de las cuales

se coloca la tablazón que cierra la techumbre. Las vigas maestras pueden apoyar en canes para disminuir su luz, llamándose cobija al techillo que cubre el hueco entre dos canes. Especial importancia en Aragón tienen los techos planos que configuran los coros altos de algunas iglesias y ermitas, entre los que destacan por su interés los de la zona de Calatayud.

Gonzalo Borrás apunta como característica bastante frecuente de los alfarjes aragoneses su apeo sobre arcos diafragma, que evita el tener que utilizar jácenas de gran escuadria al disminuirse la luz del espacio a cubrir; se soluciona así un condicionamiento técnico debido a la escasez de buena madera en el valle del Ebro y sus afluentes meridionales².

Los taujeles o techos planos que van enteramente recubiertos de lazo, de manera que las jácenas



Coro alto de la Virgen de Tobed (foto Jarke).

no son visibles, son escasos en el territorio aragonés. La desaparecida techumbre mudéjar de la sala capitular del monasterio de Sijena sería el ejemplo más destacado de todos, la más antigua de la que se tiene noticia en Aragón, datada a principios del siglo XIII.

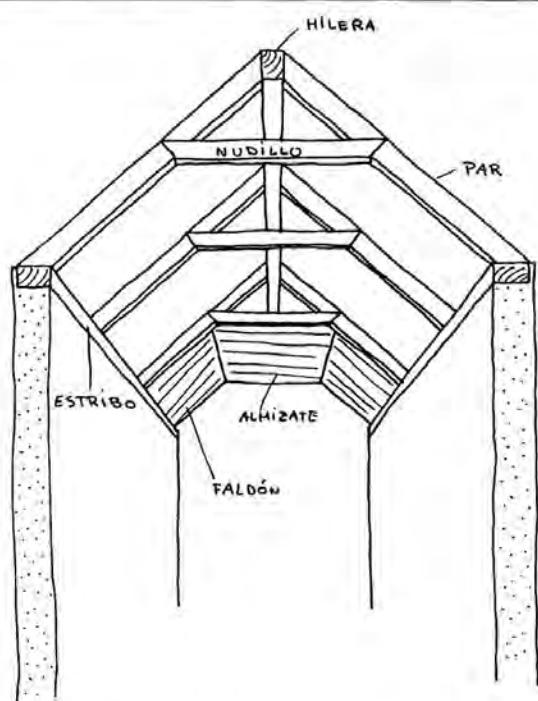
Los alfarjes mudéjares son unas estructuras que derivan de modelos musulmanes, entre los que podríamos citar las techumbres del palacio islámico de la Aljafería. Bernabé Cabañero y Carmelo Lasa, en un trabajo aún inédito³, desprenden del estudio de diversas fuentes que la alcoba oeste del salón del Trono estaba cubierta originariamente por un alfarje, sustentado por un friso de ménsulas y cobijas de yeso; para reconstruir la parte de madera no conservada se basan, entre otras, en la techumbre del coro alto de la Virgen de Tobed, que consideran semejante en cuanto a su estructura al alfarje del palacio taifal, del que derivaría.

Por lo que se refiere a las estructuras a dos aguas, las que apean sobre arcos transversales son bastante corrientes en el territorio aragonés; en ellas los arcos funcionan como gruesas jácenas, con lo que las vigas maestras van en dirección longitudinal a la nave a cubrir, quedando las jaldetas en la dirección transversal, paralelas a los arcos. Las techumbres sobre arcos diafragma, a dos aguas o planas, son una tipología tradicional de los países de la Corona de Aragón en la Baja Edad Media⁴; hay abundantes ejemplos en la zona del levante español, ya que hubo resistencia a emplear la bóveda de crucería en la nave de las iglesias menores durante gran parte del siglo XIII⁵, y la cubierta de madera sobre arcos fue un sistema que prevaleció hasta el siglo XV.

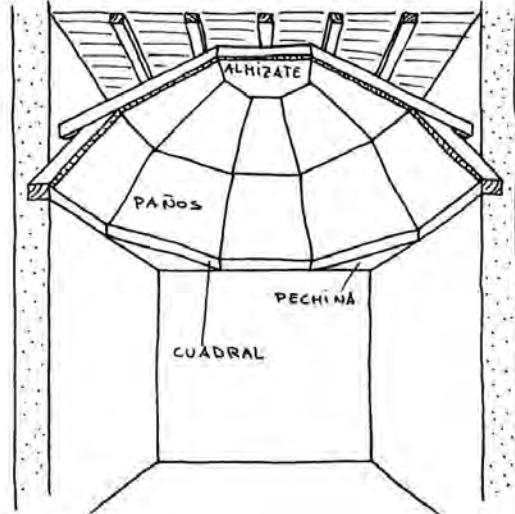
Esta estructura gótica se podía enriquecer con la colocación de unos paneles a modo de falso techo, recordando los almizates de las estructuras de par y nudillo, como sucede en la espléndida techumbre de Peñarroya de Tastavins. Torres Balbás ya apunta que, además de ser una ventaja para la estabilidad, se cubría así la parte más elevada en edificios de mayor importancia; Carmen Fraga incide en este aspecto y apunta que los mudéjares incorporaron novedades por lo que respecta a la decoración en las techumbres sobre arcos transversales, y señala como meramente ornamental el tablero decorado que se colocaría a modo de estrecho almizate⁶. De esta manera, introduciendo elementos estructurales y decorativos de tradición islámica, se realizaron dentro de la estética mudéjar unas obras en las que se había adoptado como base una estructura gótica.

Otra estructura a dos aguas presenta la cubierta de la nave izquierda de la iglesia de la Magdalena de Tarazona; es, de momento, la única techumbre de parhilera conocida en el territorio aragonés, tipo de armadura formada por pares o alfardas, maderos dispuestos oblicuamente y que constituyen las pendientes de la armadura, cuya parte superior apoya en una viga horizontal, llamada hilera, y la inferior en el estribo.

A partir de las armaduras de parhilera evolucionaron las de par y nudillo, que a dos tercios de su altura reciben un madero horizontal o nudillo que ensambla con los pares y cuya sucesión dará lugar a un paño horizontal llamado almizate, con lo que su sección es trapezoidal. Pueden llevar tiran-



CUBIERTA A DOS AGUAS DE
PAR Y NUDILLO



CUBIERTA DE LÍMAS OCHAIZADA

Esquema de una techumbre de par y nudillo y de una cubierta de límas.

tes que resistan el empuje de la armadura, que generalmente apoyan en canes para reducir su luz. Se trata de estructuras de tradición almohade, traídas desde otras regiones a la zona aragonesa; no tuvieron repercusión posterior, pero una de las techumbres de par y nudillo más importantes de toda la península se localiza en territorio aragonés: me refiero, por supuesto, a la techumbre de la Catedral de Teruel.

Otras estructuras importadas son las armaduras de limas, formadas por más de dos faldones cuyas intersecciones dan lugar a líneas de distinta pendiente a las del paño, llamadas limas. Éstas pueden ser simples (lima bordón) o dobles (limas moamaras). Las armaduras de limas de ocho paños reciben el calificativo de ochavadas. Estas estructuras, que se desarrollaron a partir de modelos almohades, tampoco dejaron sentir su influencia; pero igualmente podemos encontrar entre los ejemplos aragoneses obras de importancia capital dentro de la carpintería hispana, como la techumbre de la parroquia de San Miguel en la Seo de Zaragoza.

Una derivación renacentista son los artesonados o techos decorados con artesones o casetones, es decir, con espacios cuadrados o poligonales, sean de madera o no. Estas techumbres, ya de época moderna, cuentan con más estudios: Carmen Antolín estudia la tipología y estructura de las techumbres aragonesas entre 1490 y 1514 y apunta cómo a fines del siglo XV e inicios del XVI se inicia una nueva manera de concebir los techos, evolucionando en el sentido de enmascarar la estructura por medio de decoración de casetones; Rafael Chiribay expone una evolución de las techumbres aragonesas entre 1450 y 1525, haciendo mayor hincapié en los elementos estructurales; y

en su estudio sobre la arquitectura civil zaragozana del siglo XVI, Carmen Gómez clasifica y describe las techumbres de las casas que estudia, incidiendo en la evolución estructural y decorativa que se produjo con la llegada del Renacimiento⁷.

Por último, me gustaría comentar un aspecto que ya apuntaba Gonzalo Borrás en sus estudios; observa en varias techumbres aragonesas una gradación de planos en profundidad, cerrando el espacio, tal y como se puede apreciar en las techumbres de Sijena, Peñarroya de Tastavins o en algunos coros altos de la zona de Calatayud. Mi opinión personal es que este aspecto debería relacionarse con la evolución de las techumbres mudéjares a partir de modelos islámicos,

tales como las techumbres de la Aljafería o de la mezquita de Córdoba⁸. En realidad la techumbre de Sijena podría ser una «interpretación» de estos modelos musulmán e s , conformados a base de tableros que descansan en vigas o ménsulas; en la sala capitular del monasterio, debido al condicionamiento espacial que supuso la división en estrechos tramos

por medio

de arcos, se optó por una solución que dio como resultado algo especial, a base de unos paneles rectangulares y de escasa longitud, con lo que la sensación de cierre del espacio es mayor. Ya Torres Balbás apunta como Sijena se configuraba a base de compartimentos, en los que se podían encontrar cuatro vigas formando un marco, disposición parecida a la techumbre del siglo X de la mezquita de Córdoba. En otras obras, como las de Maluenda, Tobed o Peñarroya de Tastavins, en vez de cerrar la luz mediante vigas se hizo con canecillos (tal y como sucedía en la Aljafería), que si en principio tenían la función de posibilitar un apoyo a las vigas, luego pasaron a ser algo meramente decorativo.



Coro alto de Santa María de Maluenda (foto Jarke).

Sus decoraciones

La decoración mudéjar conjuga elementos de tradición islámica con otros de tradición occidental, unidos para formar un resultado estético único. Hay que tener en cuenta que la decoración en las obras que se hallan dentro de la tradición islámica es algo sustancial, por lo que generalmente las techumbres mudéjares se hallan cubiertas totalmente por decoraciones pintadas y/o talladas; las obras relacionadas en mayor medida con el gótico no suelen ser tan ricas en cuanto a su ornamentación. Incidiendo en este importante aspecto, puede observarse cómo las obras realizadas en el período de apogeo del arte mudéjar poseen una importante decoración, mientras que cuando en el siglo XV esta manifestación artística va declinando se observa una mayor austereidad decorativa, hasta que la llegada de las influencias renacentistas configuren otra forma de concebir y decorar los techos: los artesonados.

La organización general de la decoración está condicionada por la estructura de madera, que no posibilita unas grandes zonas decorativas sino más bien pequeñas composiciones o motivos sueltos en diferentes marcos: cobijas, calles, alfardones, etc. Se suelen emplear colores puros y vivos, contrastados y creando alternancia: rojos, verdes, amarillos y azules, junto con el negro y el blanco. El aspecto final es el de una obra compartimentada en su decoración, pero que crea unos ritmos de contrastes y repeticiones que dan unidad y uniformidad al conjunto.

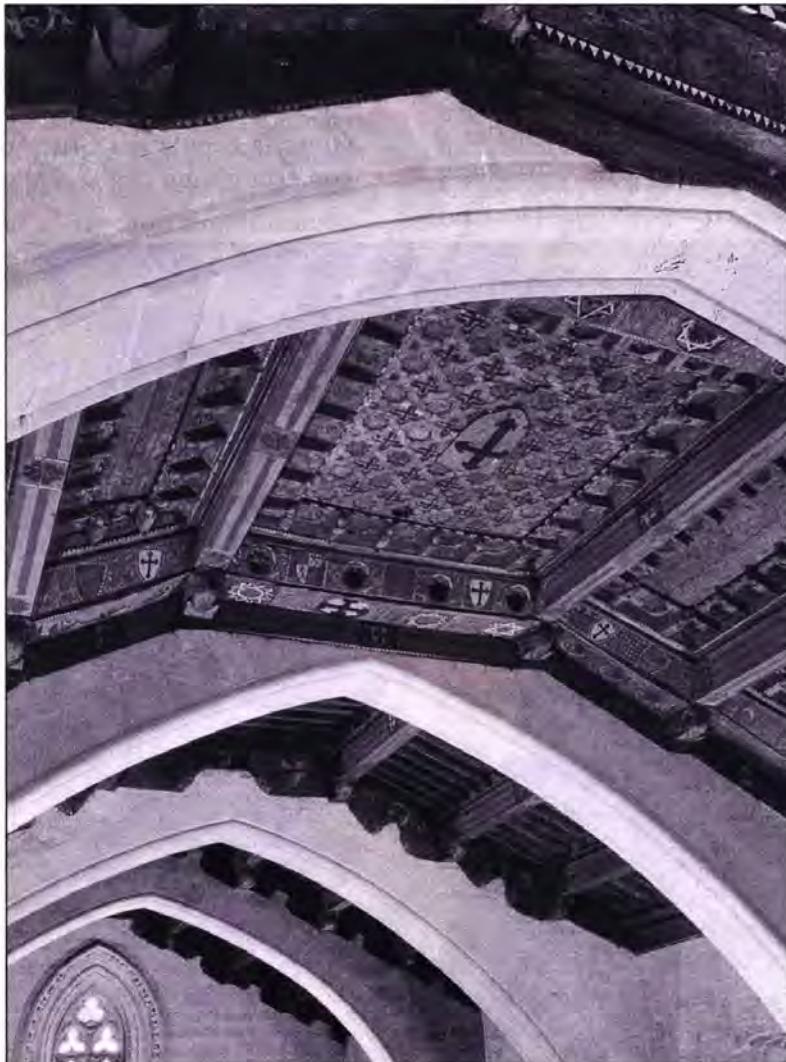
La decoración de las techumbres hereda los motivos del arte musulmán: los vegetales estilizados o ataurique; la decoración epigráfica, incluyendo tanto alafias como verdaderas inscripciones en caracteres árabes; y la decoración geométrica. No es raro encontrar motivos decorativos de otras técnicas aplicados a la decoración de las

techumbres, especialmente de la cerámica y del yeso.

La decoración geométrica puede ir pintada (en forma de rosetas de seis u ocho pétalos, bandas, lazo, etc.) o tallada. Por lo que se refiere a esta última, podemos distinguir: la labor de menado, a base de hexágonos alargados (alfardones) y cupulillas galloonadas excavadas (chellas); los gramiles, ranuras longitudinales talladas en el papo de las maderas; los mocárabes, de escasa difusión; y la decoración de lazo tallada, que puede ser ataujerada (la realizada sobre un tablero al cual se clavan las cintas y miembros que componen el lazo) o apeinazada (el lazo que se forma en una armadura ensamblando).

En cuanto a la decoración tallada de los canes, en Aragón hay dos tipos que se repiten abundantemente: los de proa de nave y otros de formas extrañas a base de superficies cóncavas y zonas planas, ambos desarrollados a partir de modelos islámicos.

Si hasta aquí hemos podido ir viendo el peso de la tradición islámica en la decoración de las techumbres mudéjares, la influencia de la tradición occidental se observa sobre todo en la decoración pintada: heráldica cristiana muy abundante, temas figurativos realizados dentro de los esquemas de la pintura gótica lineal, inscripciones góticas o vegetación naturalista; igualmente se pueden localizar elementos geométricos de tradición románica. Se incorporaron todos estos motivos, integrándose perfectamente en el conjunto. Sólo con la llegada de la influencia del Renacimiento la decoración cambiará radicalmente, configurándose a partir de casetones que llevarán la evolución de las techumbres por otros caminos.



Techumbre de la Virgen de la Fuente de Peñarroya de Tastavins.
(foto Beatriz Rubio)

ALGUNOS EJEMPLOS

Las cubiertas más interesantes son aquéllas que el arte mudéjar enriqueció en mayor medida, tanto estructural como decorativamente. He elegido unas

obras de una gran riqueza en sus estructuras y decoraciones y en las que la estética mudéjar inunda toda la obra. El fin, si se me permite, no es otro que el mostrar la importancia de las obras aragonesas, a la altura de las de cualquier otra región española.

La techumbre de Peñarroya de Tastavins

Manuel Siurana considera esta techumbre como una aportación mudéjar a la ermita gótica de la Virgen de la Fuente, que puede datarse en la segunda mitad del siglo XIV⁹. Este autor nos ofrece el dato de que en 1349 estaría en proceso de construcción y en 1369, como mucho, estaba acabada. Se trata una iglesia que perteneció a la orden militar de Calatrava, concretamente a la jurisdicción de Alcañiz a través de su encomienda de Monroyo.

La techumbre es una cubierta a dos aguas sobre cuatro arcos diafragma apuntados, que dividen la ermita en cinco tramos. Se distinguen en el conjunto de la techumbre dos estructuras distintas: los dos primeros tramos (si contamos a partir del testero) tienen una estructura simple de cubierta a dos aguas sobre arcos diafragma; los tres últimos añaden a esa estructura un panel a modo de techillo o falso almizate.

Gonzalo Borrás, que hasta el momento es quien mejor ha estudiado esta obra, ya ha apuntado cómo se utiliza aquí una tipología tradicional de la Corona de Aragón, pero destacando que «evidencia una perfecta adecuación de las técnicas más elementales y sencillas de la carpintería mudéjar a las estructuras de la arquitectura gótica levantina»¹⁰.

El cuarto tramo es el más interesante, en el que las jardetas no son visibles. Los siete fragmentos en que se divide el tramo por medio de las jácenas quedan totalmente cerrados; sobre esta estructura cerrada se colocan unas mensulillas de proa que rodean el espacio de cada segmento, sobre las que se colocan unos paneles decorados. Series de mensulillas similares encontramos también, sin función estructural, a ambos lados de las falsas hileras de los dos primeros tramos, en dirección

transversal a la viga y que aparentan soportar las jardetas en su zona superior. El panel central del cuarto tramo presenta una decoración ataujera en forma de lazo de cuatro octogonal, que deja huecos decorados con cupulillas gallonadas y cruces de Calatrava, todo presidido por un enorme escudo de la orden. Los tableros de los segmentos laterales se decoran con lazos de seis pintados. Se completa la decoración de este tramo con chellas, decoración geométrica tallada y decoración pintada vegetal, animal y heráldica, tal y como sucede en el resto de la techumbre.

A modo de arrocabe corren bajo el estribo unas tablas, de las que sólo queda una original en el lado sur del segundo tramo; está decorada con unos caballeros, en disposición y estilo idénticos a los que presentan las tablas del Museo Nacional de Arte de Cataluña, que considero corresponden a unas de estas tablas perdidas¹¹.

En Aragón podemos encontrar en las techumbres góticas de Argente y Camañas, en la provincia de Teruel, ambas sobre arcos diafragma y del siglo XIII, un precedente estructural que en Peñarroya ha evolucionado ya claramente hacia una estética mudéjar. Posterior en el tiempo sería la techumbre de San Juan Bautista de Chiprana, de hacia 1430, que presenta también falso almizate, aunque se observa un gran retroceso en cuanto a la decoración, que ya no es tan rica. En Valencia encontramos dos techumbres similares: la de la iglesia de la Sangre de Lliria y la que cubre la capilla del Cristo de la Paz en Godella. Es con esta última con la que guarda mayores semejanzas; se trata de una techumbre angular con falso almizate, rodeado en su contorno por una doble de canecillos escalonados; muestra decoración pintada heráldica, geométrica, de ataurique y de lacería. Torres Balbás la data a fines XIV o inicios XV y Asunción Alejos en el primer tercio del siglo XV¹². Igualmente la decoración pintada de las vigas y de los canes de la techumbre de Peñarroya de Tastavins presenta grandes semejanzas con otras techumbres de la zona levantina, especialmente con ejemplos tarragonenses



Coro alto de San Félix de Torralba de Ribota (foto Jarke).

del Campo de Tarragona y de la Conca de Barberà¹³. Todos estos paralelos se encuadran dentro de las relaciones artísticas entre los territorios de la Corona de Aragón en la época medieval, que fueron muy importantes.

Los coros altos de la zona de Calatayud

Celia Usón y M^a Inés Ducar, en su estudio sobre la techumbre del coro de la iglesia de la Virgen de Tobed, ya apuntan la existencia de una escuela local de carpintería situada en la zona de Calatayud, en la primera década del siglo XV, que realizaría las techumbres de los coros altos de Maluenda, Tobed, Torralba de Ribota y Cervera de la Cañada¹⁴, alfajres soportados por arcos a los pies de las iglesias. Se puede observar en ellos la evolución hacia una decoración más austera, acompañada de una simplificación estructural.

El de la iglesia de Santa María de Maluenda, que Gonzalo Borrás data hacia 1400, se divide en cinco secciones por medio de cuatro enormes jácenas, que apoyan directamente en los muros del arco y del hastial. Cada sección está rodeada por un vuelo de canecillos, que en la zona adyacente a las jácenas sirven de apoyo a las jaldetas, mientras que en la zona de los muros es sólo un juego decorativo. Las calles presentan decoración de plafones de sección lobulada. La decoración pintada es básicamente de tipo heráldico, geométrico y vegetal; presenta también inscripciones epigráficas, estando la obra firmada por Yuçaf Adolmalih. De todos estos coros es la que presenta mayor profusión y variedad decorativa, que recubre la totalidad de la obra.

El alfajre de la Virgen de Tobed apoya en un arco rebajado, que divide la techumbre en dos secciones: una interior y otra exterior que consiste en un voladizo. La parte interior presenta jácenas de escasa escuadría que apoyan en canes de proa, canes que también presentan los laterales cortos, sin aparente función estructural. Está decorado a base de motivos geométricos y florales pintados, junto con motivos sueltos epigráficos y abundante decoración heráldica (entre la que aparecen las armas de Benedicto XIII);



Coro alto de Santa Tecla de Cervera de la Cañada (foto Jarke).

también se pueden localizar algunos motivos zoomorfos. En conjunto ofrece una gran riqueza, pero sin alcanzar la de Maluenda. Se puede datar en torno a la primera década del XV.

El coro alto de la iglesia de San Félix de Torralba de Ribota lo data Gonzalo Borrás en la segunda década del siglo XV. Al igual que Tobed presenta dos zonas divididas por los arcos, ambas de escasa anchura. La zona interior presenta un vuelo en tres planos, a base de canes de proa; sobre los inferiores apean unas vigas que rodean

toda la sección, adosadas a los muros; sobre estas vigas se colocan canecillos de menor tamaño pero en mayor número, sobre los que apean unas vigas de menor escuadría y transversales a las anteriores, sobre las que se coloca la tablazón. En conjunto parece más bien un juego decorativo que una necesidad estructural, ya que la escasa anchura del tramo interior, de escasos dos metros, no precisaba de una compleja estructura que sujetara su tablazón. La solución de adosar vigas a los laterales de los muros recuerda a la solución de Sijena, quizás también condicionada por la estrechez de los tramos a cubrir, poco superior a los dos metros. Presenta decoración floral y animal, así como epigráfica cristiana; la heráldica se centra en el escudo de la villa. En conjunto, decorativamente es más pobre que Tobed o Maluenda.

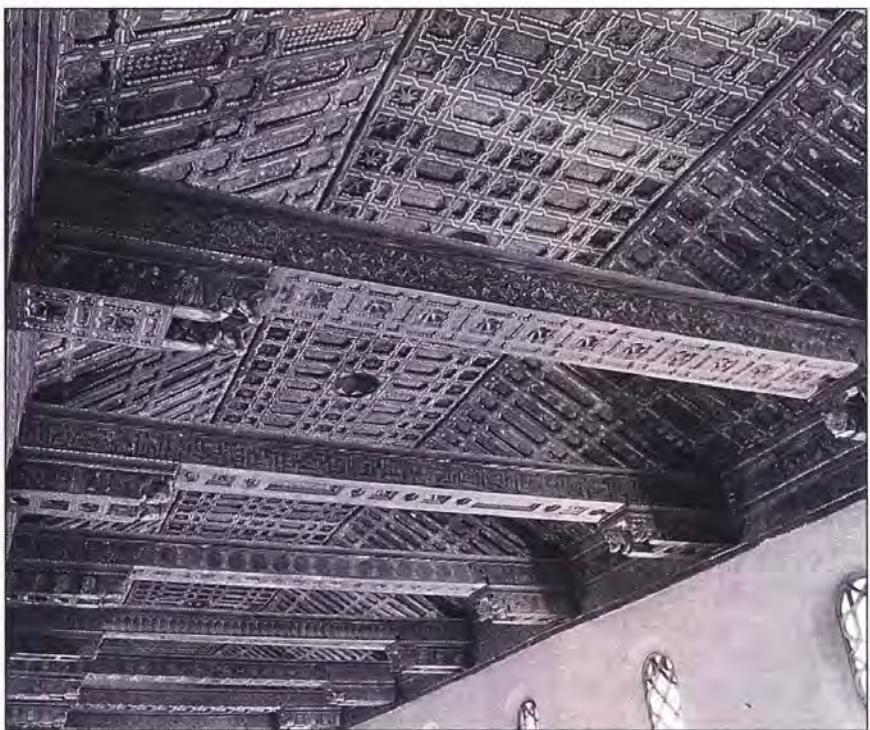
Por último, el coro de Santa Tecla de Cervera de la Cañada presenta un notable retroceso estilístico en cuanto a decoración y estructura. Se configura el alfajre a partir de una serie de jácenas que apean directamente sobre el estribado. Una inscripción en el antepecho del coro da noticia de que fue Mahoma Rami en 1426 quien realizó la última etapa de las obras. Presenta sólo decoración heráldica y vegetal, la primera restringida al escudo de la villa y a las barras de Aragón.

No se trata de los únicos coros altos aragoneses, pero sí de los más interesantes; podemos señalar el de la ermita de Cabañas (hacia 1315-1338) o el de Castro (segunda mitad del siglo XIV), este último estudiado por Isabel Álvaro¹⁵; ambos presentan un vuelo a base de canecillos de proa, pero son más sen-

cillos. No hay que olvidar que alfarjes sobre arcos podemos encontrar en otros territorios de la Corona de Aragón, por ejemplo el coro de la catedral de Tarragona, estudiado por Isabel Companys y Nuria Montardit¹⁶. Similar, pero sin ser un coro alto, podemos mencionar el techo de la Casa del Judío, realizado bajo el mecenazgo de Alfonso V, y que es estudiado por Merino de Cáceres¹⁷; lo data hacia 1425 (siendo por lo tanto más o menos contemporáneo a las obras de la zona de Calatayud) y en él encontramos canecillos de proa rodeando las tres secciones en que se divide por medio de jácenas; es con Maluenda con el que guarda mayor relación.

La techumbre de la Catedral de Teruel

Sin duda es la más estudiada, ya que se trata de un caso excepcional en la Península, la más antigua conservada de par y nudillo. Entre estos estudios hay que destacar los de Ángel Novella y Joaquín Yarza, los más completos sobre el tema; en mi opinión el de Yarza es el más interesante publicado hasta la fecha, ya



*Techumbre de la Catedral de Teruel.
(foto Beatriz Rubio)*

que estudia gran cantidad de aspectos de esta techumbre, además de recoger un estado de la cuestión, por lo que remito al lector interesado a este trabajo¹⁸.

Creo que el tema de la cronología de esta techumbre está prácticamente cerrado, después de que un análisis dendrocronológico, realizado por Rodríguez Trobajo sobre varias maderas de la techumbre, haya arrojado la fecha de 1261¹⁹ para la tala de los árboles que sirvieron para su construcción, fecha que viene a apoyar la cronología que desde hace años se le venía adscribiendo: último tercio del siglo XIII.

Se trata, como ya he mencionado antes, de una estructura importada, de escasa influencia posterior, que se ha relacionado con obras toledanas. Según Gonzalo Borrás, la escasa fortuna de estas estructuras de tradición almohade quizás sea debida a la escasez de madera en el valle del Ebro y sus afluentes meridionales, lo que hizo que se siguieran empleando las cubiertas sobre arcos diafragma para cubrir estancias a dos aguas, sistema menos arriesgado por precisar de vigas de menor escuadria y longitud²⁰. Pero creo que la presencia de los falsos almizates en estas armaduras, sin sentido estructural, pueden ser un índice de cómo sí se tuvieron en cuenta estas soluciones almohades, aunque aspectos prácticos aconsejan dejarlas a un lado.

Sólo querría también llamar la atención sobre un aspecto que Borrás y Yarza ya han puesto de relieve²¹: que la organización decorativa de esta armadura está dentro de la tradición islámica, aunque hasta el momento la mayor parte del interés lo ha acaparado la pintura gótica de las tabicas y su estudio iconográfico. No sólo el sistema organizativo a base de



Techumbre de la parroquia de San Miguel en la Seo de Zaragoza (foto Jarke).

campos ornamentales, sino también algunos motivos decorativos (lacería, rosetas y cupulillas, decoración vegetal a partir de un eje central, inscripciones cíficas, etc.) son herencia del arte andalusí. Creo que hay que destacar el hecho de que precisamente este sistema organizativo y los motivos decorativos de tradición islámica son los que predominan en el aspecto de la techumbre: basta recordar el almizate, cuya amplia superficie sólo presenta decoración geométrica y vegetal, dentro de una organización a base de lazo.

Por lo que se refiere al significado global de la techumbre, creo que hay que seguir en la línea de plantear un sentido general cósmico, que quizás habría que dar a muchas de las techumbres islámicas y mudéjares, aunque es un tema aún por estudiar.

La armadura de la parroquialta de la Seo de Zaragoza

El escaso interés que hasta hace poco tiempo han despertado las techumbres mudéjares aragonesas tiene su máximo exponente en esta armadura realizada bajo el mecenazgo del arzobispo don Lope Fernández de Luna (1351-1382), que pese a su gran interés carece de estudio monográfico.

Se trata de una armadura octogonal sobre un friso que rodea los muros de la estancia cuadrada; es en su zona superior donde podemos localizar la estructura propiamente de limas moamares, tras haberse pasado del cuadrado al octágono; no tiene un almizate propiamente dicho, pues acaba en una bóveda de mocárabes. En el friso de madera extenso, que sirve de transición entre el muro y la cubierta, se localizan alafias e inscripciones en caracteres árabes. Su rica decoración, resaltada con las aplicaciones de colores vivos como el rojo, el azul y el dorado, incluye además de los

mocárabes (que en Aragón aparecen por vez primera en esta obra) y la decoración epigráfica, labor de lazo de cuatro octogonal, chellas y cenefas de pequeñas rosetas de seis pétalos talladas.

Se trata de una estructura importada sevillana, de tradición almohade; en su decoración también se pueden apreciar estas relaciones con el arte sevillano. Gonzalo Borrás menciona el carácter importado y sin tradición en la carpintería mudéjar aragonesa de esta obra; igualmente califica de exótica y excepcional a la armadura hexagonal de limas moamares de Mesones de Isuela. Relaciona ambas con la presencia de los maestros azulejeros sevillanos Garcí y Lop Sánchez²². Estas armaduras de limas no tuvieron influencia posterior, aunque Geneviève Barbé las pone en relación con las cajas de escaleras renacentistas²³.

Hay que relacionar esta obra con otras realizadas bajo el mecenazgo del arzobispo don Lope: la techumbre ya mencionada del castillo de Mesones de Isuela, el retablo relicario de Piedra y los restos de un taujel del palacio arzobispal de Zaragoza.

Aunque estructuralmente guarda relación con la techumbre de Mesones, estudiada por Geneviève Barbé²⁴, ya que ambas son armaduras de limas, creo que hay que destacar las relaciones menos aparentes que mantiene con las otras obras. Así, por ejemplo, con el retablo relicario de Piedra, que según Fabián Mañas se realizaría entre 1380 y 1390²⁵. Se trata de

un mueble dentro de una concepción mudéjar, en que las pinturas religiosas cristianas se funden e integran en la estética de tradición musulmana. Este autor relaciona este mueble con la armadura de la Seo de Zaragoza, con la de Mesones y con el taujel del palacio arzobispal zaragozano (obras todas de la década de 1370). Insiste en el carácter exótico e importado de estas obras y plantea la hipótesis de que los mismos carpinteros realizaran las tres armaduras, y que construyeran también el reta-



Coro alto de San Román de Castro (foto Jarke).



Techumbre de Santa Quiteria de Argente (foto Beatriz Rubio).

blo relicario. Este último y la techumbre de la parroquia coinciden en el friso de mocárabes, en la decoración de lazo de cuatro formando estrellas de ocho y cruces de brazos iguales (que también encontramos en el taujel del palacio arzobispal) y en la presencia de chellas y de una cenefa de cupulitas talladas de seis gallones.

Chiribay plantea la hipótesis de que los restos del taujel del palacio arzobispal sean lo conservado de una cúpula de madera²⁶. Apunta como este arzobispo introdujo soluciones novedosas en carpintería en las obras realizadas bajo su mecenazgo, que traen la influencia andaluza a Aragón. Se trata de un fragmento de taujel decorado con lazo de cuatro octogonal combinado con cruces o aspas, todo pintado en oro, rojo y azul.

Que estas obras de carácter exótico e importado estén todas en relación con Lope Fernández de Luna nos lleva a pensar en la importancia que los mecenas y sus intereses, gustos y personalidad tuvieron en el desarrollo del arte.

REFLEXIONES FINALES

Si ordenamos cronológicamente el conjunto de las techumbres aragonesas podemos observar como del siglo XIII no nos quedan muchos ejemplos, posiblemente porque se han perdido. Pero entre las conocidas hay dos ejemplos mudéjares de gran valor: la

desaparecida techumbre de Sijena y la techumbre de la Catedral de Teruel. También en este siglo se pueden localizar obras de carácter gótico, como las de Argente y Camañas, ambas a dos aguas sobre arcos diafragma. Ya hacia mediados del siglo XIV pueden situarse los alfarjes de Cabañas y Castro, ambos con un alero a base de canecillos de proa, aunque sin alcanzar la riqueza de obras posteriores.

En el último tercio del siglo XIV e inicios del XV asistimos, como ya puso de relieve Gonzalo Borrás²⁷, a una etapa de esplendor en la carpintería mudéjar aragonesa; no está de más recordar que todo el siglo XIV es el de auge del arte mudéjar aragonés en su conjunto. En este período cronológico se realizaron las techumbres de la parroquia de la Seo y la de Mesones de Isuela, los coros altos de Tobed, Ma-luenda y Torralba de Ribota, así como la cubierta de Peñarroya de Tastavins. Viendo cómo estructuras de tipo importado tuvieron poco éxito en Aragón, me inclino a creer que este esplendor fue el resultado de una evolución dentro del propio arte mudéjar aragonés a partir de los modelos islámicos, y que se fue enriqueciendo progresivamente, evolucionando lejos de las soluciones más elaboradas almohades o nazaríes.

Habrá que esperar a finales del siglo XV e inicios del XVI, con la llegada del Renacimiento, para que haya otro resurgir de la carpintería aragonesa con los Reyes Católicos y los taujeles y artesonados con que decoraron el palacio de la Aljafería, dentro

de una nueva concepción y de una distinta forma de hacer techos.

Entre las techumbres podemos encontrar sobre estructuras claramente de tradición islámica una decoración pintada de tipo gótico: por ejemplo la techumbre de Teruel o la de Mesones. También podemos encontrar sobre estructuras góticas decoraciones e incluso estructuras decorativas de clara tradición islámica: la de Peñarroya de Tastavins podría ser el ejemplo. Pero lo que importa es la impresión general, que en ambos casos opino que es claramente mudéjar.

Otro caso queda ejemplificado en la parroquia, cuya estructura y decoración dentro de la más pura tradición hispanomusulmana puede inducir a pensar incluso que se trata de una obra islámica. Pero no hay que confundirse: es una obra realizada en territorio cristiano y al servicio de la religión cristiana, y por lo tanto mudéjar. En el extremo opuesto estarían las obras que pertenecen al arte cristiano occidental y que no hay que incluir entre las techumbres mudéjares, como las de Argente y Camañas.

A lo largo de este artículo he ido hablando de tradición islámica y tradición occidental por lo que se refiere a las techumbres mudéjares, tanto en estructuras como en decoraciones; esto es inherente al arte mudéjar en general. Según palabras de

Gonzalo Borrás, el arte mudéjar es la pervivencia y desarrollo de la tradición artística del Islam en la España cristiana; se configura tanto por los materiales y técnicas empleados en su sistema de trabajo artístico, cuanto por sus características formales, en las que perviven elementos estructurales y ornamentales de la tradición islámica²⁸. La versatilidad es una más de las características del arte mudéjar; en este sentido no hay que olvidar que debido a la necesaria adaptación al gusto del encargante, los encargos artísticos y las tipologías corresponden al mundo cristiano. Una de las principales características del arte islámico es su gran capacidad de adoptar elementos ajenos e integrarlos en su propia estética; pero no por ello nadie duda de que se trate de arte musulmán. Igualmente los paralelos con el arte occidental o la adopción de elementos góticos no han de extrañarnos en el arte mudéjar, sin tener por ello que renunciar a considerar como mudéjares ciertas obras: se trata de una integración y adaptación de elementos a la concepción estética mudéjar, derivada de la musulmana. Pero también hay que dejar claro que porque una obra gótica posea elementos aislados mudéjares o de tradición islámica no se convierte automáticamente en mudéjar.

Sobre este aspecto, un pequeño trabajo de Gonzalo Borrás titulado «Contenido del arte mudéjar» es de gran interés²⁹. Comparto la opinión de que



Techumbre de la Virgen del Consuelo de Camañas (foto Beatriz Rubio).



Techumbre de San Juan Bautista de Chiprana (foto Beatriz Rubio).

los límites del arte mudéjar con el hispanomusulmán han de establecerse por criterios culturales y políticos, como en el arte islámico. Establecer los límites por el lado del arte occidental es más difícil. El resultado global, la impresión de conjunto, la visión estética resultante es lo que importa, no los elementos aislados; se trata de valoraciones artísticas, de conceptos estéticos, no de aspectos cuantificables, y por lo tanto opinables. Es una tarea difícil, que implica un debate, interesante en la medida en que pueda ayudar a clarificar algo el panorama, como apunta Gonzalo Borrás.

El problema surge en las obras en las que la balanza es difícil saber a qué lado se inclina. Un ejemplo para poder entender esto sería la techumbre de la parroquial de Chiprana: se trata de una techumbre a dos aguas sobre arcos diafragma (estructura gótica) con falso almizate; presenta decoración agramilada en sus vigas y canes tallados, además de decoración pictórica, fundamentalmente heráldica y vegetal; pero en conjunto presenta más bien un aspecto austero, sólo matizado por los vivos colores de la decoración pintada. Otro ejemplo que pude ayudarnos a reflexionar es el de los coros de la zona de Calatayud; el de Maluenda tiene gran número de elementos que podemos reconocer como mudéjares, mientras que el de Cervera ha ido perdiéndolos, ofreciendo en conjunto un aspecto mucho más pobre. Pero, ¿cuántos ele-

mentos son necesarios para que una obra sea considerada mudéjar o gótica? ¿Es algún aspecto o elemento más importante que otros? Sería fácil si se pudiera hablar en términos de porcentajes, pero creo que ese método no es muy adecuado porque no estamos hablando de aspectos cuantificables. Mi opinión es que el hecho de que las techumbres tengan mayor o menor decoración tallada y pintada (decoración de carácter sustancial en el arte islámico y en el mudéjar) es algo que nos pone en el buen camino para llegar a concretar con más precisión si estamos ante obras góticas o mudéjares. Este aspecto de la decoración enlaza con la transformación que los techos van a experimentar con la llegada del Renacimiento, ya que los artesonados están básicamente definidos por su decoración de casetones.

Para concluir, me gustaría destacar la importancia de los mecenas en la evolución de las techumbres, ya que a veces introducen tipologías nuevas o un gusto personal. Gonzalo Borrás califica de «hitos» en el proceso de formación y evolución del arte mudéjar a los encargos realizados por los reyes, el alto clero y las órdenes religiosas³⁰. Opino que si se avanza en este sentido puede llegarse a conclusiones interesantes: piénsese por ejemplo en la importancia de las obras de madera encargadas por don Lope Fernández de Luna.

NOTAS

1. Gonzalo M. BORRÁS GUALIS, «Carpintería mudéjar» en *Arte mudéjar aragonés*, Zaragoza, 1978, págs. 199-227; *Arte mudéjar aragonés* (III tomos), Zaragoza, 1985. Es esta última obra la que tiene mayor interés ya que, además de ofrecer una visión de conjunto sobre el tema en el primer tomo, estudia cada una de las obras en el segundo.
2. Cfr. Gonzalo M. BORRÁS GUALIS, *Arte mudéjar aragonés*, Zaragoza, 1978, pág. 208.
3. Bernabé CABANERO SUBIZA y Carmelo LASA GRACIA, «Las techumbres islámicas del palacio de la Aljafería. Fuentes para su estudio», que se publicará en breve en la revista *Artigrama*. Agradezco a estos dos autores los datos que me han dado sobre este tema, antes de que su trabajo se haya publicado; especialmente quiero dejar constancia aquí de mi agradoceimiento a Bernabé Cabañero, con quien siempre es un placer conversar, por las informaciones que me ha comunicado y de las que se ha beneficiado este artículo.
4. Sobre este tema de las techumbres sobre arcos diafragma hay que referirse a los trabajos de Leopoldo TORRES BALBÁS, «Naves de edificios anteriores al siglo XIII cubiertos con armaduras de madera sobre arcos transversales», *Archivo Español de Arte*, nº 126, tomo XXXII, 1959, págs. 109-119 y «Naves cubiertas con armadura de madera sobre arcos perpiñanos a partir del siglo XIII», *Archivo Español de Arte*, nº 129, tomo XXXIII, 1960, págs. 19-43.
5. Cfr. Cristóbal GUITART APARICIO, «Un grupo de iglesias protogóticas en la 'Tierra Nueva' de Aragón», *Seminario de Arte Aragonés*, XXV-XXVI, 1978, pág. 10.
6. Cfr. Leopoldo TORRES BALBÁS, «La techumbre mudéjar de la iglesia de Godella (Valencia)», *Al-Andalus*, vol. XX, 1955, págs. 196-206; Carmen FRAGA GONZÁLEZ, «Carpintería mudéjar: sistema y técnicas de trabajo», *Actas III Simposio Internacional de Mudéjarismo. Teruel, 20-22 de septiembre de 1984*, Teruel, 1986, págs. 473-490.
7. Carmen ANTOLÍN COMA, *La techumbre de la casa de Gabriel Sánchez. Aportación para un estudio de la carpintería zaragozana de la primera mitad del siglo XVI*, Zaragoza, 1985; Rafael CHIRIBAY CALVO, «Las techumbres mudéjares instaladas en la Casa Consistorial de Zaragoza», *Artigrama*, nº 3, 1986, págs. 403-406; Carmen GÓMEZ URDÁÑEZ, *Arquitectura civil en Zaragoza en el siglo XVI* (2 tomos), Zaragoza, 1987-1988.
8. Cfr. Gonzalo M. BORRÁS GUALIS, *Arte mudéjar aragonés*, Zaragoza, 1978, pág. 210. Sobre la techumbre del Salón del Trono de la Aljafería ya he comentado en la nota 3 como son Bernabé Cabañero y Carmelo Lasa quienes se han acercado a este tema tan interesante. La antigua techumbre de la mezquita de Córdoba ha sido estudiada fundamentalmente por Félix HERNÁNDEZ GIMÉNEZ, «Arte musulmán. La techumbre de la gran mezquita de Córdoba», *Archivo Español de Arte y Arqueología*, nº 12, 1928, págs. 191-225.
9. Manuel SIURANA ROGLÁN, *La arquitectura gótica religiosa del Bajo Aragón turolense*, Teruel, 1982, especialmente págs. 105-115.
10. Gonzalo M. BORRÁS GUALIS, *Arte mudéjar aragonés*, tomo II, Zaragoza, 1985, pág. 296; *El arte mudéjar en Teruel y su provincia*, Teruel, 1987, págs. 56-61; la cita es de la pág. 61 de este segundo de trabajo.
11. Me refiero concretamente a las tablas cuyo número de inventario es 15.839 y 24.116. Es posible que estas dos tablas estuvieran unidas en un principio, siendo la longitud total de unos 4,35 metros, pudiendo localizarse en el lado sur del primer tramo, en el que ahora hay una pieza nueva. Ha sido gracias a una Ayuda a la Investigación concedida por el Instituto de Estudios Turolenses como he podido estudiar estas piezas del Museo de Arte de Cataluña, ayuda que se me concedió en 1992 para realizar el inventario y catalogación de las techumbres mudéjares turolenses.
12. Leopoldo TORRES BALBÁS, «La techumbre mudéjar de la iglesia de Godella (Valencia)», *Al-Andalus*, vol. XX, 1955, págs. 196-206; Asunción ALEJOS MORÁN, «Carpintería mudéjar en una iglesia valenciana. Aproximación al estudio de la capilla del Cristo de La Paz de Godella», *Actas II Simposio Internacional de Mudéjarismo: Arte. 19-21 de noviembre de 1981*, Teruel, 1982, págs. 261-271.
13. Cfr. Enma LIAÑO MARTÍNEZ, *Contribución al estudio del gótico en Tarragona*, Tarragona, 1976.
14. Celia USÓN SARDAÑA y M^a Inés DUCAR ESTEBAN, «Un alfarje mudéjar en al iglesia de la Virgen de Tobed», *Seminario de Arte Aragonés*, XLII-XLIII (1988-1989), 1990, págs. 5-46.
15. M^a Isabel ÁLVARO ZAMORA, «La techumbre de Castro (Huesca)», *Actas II Simposio Internacional de Mudéjarismo: Arte. 19-21 de noviembre de 1981*, Teruel, 1982, págs. 227-240. Esta autora data esta techumbre hacia 1400, fecha con la que Joaquín YARZA LUACES no está de acuerdo, que propone que las pinturas no tienen por qué ser posteriores al segundo tercio del siglo XIV; véase «Santa María de Mediavilla, Teruel: pintura de la techumbre mudéjar» en *Teruel Mudéjar: Patrimonio de la Humanidad*, Zaragoza, 1991, pág. 313, nota 90. En mi opinión una fecha anterior a 1400 es más acertada, de acuerdo con las características estilísticas.
16. Isabel COMPANYS FARRERONS y Nuria MONTARDIT BOFARULL, «Un alfarje de coro mudéjar en Tarragona», *Actas II Simposio Internacional de Mudéjarismo: Arte. 19-21 de noviembre de 1981*, Teruel, 1982, págs. 253-260.
17. José Miguel MERINO DE CÁCERES, «El techo de la 'Casa del Judío' en Norteamérica», *Teruel*, nº 74, 1985, págs. 143-165.
18. Joaquín YARZA LUACES, «Santa María de Mediavilla, Teruel: pintura de la techumbre mudéjar» en *Teruel Mudéjar: Patrimonio de la Humanidad*, Zaragoza, 1991, págs. 239-318; Angel NOVELLA MATEO, «El artesonado de la Catedral de Teruel. (Santa María de Mediavilla)», *Teruel*, nº 32, 1964, págs. 175-233.
19. Cfr. Antonio ALMAGRO GORBEA, «Arquitectura mudéjar en Teruel» en *Teruel Mudéjar: Patrimonio de la Humanidad*, Zaragoza, 1991, pág. 190.
20. Cfr. Gonzalo M. BORRÁS GUALIS, *El arte mudéjar en Teruel y su provincia*, Teruel, 1987, pág. 17.
21. Joaquín YARZA LUACES, op. cit.; Gonzalo M. BORRÁS GUALIS, *El arte mudéjar en Teruel y su provincia*, Teruel, 1987, págs. 24-36.
22. Gonzalo M. BORRÁS GUALIS, *Arte mudéjar aragonés*, tomo II, Zaragoza, 1985, págs. 241-242 y 468.
23. Geneviève BARBÉ COQUELIN DE LISLE, «Les couvertures mudéjares polygonales en charpente dans l'architecture aragonaise», *Actas III Simposio Internacional de Mudéjarismo. Teruel, 20-22 de septiembre de 1984*, Teruel, 1986, págs. 605-610, especialmente pág. 608.
24. Geneviève BARBÉ COQUELIN DE LISLE, «Abolengo islámico y tradición cristiana en el arte mudéjar aragonés: la techumbre de la capilla del castillo de Mesones de Isuela», *Actas del XXIII Congreso Internacional de Historia del Arte. II*, Granada, 1976, págs. 40-48.
25. Fabián MAÑAS BALLESTÍN, «El retablo relicario del monasterio de Piedra», *Segundo Encuentro de Estudios Bilbilitanos. Actas I*, Calatayud, 1989, págs. 323-352, especialmente págs. 332-334.
26. Rafael CHIRIBAY CALVO, «Algunos apuntes para el conocimiento del Palacio Arzobispal de Zaragoza», *Aragonía Sacra*, I (1986), 1987, págs. 29-51, especialmente págs. 42-46.
27. Gonzalo M. BORRÁS GUALIS, *El arte mudéjar en Teruel y su provincia*, Teruel, 1987, págs. 60; él sólo se refiere a la última década del siglo XIV e inicios del XV, pero yo creo conveniente incluir el último tercio, ya que las obras realizadas por don Lope Fernández de Luna, datadas hacia 1370-1380, tienen pleno derecho de contarse entre las que dan esplendor a la carpintería aragonesa.
28. En las anteriores obras de Gonzalo M. BORRÁS GUALIS se anotan apuntes sobre la historiografía del término mudéjar y su definición; pero considero que una visión concisa, clara y más avanzada se halla en *El arte mudéjar en Teruel y su provincia*, Teruel, 1987, págs. 3-18. Pero especialmente hay que destacar su última obra publicada sobre el tema, *El arte mudéjar*, Teruel, 1990, en el que se recogen algunos trabajos anteriormente publicados junto con otros inéditos, conformando un conjunto de gran interés. Creo que sus reflexiones son muy acertadas; en este artículo he recogido algunas de estas ideas.
29. Gonzalo M. BORRÁS GUALIS, *El arte mudéjar*, Teruel, 1990, págs. 50-57, incluido en el capítulo II titulado «Cuestiones debatidas».
30. Gonzalo M. BORRÁS GUALIS, «Aceptación social del arte mudéjar: los encargos artísticos», en *El arte mudéjar*, Teruel, 1990, págs. 109-124, incluido en el capítulo V.

Visions de l'Aragó catalanòfon en els escriptors catalans

HÈCTOR MORET

PRIMERES VISIONS EXÒGENES: EXCURSIONISTES, DIALECTÒLEGS, FOLKLORISTES I GEÒLEGS

A l'últim terç del segle XIX els escriptors catalans vinculats directament al món de l'excursionisme —moviment nascut al caliu de la Renaixença— són els primers que d'una manera més intensa s'ocupen de donar a conèixer la realitat lingüístico-cultural catalana de les comarques nord-orientals de l'Aragó, en especial de les terres pirenencs i les dels Ports de Beseit, a la resta del domini lingüístic a través de la publicació d'articles sobre aquestes terres en els butlletins i anuaris de les associacions excursionistes catalanes, al menys fins l'exclat de la guerra del 1936. Aquest és el cas dels escrits de Joan A. Tusquets,¹ Artur Bofill,² Josep Condó i Sambeat,³ Cels Gomis,⁴ Maurici Gourdon,⁵ Eduard Llanas,⁶ Joaquim de Gispert,⁷ Joaquim Santasusagna,⁸ Miquel Crusafont Pairó i R. Cid López,⁹ etc.

D'entre aquests escriptors vinculats directament al moviment excursionista català és el polígraf reusenc Cels Gomis qui se n'ocupa d'aquestes terres d'una manera més intensa, sobretot per que fa al seu folklore, ja que replegà nombrosos materials de la literatura catalana, i sovint també materials dialectals, a l'Aragó catalanòfon gràcies al seu treball, com a enginyer, en la construcció de diferents ferrocarrils que havien de travessar aquest territori.

Al costat d'aquests escriptors nascuts fora de l'Aragó també en trobem dos de nascuts a l'Aragó

catalanòfon vinculats al món excursionista català, l'un de la Ribagorça —Pere Pach i Vistuer— i l'altre del Matarranya —Maties Pallarés i Gil—, els quals també publicaren diversos articles centrats en llurs comarques d'origen, articles que recentment s'han publicat aplegats.¹⁰



Articles
matarranyencs
i altres escrits

MATIES PALLARÈS

Edició a cura d'Hèctor Moret

Lo
TRU
LL

Una nota a part mereixen les breus cròniques viatgeres que ens han arribat dels dialectòlegs que a partir de finals del segle passat han recorregut les terres aragoneses de llengua catalana a la recerca de materials per a l'estudi científic dels parlars catalans de l'Aragó, cròniques en les quals sovint, especialment en el cas de mossèn Alcover, hi trobem breus descripcions dels paisatges i les poblacions visitades.

VISIONS LITERÀRIES EXÒGENES

Amb tot, el primer escriptor que fa la descripció d'una part de les terres aragoneses de llengua catalana sense cap altra motivació que la purament literària, pel que sabem, fou el lleidatà Joan Santamaría en les seues *Visions de Catalunya* (1927-1928), sèrie de reportatges publicats prèviaament al periòdic *La Publicitat* de Barcelona.¹¹

Un cop finalitzada la guerra civil del 1936 no serà fins a les darreries dels anys seixanta que de nou diversos escriptors catalans —si deixem de banda els lingüistes que cada cop més intensifiquen les investigacions sobre els parlars de l'Aragó catalanòfon— s'interessen per donar a conèixer al públic català, en aquest cas a través de la revista *Serra d'Or*, les terres aragoneses de llengua catalana a la societat catalana. Així Eufèmia Fort i Cogul, publicà un breu reportatge sobre la població de Maella¹² —a partir d'una investigació sobre la Trapa a Catalunya—,¹³ Albert Manent sobre la vila de Vall-de-roures¹⁴ i Artur Quintana sobre la subcomarca de les valls del Guadalop i del Mesquí —a partir d'una investigació dialectològica.¹⁵ Es tracta, en tots els casos, de breus articles que, aprofitant investigacions paral·leles, reprenen la tradició dels excursionistes del primer terç del segle XX.

Encara més literària que les anteriors, i molt més extensa, és la visió que ens dóna la crònica viatgera de Xavier Fàbregas, *Entre Catalunya i Aragó*,¹⁶ obra en la qual Xavier Fàbregas recull les seues experiències com a viatger de bona part del Matarranya, crònica que aporta, en part, la visió del viatger barceloní que descobreix, o creu descobrir, la realitat de les marques occidentals de Catalunya.

La visió de viatger estupefacte que ja caracteritzava parcialment la crònica viatgera de Xavier Fàbregas la trobem notablement augmentada en el crònica de Josep M. Espinàs *A peu per la Llitera*,¹⁷ crònica significativament subtítulada *Viatge a la frontera de la llengua* (com si Barcelona, Martorell o Tarragona, per posar un cas, no fossen ara mateix també frontera de la llengua). Es tracta d'una visió típica i tòpica de viatger estupefacte que intenta explicar, a partir de clixés prou coneguts, les característiques psicològiques, i quasi para psicològiques,

Josep M. Espinàs

A peu per la Llitera



dels habitants de les marques occidentals del domini lingüístic català.

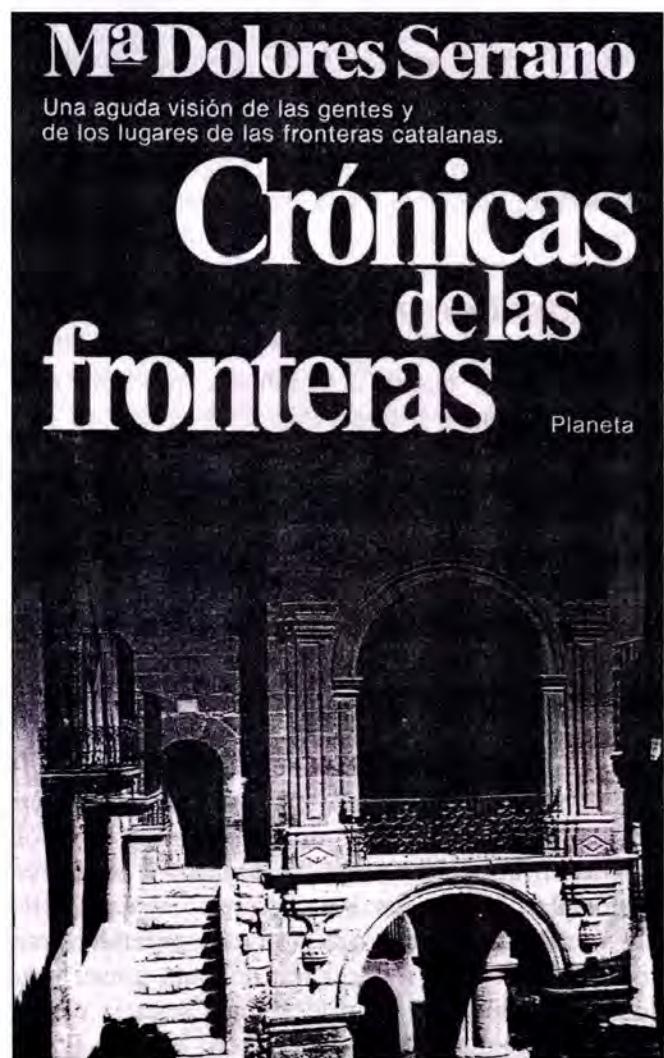
LES CRÒNIQUES DE JOSEP VALLVERDÚ

El escriptor nascut a Catalunya que amb més intensitat s'ocupà, a finals dels anys seixanta i primers dels setanta, en donar a conèixer les comarques aragoneses de llengua catalana al públic de la resta del domini lingüístic fou Josep Vallverdú a través d'excel.lents cròniques viatgeres —acompanyades d'extraordinàries fotografies de Ton Sirera— aparegudes en tres volums de la sèrie *Catalunya Visió* —1 (La Llitera i el Baix Cinca),¹⁸ 2 (La Ribagorça)¹⁹ i 8 (Matarranya i Terra Alta)—,²⁰ en el volum 4 de la sèrie *Dolça Catalunya*²¹ —crònica aquesta última que ve a ampliar un capítol del llibre *Viatge a l'entorn de Lleida* dedicat a l'Aragó català.²² Josep Vallverdú també publicà en aquells anys diversos articles en la premsa catalana dedicats a les terres aragoneses de llengua catalana.²³ Són, en conjunt, articles i reportatges que aporten, al meu entendre, una visió prou acostada a la realitat del país, potser perquè Josep Vallverdú com a crònista segueix el seu propi consell que «Cal, com he escrit en altre lloc»,²⁴

una sol·licitud més sovintejada; que hi anem més, no pas a descobrir-los Mediterranis, sinó a conviure-hi fraternalment».25

CRÒNIQUES ENDÒGENES

En la redescoberta dels anys seixanta i primers setanta també trobem un parell de ‘cronistes’ nascuts en el mateix territori descrit: Jesús Moncada i Mercè Ibarz. Aquests dos escriptors, en sengles reportatges publicats a la revista *Serra d’Or*,²⁶ presenten una visió prou diferent a la que ofereixen altres col·legues de publicació. Tant en un cas com en l’altre són reportatges que —possiblement, per ésser obra de dues persones nascudes, nodrides i fetes al mateix Aragó catalanòfon— introduceixen una visió prou diferent a la dels escriptors catalans que fins aquell moment s’havien ocupat de la descripció de les terres catalanes de l’Aragó. No és casualitat que ja en aquests dos reportatges trobem ja la llavor —si és vol la petita llavor— d’una visió pròpia que s’ha donat a conèixer en les respectives obres de creació literària; però això ja és una altra història.



A mig camí entre la visió donada pels reporters barcelonins i la donada pels reporters del territori trobem l’obra periodística en castellà de María Dolores Serrano, *Crónicas de las fronteras*,²⁷ unes cròniques una mica a la manera dels reportatges de Josep Vallverdú adés esmentats.

LES VISIONS NEUTRES: GUIES I GEOGRAFIES GENERALS

El geògraf Pau Vila publicà una sèrie d’articles durant els mesos d’agost i setembre de 1929 al periòdic *La Publicitat*, articles que posteriorment es recolliren en volum,²⁸ on es presenta una visió essencialment de geografia descriptiva de les *Marques de Ponent*, per utilitzar la terminologia que empra Pau Vila.

En les últimes dècades s’han publicat diverses guies excursionistes en català que s’han ocupat, si més no en part, de donar a conèixer al públic lector català la realitat d’una part dels territoris de llengua catalana d’Aragó: *Guia itinerària dels Ports. Baix Ebre. Matarranya. Montsià. Terra Alta* de Josep M.^a i Joan Brull i Martínez;²⁹ i *Guia de la Ribera d’Ebre* de Carmel Biarnés i Josep Cid, la qual inclou un capítol dedicat a la població Faió.³⁰

A partir de finals dels anys setanta l’interès per donar a conèixer aquestes terres de llengua catalana pren un caràcter més acadèmic i s’inscriu en la descripció dels Països Catalans en general o del Principat de Catalunya en particular. Així en la *Gran Encyclopédia Catalana* la història i la descripció geogràfica d’aquestes terres, així com les biografies dels personatges nascuts a l’Aragó catalanòfon, estan tractades en peu d’igualtat a les de la resta de terres del domini lingüístic català.

Els precedents d'aquest tractament de no descriminació administrativa cal buscar-la en altres obres miscel.lànies publicades al tombant de la dècada dels anys seixanta, con són la ja esmentada *Catalunya Visió i la Geografia de Catalunya* de l’editorial Aedos.³¹ La mateixa *Gran Encyclopédia Catalana* ha continuat publicant obres miscel.lànies on s’inclouen les terres aragoneses de llengua catalana tan destacables com ara la *Gran Geografia Comarcal de Catalunya*, en la qual trobem extensos capitols dedicats a la descripció de les comarques aragoneses de llengua catalana.³²

Salvador Ginesta i Batllori ha publicat molt recentment un extensa guia sobre la comarca del Matarranya³³ que si tampoc aconsegueix deslliurar-se del tot de la visió del viatger estupefacte té la voluntat de fer una descripció neutra.

Salvador Ginesta i Batllori

LES TERRES DEL MATARRANYA



CAVALL
BERNAT
/19

PUBLICACIONS DE L'ABADIA DE MONTSERRAT

NOTAS

1. "Excursió de Lleida a Tortosa. 12 al 15 de maig 1883", dins *Memorias de la Associació Catalanista d'Excursions Científicas*, VII (1883), pàgs. 52-90.

2. "Excursió als Pyrineus centrals. Anada per Aragó, regrés per lo Noguera Ribagorzana", dins *Anuari de la Associació d'Excursions Catalana*, Barcelona, 1882, pàgs. 3-98; "Analys inédits del Real Monastir d'Alaon en lo Noguera Ribagorzana", *Butlletí de la Associació d'Excursions Catalana*, IX (1887), pàgs. 88-96.

3. "Gabassa", *Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya*, VI (1896), pàgs. 193-203.

4. "La Vall de Venasch", dins *Anuari de la Associació d'Excursions Catalana*, II (1882), pàgs. 99-120; "De la Vall de Venasch á Graus, notes de viatje", *Butlletí de l'Associació d'Excursions Catalana*, XI (1889), pàgs. 89-129.

5. "Entorn del Turbón" *Butlletí de la Associació d'Excursions Catalana*, XI (1889), pàgs. 130-183; "Dotze dies en Aragó", *Butlletí de la Associació d'Excursions Catalana*, XII (1890), pàgs. 93-127.

6. "Excursió col·lectiva al plà comprés entre lo Segre y lo Cinca", *Butlletí de la Associació d'Excursions Catalana*, XI (1889), pàgs. 2-30.

7. "Excursions Arqueològiques per Catalunya: Per els Ports de Besit", *Revista de l'Associació Artístic-Arqueològica*, 64 (Barcelona, 1911), pàgs. 451-457.

8. Impressions del Pirineu Central, Reus, 1929; "A la ratlla d'Aragó", *Les circumstàncies* (Reus, 6 de maig de 1931), reproduït a *Paraules d'ahir. Articles editorials de 'Les circumstàncies'*, tria i pròleg de Pere Anguera, Reus, 1974.

9. "Els Ports de Beceit", *Nostra Comarca. Butlletí del Centre Excursionista del Vallès*, 45 (Sabadell, gener-febrer-març de 1932),

pàgs. 1-10; 46 (abril-maig-juny de 1932), pàgs. 1-6; 47 (hivern de 1932-1933), pàgs. 1-11.

10. "Pere PACH i VISTUER, *Articles ribagorçans i altres escrits*, a cura d'Hèctor Moret, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 1991; Maties PALLARÉS, *Articles matarranyencs i altres escrits*, a cura d'Hèctor Moret, Associació Cultural del Matarranya, Calaceit, 1993.

11. "Benavarre. Roda. El Turbó", dins *Visions de Catalunya (Catalunya Vella - La muntanya)*, vol. II, Editorial Selecta, Barcelona, 1954, pàgs. 20-43; "L'Ebre", dins *Visions de Catalunya (Catalunya Nova)*, vol. II, Editorial Selecta, Barcelona, 1954, pàgs. 98-104.

12. *Serra d'Or*, 113 (Febrer 1969), pàgs. 31-33.

13. *L'aventura de la Trapa a Catalunya*, Rafael Dalmau-Episodis de la Història, 112-113, Barcelona, 1968.

14. "Vall-de-roures a la ratlla d'Aragó", *Serra d'Or*, 120 (Setembre 1969), pàgs. 33-35.

15. "La frontera absoluta de la llengua: les valls del Guadalop i del Mesquif", *Serra d'Or*, 134 (Novembre de 1970), pàgs. 31-34.

16. Editorial Selecta, Barcelona, 1971.

17. Edicions La Campana, Barcelona, 1990.

18. Editorial Tàber, Barcelona, 1968, pàgs. 185-235.

19. Editorial Tàber, Barcelona, 1968, pàgs. 11-54.

20. Editorial Tàber, Barcelona, 1969, pàgs. 177-248.

21. "La Catalunya Aragonesa", dins *Països Catalans*, Barcelona, 1978, pàgs. 141-160.

22. Editorial Selecta, Barcelona, 1972, pàgs. 261-288.

23. "Matarranya amunt", *Teleestel*, 158 (31 d'octubre de 1969), pàgs. 11-13; "L'Aragó català i la seua conciència lingüística", *Serra d'Or*, 129 (Juny 1970), pàgs. 15-18.

24. "La gent és afable, senzilla, encarrilada en el seu quefer, potser no massa ambiciosa. Qui els donarà un programa? No pas els redemptors d'una banda o de l'altra. En tot cas, un contacte de més sovintejada sol·licitud" és la reflexió que publicava Josep Vallverdú el 1968 en el primer volum, pàgs. 212, de *Catalunya Visió*, a propòsit dels habitants del Baix Cinca.

25. "L'Aragó català i la seua conciència lingüística", pàg. 18.

26. Jesús MONCADA, "Crònica del darrer rom", *Serra d'Or*, 138 (Març de 1971), pàgs. 17-19; Mercè IBARZ, "El Baix Cinca. Entre l'amenaça nuclear i la destrucció cultural", *Serra d'Or*, 199 (Abril de 1976), pàgs. 31-33.

27. Editorial Taber/Epos, Barcelona, 1970; 2a. edició: Editorial Planeta, Barcelona, 1980.

28. *Les Marques de Ponent. Primera sèrie. Entre el Cinca i la Noguera Ribagorçana*, Butlletí-Anuari del Centre Excursionista Rafel Casanova, Barcelona, 1929, pàgs. 1-31; recollits també a *Visions geogràfiques de Catalunya*, II, Barcelona, 1963, pàgs. 229-279.

29. Unió Excursionista de Catalunya, Barcelona, 1972.

30. Edicions de la Llibreria de la Rambla, Tarragona, 1984.

31. Lluís SOLÉ I SABARÍS (dr.), *Geografia de Catalunya*, II [La Ribagorça, pàgs. 55-92], III [Llitera, pàgs. 45-62; Baix Cinca, pàgs. 63-78; Terra Alta i Matarranya, pàgs. 79-102], Barcelona, 1964 i 1968.

32. *Gran Geografia Comarcal de Catalunya*, vol. 10, *El Segrià, les Garrigues, la Noguera i el Baix Cinca*, Encyclopèdia Catalana, Barcelona, 1983; vol. 11, *El Priorat, la Ribera de l'Ebre, Terra Alta i el Matarranya*, 1984; vol. 12, *El Pallars, la Ribagorça i la Llitera*, 1984; vol. 7, *Baix Ebre. Montsià. Terra Alta. Matarranya. Ribera d'Ebre*, 1993.

33. *Les terres del Matarranya*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1991.

Teresa Garbí o la escritura de la insatisfacción

FERNANDO ROMO FEITO

I

Teresa Garbí (Zaragoza, 1950) ha publicado hasta la fecha cinco libros: *Grisalla* (1981) y *Espacios* (1986), novelas; *Alas* (1987), relatos; *Cinco (Sobre el Doncel de Sigüenza)* (1988), poema en prosa o «iconotexto»; y *La sombra y el pozo* (1993)¹, de nuevo relatos.

La impresión al leerlos es de extrañeza. O no son auténticas novelas, o como relatos son desconcertantes; y ¿qué es realmente *Cinco*? El marbete «novela» despierta en el lector unas expectativas que la lectura se encarga de colmar. Están los grandes nombres canónicos del género, cuya nómina se compone casi en exclusiva de hombres, aunque hoy nos «suenan» no pocos nombres contemporáneos de novelistas mujeres. Pues bien, la obra de la autora reviste en uno y otro caso el inquietante carácter de lo otro.

¿En qué radica la singularidad de los libros de Teresa Garbí?

Quien se acerque a las páginas de *Grisalla* se encontrará un yo que más que narrar, revive —no es lo mismo— su vida anterior. En *Espacios* Elena sueña a Beatriz, que cuarenta años atrás estuvo casada con su abuelo y debió notar en su vida «un espacio en blanco... que era precisamente Elena» (G: 20)². Pero lo que hacen sobre todo Elena, Beatriz, la voz narrativa, es lo mismo que lo que hacía el yo de *Grisalla*: recrearse en impresiones, sensaciones y reflexiones que se enlazan morosamente, página tras página. En las dos novelas una mirada estética se deja fascinar por los objetos más nimios, desde la textura de los tejidos (G: 27) al humilde jabón. El yo de *Grisalla*, las protagonistas de *Espacios*, añoran sin límites hasta en lo más nimio la totalidad, la belleza

y la verdad. Y en *Espacios* además el Deseo, con mayúscula, deseo que desborda su concreción en cualquier persona.

Un pensamiento y una imagen expresan ejemplarmente esa fascinación que es, a la vez, insatisfacción ante el mundo. La imagen: «las estrellas apagadas que aún siguen dándonos luz porque no concuerda su tiempo con el nuestro» (G: 123). Y el pensamiento: «la negación y la nada engendran luz y dicha insuperables» (G: 53). Distanciamiento que se proyecta en varias dimensiones. Una es la ironía, por ejemplo, ante la vida religiosa cuando niña (G: 16-21; 29-40). Pero tal vez su expresión máxima sea la temporal; es natural que el de la novela sea el tiempo recobrado: la evocación.

Si algún simbolismo expresa este universo de negaciones es el de lo hueco, ligado según Irma García al imaginario y el sexo femeninos; más de cuarenta veces se menciona a lo largo de las 128 páginas de *Grisalla*. En *Espacios* Beatriz se autodefine: «era yo, interior, túnel, galería...» (E: 92). Pero menudean además la oquedad, lo vacío, el hundimiento o el abismo; y, quizás en contraste, no faltan las abstracciones como la del propio título *Espacios*, o los símbolos que dicen el roce, lo leve, lo aéreo, la separación: trascendencia o belleza según Bachelard. Elena sueña por primera vez a Beatriz «velada por unas alas enormes de mariposa» (E: 18) y siente igualmente el roce de unas alas cuando muere su tía Amelia.

Ante un mundo incomprendible, los sueños ofrecen un «refugio», en el que «no había más orden que el deseo, liberador y cálido» (G: 15). Y lo que en *Grisalla* sólo se enuncia, en *Espacios* se realiza extraordinariamente. Elena y Beatriz intuyen o sueñan otros espacios, los del mito, unos procedentes del

mando clásico, como Eco y Narciso, y otros de la materia de Bretaña, como Tristán e Isolda, Lohengrin, Percival, Galahad... con un relieve y una originalidad fascinantes. Alguna mediación parece ejercer en la ensoñación de Elena la casa de su tía Amelia, que conoció a Beatriz. Y no en vano el fresno que sombra esa casa es el fresno sagrado, de Yggdrasil: eje del mundo, «cosmos verticalizado» dice Gilbert Durand.

Las dos novelas avanzan entre la narración, la lírica y el ensayo, sobre todo *Grisalla*. Se cumple así el deseo de Pedro Salinas de que se lea la página como «unidad, casi como un poema, sin estar pendiente del desarrollo de la trama entera»: podría predicarse aquí de muchos párrafos, auténticos y admirables poemas en prosa. Desde luego, pocas veces, si alguna, se habrá cantado con tal sensibilidad —y precisión— las tierras de Aragón, desde Tarazona hasta los Pirineos.

Pero, entonces, el yo de la novela tiende a derivar de una auténtica persona narrativa, orientada habitualmente en la novela en primera persona a fingir enunciados de realidad, hacia el yo lírico, sujeto de enunciación que por medio de los objetos tiende a expresar-se. Tan de ficción uno como otro³, pero con estructuras distintas. La consecuencia es que ante la indeterminación genérica —entre la novela y el poema en prosa— el lector vacila. O mejor, se requiere una actitud particular de lectura: aquella que no pretende avanzar hasta un final, sino que se recrea en cada párrafo-poema, sin expectativa de progreso alguno.

Si la «carpintería narrativa» de *Grisalla* es simple, porque queda diluida en la intuición de la realidad de la que parece surgir la obra de Teresa Garbí, no sería justo pensar que rige el mismo patrón para *Espacios*, que constituye un extraordinario poliedro cristalino de numerosas facetas. Ya el título expresa muy bien la multiplicidad simultánea de mitos y sueños —«las historias no se tejen sucesivamente» (E: 20)— que conocemos por su mutua transparencia. Y, desde luego, el lirismo es tanto cuestión del material temático, como de la forma que lo configura. Por otra parte, que el mundo exterior se siga percibiendo fundamentalmente a través de voces interiores, se compensa con su muy superior variedad, riqueza y concreción —a lo que contribuye la más precisa localización histórica—.

II

Parece, pues, que una intuición del mundo esencialmente lírica pretende verterse en una forma narrativa. Leemos las dos primeras novelas de la autora como expresiones de un yo lírico. Es verdad que este yo logra en *Espacios* enajenarse en forma de personajes y relaciones con una eficacia mucho mayor que en *Grisalla*, pero el discurso lírico sigue dominando.

Pues bien, si atendemos ahora a los tres restantes libros de Teresa Garbí, asistiremos a dos formas diferentes de resolver la contradicción esbozada. En efecto, en *Cinco* prescindirá resueltamente de la intención novelística para darnos... otra cosa; en *Alas* y *La sombra y el pozo* prescinde igualmente de la voluntad de narración extensa para intentar el relato corto.

Si es verdad, como lo creo, que el desajuste entre género y mundo representado es una de las claves de la obra de Teresa Garbí —y nótese que ello no dice nada contra la obra y si algo de las limitaciones del cauce— importa mucho discutir la cuestión en el caso de *Cinco*. Manuel Alvar ha hablado de «poema en prosa»; Giulia Colaizzi prefiere hacerlo de iconotexto⁴. Pero ¿invocando la tradición del poema en prosa haríamos justicia al papel de las extraordinarias fotografías de Emilio Ruiz? ¿Por qué no aceptar que estamos ante un texto sin precedentes, que, si acaso, de tener

continuaciones, sería él el que instaurase género?

Hay en *Cinco* un levísimo hilo narrativo, mucho más leve que el de *Grisalla*, pero que aquí no produce desajuste alguno, por cuanto nos hemos librado de la voluntad de novelar.

Biruté Cipljauskaité⁵ ha apuntado algunos rasgos esenciales a *Cinco*: la evocación nostálgica no como re-posesión del pasado sino como re-inscripción en el presente; el modo de la evocación como entrega total a lo evocado; la inmediatez de la sensibilidad, que transmite las sensaciones sin llamar la atención sobre las palabras; el realce de la permanencia más que del cambio; el éxtasis y abandono como único modo de penetrar la esencia de las cosas... Mas nótese que estas caracterizaciones se extienden sin



Teresa Garbí.

esfuerzo a toda la obra anterior de Teresa Garbí. De hecho, *Cinco*, además de una obra de arte en sí mismo, es cifra y síntesis de cuanto la autora lleva escrito; incluso se reconoce aquí un germen de *La sombra y el pozo*: «Y también los hombres —enormes pozos en los que una sombra contenía otra, un vacío otro vacío— provocaban miedo y extrañeza» (C: 57).

El libro se propone tal vez, nada menos que decir en palabras el aire de Sigüenza, aire que es el espíritu del Doncel, por el que los cuatro elementos se inscriben en el tiempo y por cuya muerte ingresan en la eternidad. Frente al Doncel, la existencia humana es ficción, aunque no se detiene la ambición metafísica: «Al viajero le corresponde la sed infinita, el camino hacia nada, la búsqueda del maravilloso sortilegio, el viaje eterno» (C: 46). Así que el tiempo, la muerte, la inmortalidad, la eternidad, la nada —porque el pensamiento de la autora se desliza dialécticamente de uno a otro— nos dan quizás el quinto elemento que, unido al agua, la tierra, el fuego y el aire, justifican el título *Cinco*.

¿Y no es esta vez la maravillosa imagen de los ojos del Doncel que abre el libro símbolo perfecto, igualmente, del mundo de Teresa Garbí?: una mirada grave, de tristeza contemplativa, que nos impone la certeza de su lejanía infinita porque se trata de piedra, espiritualizada, pero destinada fatalmente al fin al desmoronamiento y la disolución. Aunque quién sabe si disolución en los elementos será esperar de un nuevo milagro configurador.

Cinco es una respuesta madura al problema de la obra de Teresa Garbí: la expresión crea al tiempo su propio molde formal. La otra, representada por *Alas* y *La sombra y el pozo*, consiste en acogerse a un género preexistente, el relato corto, libre de las exigencias de la novela. *Alas* (1987) es casi simultáneo en el tiempo de *Cinco* (1988), separado a su vez por cinco años de *La sombra y el pozo* (1993). No es exagerado pensar que Teresa Garbí está ante una encrucijada, porque el primero parece un simple ensayo del último: sólo tres cuentos, de los que uno, *Don Pablo tenía los ojos verdes*, se repite en *La sombra y el pozo*.

Ricardo Senabre, reseñando *La sombra y el pozo* en el Suplemento cultural de ABC, ha llamado la atención sobre «la contenida tonalidad lírica» de su prosa, que exemplifica con el final de *El pozo*. Si lo leemos, y volvemos luego la mirada a los libros anteriores, comprobaremos que lo que aquí ocurre en un párrafo notable, se daba antes en la práctica totalidad de los párrafos de Teresa Garbí. Así que la visión de lo real, en esencia la misma desde *Grisalla*, se ha convertido ahora en auténticas narraciones. Y

al narrativizar el mundo representado, la sucesión de pensamientos e impresiones queda reducida a descripciones funcionales al servicio del relato, a pasajes realmente narrativos o a discurso de personajes que dialogan. Lo que no obstante para que, aquí y allá, como con penetración señala Senabre, «la tendencia analítica y reflexiva» de la autora haga flaquear el pulso de la narración, que avanza en equilibrio inestable.

Ahora bien, ¿podemos estar de acuerdo en que «cuando pase de las visiones fragmentarias de estas piezas breves a una unidad narrativa superior, habrá

encontrado probablemente su camino definitivo? Yo diría que en un sentido, el camino ya está encontrado, y es el de *Cinco*. ¿Es repetible ese logro, dado el carácter singular de la obra? La respuesta sólo la tiene la autora. Mas hay que recordar que —en el otro sentido— el proceso ha sido de las «unidades narrativas superiores» a la fragmentación. Si se objeta que aquellas no eran auténticas novelas y que la cuestión estriba en lograr, por medio de la ascesis del relato corto, novelas que, siéndolo verdaderamente, incorporen toda la profundidad del mundo de la autora, también en este aspecto, suya es la respuesta; aunque ¿por qué no podría,

asumiendo los riesgos de su posición extra-canónica, seguir en el ámbito del relato corto, o incluso en el de obras como *Espacios*?

Como fuere, no cabe duda de que, tanto en *Alas* como en *La sombra y el pozo*, estamos ante relatos notables, tan originales como enigmáticos. De los tres de *Alas*, el primero, del mismo título del libro, marca la tónica para los demás. En tres momentos de la historia de la ciudad y el litoral valencianos, el Corpus de 1879, el paso del cometa Halley en 1910, y agosto de 1945, extrañas plagas de mariposas crean una expectación general que acaba por resolverse en muertes. Progresivamente se afirma en todos la conciencia de que «un abismo de destrucción» se abre, «se abriría para siempre ante ellos, en algún tiempo, en algún lugar» (A: 27). En los otros cuentos, igualmente, se parte de fragmentos de realidad para, mediante una súbita transformación, abocarnos a otro espacio.

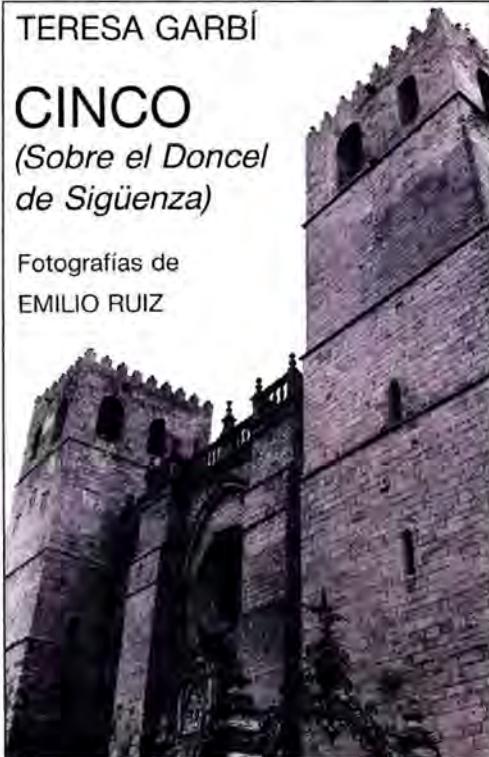
Esa técnica sigue predominando en *La sombra y el pozo* aunque con mayor complejidad. Cuestiones ya planteadas por Senabre son el halo de misterio hasta de los más realistas y la falta de fronteras entre la realidad y el sueño; la propensión a la transfiguración simbólica de la realidad; el riesgo del excesivo herme-

TERESA GARBÍ

CINCO

(Sobre el Doncel
de Sigüenza)

Fotografías de
EMILIO RUIZ



tismo... Añadamos nosotros la sensación de inminencia: algo terrible está siempre a punto de ocurrir; y emparentada con ella la conciencia del límite, cuyo paradigma es el cataclismo que congelará Venecia y la tierra entera en *El pozo*. Los personajes o carecen de nombre o éste se reduce a la letra *L.*, alternativamente masculina y femenina. Pero hay además intercambios de papeles, caminos enigmáticos, finales inesperados... todos hablan unos con otros sin dejar de desconocerse.

La prosa se condensa ahora en concisos rasgos descriptivos capaces de hacernos ver Heidelberg, o Chichén Itzá, o Venecia, pero que acudiendo con frecuencia a las imágenes más sorprendentes, contribuyen al clima onírico de muchos cuentos. Complica la escritura lo que se suele llamar intertexto: el trasfondo bíblico de *El prisionero*, *La mujer de Lot*, *Bagdad*; o el clásico de *La barca de Caronte*... En síntesis, a través del nuevo género persisten el acercamiento a la realidad desde una radical a la par fascinación y extrañeza, y el universo de negaciones, en el que el tiempo, en el fondo, persiste siempre igual.

III

¿Cómo situar la obra de Teresa Garbí en relación a la discusión sobre si hay una escritura específicamente femenina? Por ejemplo, buscaremos en vano en su obra la exposición militante de ideas feministas (la posición de la autora, inequívoca, ha quedado reflejada en su reciente tesis doctoral, en curso de publicación).

No cabe duda de que cuando los personajes de Teresa Garbí abordan cuestiones como el amor, el erotismo o el sexo, la impresión es que ni estamos ante las clásicas posiciones masculinas, ni ante su simple inversión o la mera rebelión contra ellas; es... también aquí, otra cosa. Un lector banal pensaría en el lesbianismo habitual en tantos personajes novelísticos femeninos —por ejemplo, los de Esther Tusquets—, pero parece tratarse más bien de una arrolladora necesidad de plenitud espiritual para la que cualquier concreción, en un sexo o cuerpo, siempre será irremisiblemente imperfecta.

Pero sería una lamentable limitación reducir el problema a una serie de temas o a antinomias gastadas cuando estamos ante una forma original de sentir y de decir. Desde luego, muchos rasgos de los señalados por Biruté Cipljauskaité⁶ para caracterizar la novela



Teresa Garbí La sombra y el pozo



EDICIONES LIBERTARIAS

femenina contemporánea son de aplicación aquí: el recurso a la primera persona (en las dos novelas extensas, y disfrazado de «el viajero» en *Cinco*); los frecuentes retrocesos a la niñez: «el tiempo sin tiempo»; la mayoría de personajes femeninos o ambiguos: una tendencia consciente o inconsciente a la androginia es lo que se desprende de algunos aspectos de su tratamiento del amor. Reconocemos también la escritura lírica, el desinterés por el progreso de la narración, la tendencia a disolver el hilo narrativo en impresiones o emociones sueltas...

Nos tenta afirmar que estamos ante una escritura específicamente femenina —aunque para Cipljauskaité si existe tal cosa es cuestión abierta; de lo que no cabe duda es de que es un mundo de mujeres, para cuya existencia los hombres son un mero fondo.

No es infrecuente ver en exposiciones y museos a personas que corretean de cuadro en cuadro, sin detenerse jamás sino en las plaquitas con el nombre del autor y el título de la obra. Quien proceda así con estos libros acabará por apartarlos irritado, porque habrá equivocado la posición. Porque ¿sería justo juzgar la obra de Teresa Garbí en tanto que novelas frustradas, conatos de novelas? ¿No será más prudente aceptar que se trate de algo nuevo, que a partir de un género tan proteico se orienta a un objetivo aún no precisado? Porque simplemente ese caminar nos ha deparado ya muchas páginas memorables, y, con *Cinco* por lo menos, una obra maestra.

NOTAS

1. El primero en Prometeo, Valencia; el segundo y el tercero en Víctor Orenga, Valencia; el cuarto en Hiperión, Madrid; y el quinto en Ediciones Libertarias, Madrid. Los números de página de mis citas remiten siempre a estas ediciones.

2. Las referencias serán siempre a las ediciones citadas, mediante la mayúscula en cursiva inicial del título, dos puntos y el número de página.

3. De acuerdo con la tesis de J. M.^a POZUELO YVANCOS, «Lirica e finzione (in margine a Ch. Batteux)», *Strumenti Critici/a*. XV, n. 1, gennaio 1991.

4. ALVAR, Manuel. «La evidencia del aire más leve», publicado en *Blanco y Negro*. Giulia COLAIZZI prefiere forjar el neologismo «iconotexto» en «El placer del intertexto. *Cinco* de Teresa Garbí», publicado en *Francophone and Continental Women Writers*, Ginette Adamson y Eunice Myers eds., Chapell Hill, House of the Americas, 1993. Colaizzi y Alvar intentan hacer justicia al papel de las imágenes en el libro.

5. En «El lugar del yo en la evocación: prisma femenino/masculino», *DUODA Revista d'Estudis Feministes* núm. 3-1992.

6. CIPLJAUSKAITÉ, Biruté, *La novela contemporánea (1970-1985). Hacia una tipología de la narración en 1.^a persona*, Barcelona, Anthropos, 1988.

La vía muerta

MIGUEL MENA

El 30 de septiembre de 1904 se inauguró el tren que unía Zaragoza con la localidad minera de Utrillas (Teruel) a través de 127 kilómetros de una vía férrea que debía salvar fuertes desniveles. El 15 de enero de 1966 circuló el último tren de viajeros por este recorrido. Poco después se levantaron las vías, se desmontaron los puentes y se arrancó cualquier material que pudiera ser vendido en la chatarra. El resto quedó abandonado: 12 estaciones, 5 apeaderos, 4 apartaderos, 63 casillas de peones, guardabarreras y guardaguas, 10 tomas de agua para las locomotoras y un túnel de 500 metros de largo. Treinta años después la mayoría de estas construcciones siguen en pie envueltas en un aire ruinoso y fantasmal.

En el viejo edificio de la estación de Utrillas, en Zaragoza, hay dos figuras que sujetan un balcón con trazas de venirse abajo cualquier día. Representan a un hombre y una mujer ligeros de ropa, con un brazo sobre la cabeza que simula sostener el peso de la estructura superior. No tienen cara de esfuerzo, sino de resignación. Por arriba, la larga balconada que se asienta sobre ellos ha perdido casi toda su barandilla de piedra y tiene al aire parte de sus vigas.

Un balcón al que nadie se asoma. Tampoco nadie puede pasar por la puerta que enmarcan esa especie de cariátides sin piernas: esa entrada, y las de izquierda y derecha, y también los grandes ventanales de esa planta, se halla obstruida por un muro de ladrillos. Todas las aberturas que dan a la plaza están tapiadas. Las del edificio principal y las del edificio contiguo, un

pabellón alargado donde vivían las familias de algunos trabajadores. Han tapiado todo y luego le han dado una mano de cal sobre la que ahora campean varios cientos de pintadas y un par de canastas que alguien ha colgado en un lateral para que los niños del lugar sueñen con emular a Michael Jordan.

Pero no hay negros en los alrededores ni los grafiteros y los tableros de basket consiguen que esto parezca enteramente el Bronx o algún otro suburbio neoyorkino. En la plaza, cuyos ángulos forman los dos edificios de la vieja estación y otro mucho más reciente que creció encima de un antiguo bloque de viviendas ferroviarias, hay niños y mujeres, ancianos orillados en un banco y un jubilado combativo que hostiga a los que llevan hasta allí sus perros a evacuar.

—¡Qué se lleven los perros a cagar a casa! —vocifera el pensionista— ¡Esta plaza no es un establo!

Habla con una vehemencia que rara vez se mantiene con los años. Unos le miran de reojo. Otros dicen que está chalado. El abuelo insiste. Parece como si al final de todo hubiese encontrado por fin un objetivo digno por el que pelear.

—Cómo me llamo Fermín que aquí no vuelve a cagar un perro. ¡Se van a enterar! Un soldado de la caballería española jamás rinde su sable.

El hombre apura su última oportunidad de ser un héroe, pero los niños que le observan saben poco de caballería y cuando tengan edad de saberlo probablemente serán objetores de conciencia. Y para entonces la estación habrá sucumbido bajo una caritativa piqueta que habrá puesto en su lugar un supermercado.

Al otro lado, en la zona del viejo andén, la ruina ya no se disimula con cal: la ruina es ruina en todo su



Zaragoza. Estación de Utrillas.

esplendor. Aquí, de espaldas a la calle, las paredes tienen un color amarillento y en las ventanas tapiadas han abierto grandes agujeros por donde se vislumbra un panorama sórdido. Si pasas dentro puedes observar la estampa misma del apocalipsis: el suelo es un tapiz de escombros adornado con colchones quemados, cristales rotos, latas, botellas de plástico, zapatillas y muebles decrépitos. Cualquiera puede entrar, caminar sobre esos restos, cruzar el vestíbulo donde aún queda una columna de hierro pintada de verde, pasar junto a la madera abrasada de lo que era una taquilla y subir por las escaleras que acceden a la planta superior. Han perdido la barandilla pero en el lado de la pared todavía conservan el pasamanos y algún adorno de escayola. Arriba el suelo está agujereado, como dispuesto a tragarse al invasor, y en las paredes hay pintadas. Tienes la impresión de que en cualquier momento puedes tropezar con el cadáver de un yonqui. Quizá tan sólo un esqueleto con una jeringuilla intercalada entre el cúbito y el radio.

De las vías no queda ni el más mínimo recuerdo. Las vendieron todas para chatarra. En el lugar donde paraban los trenes sólo hay hierbajos y montones de basura. En la pared del andén no figura el nombre de la estación. Sólo queda el armazón de un cartel, o quizás un reloj, el reloj donde comprobaban los retrasos de un tren con fama de lento. Sólo queda un carcasa roja, metálica, y ya no importa lo que tuviera dentro.

En medio del erial en que se ha convertido el antiguo espacio de las vías, se levanta una gran chimenea coronada por un pararrayos y un nido de cigüeñas. En el cuello de la chimenea, con grandes números, hay una fecha, 1925, y encima campean tres letras mayúsculas: MFU. Minas y Ferrocarriles de Utrillas. De los ferrocarriles no queda nada y de aquí a las minas hay 127 kilómetros de vía muerta a través de un paisaje sobrecededor: la geografía del olvido.

(Memorias de Tomás Cebrián Ezquerra)

Yo nací en esa puerta, en la que ha quedado debajo de la canasta. Los portales iban por letras y el nuestro era el C. Vivíamos tres familias: la señora Leonor, el tío Muniesa y nosotros. Mi padre era maquinista. Cuando yo nací a esto lo llamaban la Estación de Cappa. No sé por qué. Luego le pusieron Estación de Utrillas. En todas partes ponían las tres letras: la M, la F y la U. Todo era de la compañía. Aún me acuerdo de muchos maquinistas: el Andaluz, el Magras, que se llamaba Policarpo, el tío Ciriaco, el Guinda, el Furriel, que primero fue fogonero con mi padre; hasta mi hermano Paco fue maquinista, uno de los últimos. Cuando mi padre había 7 locomotoras pequeñas, 4 grandes y dos que se usaban sólo para maniobras.

Todas tenían nombre. La locomotora que llevaba mi padre se llamaba «Nuestra Señora del Pilar». Cuando la guerra la cogieron los republicanos en Belchite y le borraron el nombre con pintura. Después de la guerra había mucho estraperlo. Mi padre traía aceite, huevos, pan, jabón, olivas y carne. De cada docena de huevos sacábamos 25 céntimos. Eran otros tiempos.

Todos los días salía un tren de pasajeros a las ocho de la mañana. Llegaba a Utrillas y se volvía por la tarde con la misma locomotora y los mismos maquinistas. Aquí llegaba a las 7 y 17. No a las 7 y cuarto. Tenía la llegada justo a las 7 y 17. A las 4 llegaba otro tren, pero ese era sólo de carbón. Cada dos o tres días venía un tren que traía piedra de las canteras. También recuerdo trenes que traían remolacha. Los domingos se llenaba la estación de cazadores. Los cazadores estaban encaprichados con el tren de Utrillas. Cuando llegaba el domingo había que poner dos trenes sólo para los cazadores. Iban a Torrecilla y a Valmadrid. Por allí había caza a pasto. Por las tardes volvían cargados de conejos y de liebres. Los traían a montones. Los domingos esto era de los cazadores. Yo no sé si entonces había veda o qué. Yo creo que había cazadores todo el año.

Los chavales corríamos a las vías cuando venían los trenes aunque no nos dejaban pasar. Pero los veíamos llegar y nos tapábamos los oídos cuando resoplaban las locomotoras. Las locomotoras soltaban chorros de vapor y hacían un ruido muy grande. Siempre jugábamos por aquí, pero el jardinero de la plaza no nos dejaba en paz. Era peor que un guardia civil. Tenía el jardín precioso pero no nos dejaba arrimarnos. Esto era un sitio precioso. En la fuente había peces de colores y una figura que yo creo que era Isabel la Católica o alguien así. Luego hicieron un refugio detrás de las casas, cuando la guerra, y allí corríamos todos cuando sonaban las sirenas. Pero no pasó nada. Sólo que el tren no podía llegar más que hasta Belchite y que los republicanos cogieron allí la locomotora de mi padre y le borraron el nombre. Pero aquí vivíamos muy bien. Y yo ahora me junto con algunos viejos que trabajaron en el ferrocarril y recordamos todo aquello. Mi hermano el maquinista murió hace poco: no venía mucho por aquí porque cuando veía como ha quedado todo esto se echaba a llorar.

El hueco que dejaron las locomotoras ha sido ocupado en parte por los camiones de basura. La ruta que seguía el viejo ferrocarril durante los primeros kilómetros es la que ahora conduce al Centro de Eliminación de Residuos. El nombre impresiona pero en realidad sólo se refiere al vertedero. Algunos piensan que cambiando los nombres se camufla el contenido. Por ejemplo hablar del C.E.R. suena como hacerlo de la I.B.M. o de la N.A.S.A., así que un simple estercolero alcanza una categoría tecnológica que ennoblecen mucho su condición. Con todo no deja de ser el rincón donde, cada día, 600.000 ciudadanos aparcan la porquería que les sobra en casa.

El lugar que antes ocupaban las vías se ha convertido ahora en una pista de uso exclusivo para los camiones que suben cargados de inmundicias. Cuando bajan, ya vacíos, lo hacen por la carretera, pero la subida aprovecha ese hueco ganado al tren para hacerse con un espacio a la medida y evitar que dos camiones tengan que cruzarse por una carretera demasiado estrecha.

El humo de las máquinas de vapor ha sido sustituido por la polvareda que levantan los grandes vehículos al transitar sobre un camino blanco. Cada camión crea a su alrededor una nube de un polvillo microscópico. No parece una pista de tierra, sino de harina. Es una franja blanca que blanquea todo lo que tiene en los costados: los cardos y las aliagas parecen rebozados a punto de pasar por la sartén.

La tranquilidad se alcanza cuando queda atrás el vertedero. Se olvida el estrépito de los camiones y comienza el silencio. Es un pequeño valle entre colinas redondeadas de aspecto casi lunar. Aquí el tren tomaba su primer contacto con las lomas esteparias, subiendo despacio camino de los primeros pueblos de su recorrido.

El recuerdo de la vía tiene forma de camino un poco elevado sobre el nivel de los campos donde a duras penas crece el cereal. Sobre su margen derecha hay una hilera de viejos postes telefónicos. Son de madera. A poca memoria que uno tenga de las películas de romanos, le parecerán las cruces que levantaba Nerón para achicchar cristianos.

Muy pronto aparece la primera casilla. Desde aquí hasta Utrillas hay muchas decenas más y todas son iguales: una estrecha casa de dos plantas, con el tejado a dos aguas y un pequeño recinto tapiado en su parte posterior que servía de corral. En cada casilla vivía una familia. A veces era la familia de un peón y otras las de un guardabarreras que debía echar las cadenas sobre los caminos cada vez que silbara una locomotora. Aunque el tráfico era escaso y no pasaba gran cosa porque se olvidara.

Lo más original de esta primera que sale al paso es que no se trata de un edificio en ruinas, sino todo lo contrario: la pintura color crema resplandece en las paredes, no falta una sola teja colorada y las ventanas tienen todos sus vidrios sanos. Lo que sucede aquí y sucederá en otras pocas que aparecerán más adelante, es que alguien se apropió del recinto cuando quedó vacío y, aprovechando la cercanía con la ciudad, lo ha convertido en un chalet. El hombre urbano es capaz de aprovechar resquicios insólitos para disponer de una segunda residencia.

Remontando el curso de este valle sin río se alternarán las casillas en ruinas con las reocupadas. La primera población que sale al paso es un cogollo de casas presidido por una iglesia: Torrecilla de Valmadrid. Ni siquiera goza de la categoría de pueblo. Las 18 personas que viven allí figuran como habitantes de una pedanía de Zaragoza. Están a 20 kilómetros de las calles ruidosas pero oficialmente son vecinos de la gran ciudad.

Torrecilla conserva casi entera la vieja estación, incluso se mantiene en pie el depósito de agua y hasta los servicios donde los viajeros podían aliviar la vejiga durante el rato de espera, si no era de su gusto hacerlo en pleno campo. Ahora en las inmediaciones sólo se divisa a un ser humano: el pastor que observa con indiferencia la voracidad de un rebaño que tritura los terrenos buscando el más mínimo hierbajo.

—Usted se acordará de cuando el tren pasaba por aquí— comentó con él después de saludarle.

—No señor. Yo no he conocido ese tren.

—Ya. O sea que siempre ha visto esto así.

—Antes había más pasto. Antes llovía más.

Creo que no quiere hablar de la estación. La permanencia de ese edificio allí le debe de producir una emoción similar a la que sienten las ovejas.

Desde aquí a Valmadríd el paisaje se repite milímetro a milímetro. El valle se estrecha un poco más pero sus colores son los mismos. En el pueblo quedan 80 habitantes. En los tiempos del ferrocarril no debía de haber muchos más.

Aquí es más difícil que se olviden del tren. Al menos los más viejos del lugar recuerdan dos hechos sucedidos en la estación de Valmadríd. En los años 40 un tren de mercancías que bajaba hacia Zaragoza no consiguió frenar al llegar aquí. Su maquinista se llamaba Garcés y era hijo del cajero de la compañía. Aquel día se encontraba ligeramente enfermo y había estado a punto de cambiar su turno, pero finalmente

aguantó y se hizo cargo del tren donde encontraría la muerte.

Dicen que a Garcés se le apoderó la carga y no pudo controlar el tren. Pasaba a menudo en esta línea de rampas inusualmente fuertes para un ferrocarril. Había numerosos apartaderos para desviar por ellos el tren en caso de una frenada de emergencia. La estación de Valmadríd también lo tenía pero a Garcés no le sirvió de nada. Intentó hasta el último momento dominar a la locomotora. El fagonero que le acompañaba saltó cuando comprendió que iban a estrellarse y así salvó su vida. El tren chocó contra los topes y el maquinista murió en el acto.

Los viejos ferroviarios todavía hablan con admiración de Garcés. Para ellos es como el capitán de barco que se hunde con su nave. Sin embargo del fagonero hablan con una pizca de desprecio: «*Dijo que había salido despedido con el choque, pero no es verdad; el fulano se tiró cuando lo vio feo*», me contó un viejo maquinista, como si sobrevivir al tren fuera un hecho ignominioso. Tal es la relación moral, casi religiosa, que muchos ferroviarios mantenían con su trabajo.

El otro acontecimiento que recuerdan aquí sucedió 20 años después de la tragedia. Fue cuando ya se desmantelaba la línea. El último servicio que prestó la estación de Valmadríd fue servir como decorado para un spaghetti-western titulado «*Los largos días de la venganza*». Estos paisajes siempre me han



Túnel de Valdescalera.

recordado al viejo oeste. No me extrañaría si, camino adelante, apareciera Clint Eastwood, tal vez Lee Marvin o por lo menos «Rin Tin Tin», que era el perro con el nombre más estrambótico de toda la historia del far-west.

Después de Valmadríd, la ruta se empina y los montes blancos aparecen cubiertos del verde de los pinos. Los árboles están ahí como esperando que alguien los queme. Son unos intrusos en este paisaje de cuyas alturas se han apropiado. Tienen que hundir muy adentro sus raíces para chupar una gota de agua.

En un rincón oculto desde la carretera, cubierta por una extraña frondosidad, se halla la Casilla de Valdescalera. La casa se encuentra en perfecto estado. Cuando llego a ella me sorprendo al encontrarme con un pareja ante sus puertas. Pero más se sorprenden ellos.

Están sentados en lo que antiguamente era el pequeño andén. Tienen una edad indefinida por encima de los sesenta. La mujer hace punto y apenas me mira de reojo por encima de las gafas. El hombre, ocioso, cruzado de brazos contemplando los árboles de este rincón cuyo horizonte está a 6 metros escasos, me observa con interés, me devuelve el saludo y se incorpora para acercarse a mí cuando le pregunto si está cerca el antiguo túnel del ferrocarril.

—Aquí mismo —dice señalando con el brazo hacia el interior de la gran trinchera abierta en el monte.

No sólo me señala el camino. El hombre me acompaña por el encajonamiento donde antiguamente discurrían las vías. La trinchera describe una gran curva y sus paredes ganan altura hasta superar los 8 o 10 metros. De repente aparece la boca del túnel. Un pino ha crecido justo a la entrada. Si le diésemos un tajo y contásemos sus anillos concéntricos lo más probable es que tuviese tantos años como hace que el tren dejó de pasar por aquí.

—Llevo por lo menos 20 años viiniendo por aquí y nunca he entrado en el túnel —dice el hombre cuando estamos parados en la boca.

Lo comprendo. No se trata precisamente de la Cueva de Altamira. Pero como todas las cavidades tiene algo misterioso y atrayente. Te asomas en él y parece que aún huele a humo. Hasta donde llega la luz, las paredes se ven negras, tiznadas por las locomotoras.

Desde la boca donde estoy se ve una pequeña luz en el otro extremo. La distancia entre los dos puntos es exactamente de 507 metros, pero parece mayor por un efecto óptico: hasta la mitad del túnel la vía sigue subiendo y justo en medio inicia el descenso hacia la otra vertiente. Eso hace que no se vea toda la luz que entra desde el otro lado, sino sólo un pequeño resquicio de la parte superior que no se agrandará hasta encontrarse muy adentro.

—Pues gracias por acompañarme. Yo voy a seguir por aquí.

Me despido de mi guía ocasional. Supongo que pensará que ando en busca de un buen lugar para sembrar champiñones, porque es difícil encontrar otra utilidad para este agujero.

No hace falta linterna para cruzar el túnel. Basta con mirar fijamente a la luz de enfrente y levantar mucho los pies al caminar: el suelo del túnel se prolonga en una ondulación continua que quizás responda al hueco que dejaron las traviesas cuando fueron arrancadas.

Cuando caminas a oscuras por aquí dentro llegas a un punto en el que parece que no avanzas: cuando has perdido la luz que llegaba por detrás y la del final parece seguir con el mismo tamaño, minúscula y oscilando al ritmo de tus ojos; hay unos segundos en los que sientes como si caminases sobre una superficie que se mueve bajo tus pies y te impide avanzar.

No se ven murciélagos. No se oye ningún inquietante goteo. Quizás si aplicase la oreja sobre la pared podría sentir el eco fosilizado de un tren atravesando este espacio.

Me pregunto cuántos golpes de pico, cuántos obreros harían falta para construir este largo agujero hace casi un siglo. Da pena ver abandonado tanto esfuerzo. Podrían aprovecharlo para algo. No sé. Para mazmorra o para parking. Cualquier cosa.

Al dejar atrás el túnel, y su correspondiente trinchera de salida, te das de bruces con un paisaje infinito donde la soledad es del tamaño exacto del horizonte. A un lado quedan los pinos, al otro las montañas estériles y blancas y al fondo una llanura ligeramente ondulada tan desprovista de árboles y edificaciones que aún parece más inmensa, más inabordable en sus tonos verdes, grises y rojizos. Es como una foto fija a la que le falta el paso de un tren echando humo para que cobre vida.

La antigua vía no baja directamente al valle porque eso hubiera sido tanto como precipitar al tren desde el collado. Los trenes se desviaban hacia la derecha para bajar cuidadosamente a media ladera.

Siguiendo ese camino aparece de repente una gran cantera y bajo ella, a uno y otro lado de la vieja vía, un barracón y una casa amplia. Unos metros más allá de esta última se ve a un hombre regando unos arbolitos.

Llego hasta él. Nos saludamos. Le pregunto si recuerda el paso del tren por aquel lugar. Tal vez llevaba años esperando que apareciese alguien y le hiciera esa o cualquier otra pregunta: de repente el hombre se dispara y empieza a hablar y hablar y hablar. Lo hace desordenadamente. El tiene cosas que contar y no tienen por qué coincidir con mis preguntas.

—¿Qué quiere usted saber? Siéntese. ¿Quiere una cerveza? Espere que le traigo algo para que se abrigue, no se vaya a quedar frío con el viento. Así que quiere saber cosas del tren. Ese ferrocarril era una alhaja. Se tenía que haber conservado, pero los españoles somos unos destrozadores. Como se lo digo. Aquí no hay más que buitres que van a ver qué ara-

ñan. Esto es una maravilla. ¿No ve? Aquí hay paz. Pero aquí no viene nadie. La gente se va al mar. Todos se van al mar y no quieren ver nada más.

Tengo que esperar a que tome aire para poder intervenir. Cuesta sosegarme, detener un poco su charla torrencial para arrancarle unos datos. Me cuenta que se llama José y tiene 71 años, que la cantera la abandonaron a la par que el tren y que poco tiempo después él encontró este rincón para construir su retiro. El barracón que hay frente a su casa era el lugar donde vivían los obreros que dinamitaban la montaña y extraían las piedras.

—De aquí se sacaba material para hacer cemento en Zaragoza, pero cuando quitaron el tren esto

—¿Colecciona minerales?

—No señor. Yo cojo piedras. Venga que se las voy a enseñar.

José me conduce hacia la parte posterior, al gran anfiteatro que forma la cantera. Y allí, justo debajo del gran tajo sufrido por el monte, me enseña el más extraño museo que jamás haya contemplado. Si hiciera un poco más de calor juraría que veo un espejismo.

Lo que José llama «sus piedras» comprende una amalgama indescifrable. Hay piedras de colores variados y de formas peculiares, pero entre ellas José ha ido almacenando una auténtica cacharrería de objetos imposibles que él exhibe con orgullo.



Barranco de Lahoz o Cañón de Zafrane.

dejó de ser rentable. Me acuerdo que cuando llegamos aún quedaban algunas traviesas. Yo tengo quemadas muchas traviesas en la chimenea. Eran de madera de sabina, que al quemarse es muy olorosa.

El señor José tiene el rostro colorado y un pelo denso que no consigue ser del todo blanco. Sus cabellos tienen un extraño tono amarillento. Cuando habla hace muchas referencias a sus hijos y sus nietos. Parece como si esos a los que nombra ya no le hicieran mucho caso y necesitase público nuevo al que contar sus insólitas pasiones.

—Desde que me jubilé paso más rato aquí que en Zaragoza. Aquí me traigo las piedras que voy cogiendo por ahí.

Presidiendo la parcela hay un frigorífico y a su lado un tonel y un bidé, todos perfectamente alineados con una fila de piedras en donde destacan la base y varios fragmentos más de una vieja columna.

—Ésas las trajimos de cerca de Belchite. Las debieron de hacer los árabes.

De ser cierto lo que intuye José, no quiero imaginar qué pensaría Almanzor si viese lo que este hombre ha colocado sobre los trozos de columna: allí hay un viejo aparato de radio, una pantalla de ordenador y un pequeño televisor antiguo con su correspondiente transformador. Y sobre el resto de las piedras que forman la hilera se ven cien cachivaches más: el ojo de buey de una lavadora, un extractor de humos, una batería de coche, botellas de sifón forradas de

plásticos de colores, engranajes mecánicos, espejos, resistencias cerámicas de los viejos postes de la luz. Cientos de cosas alineadas junto con cientos de piedras, todo guardando un cierto orden. Y a la izquierda, recostadas sobre un terraplén, siete grandes ruedas de molino.

—Éstas me las han traído en camión— dice José señalándolas con orgullo.

Ya imaginaba que no las había llevado hasta allí rodando. Sus proporciones son ciclópeas y juntas acumulan muchas toneladas. José las ha comprado o se las han regalado en diferentes pueblos de la provincia. Otras personas coleccionan sellos, pero este hombre se inclina por algo de más peso.

Hay que buscar muy bien los calificativos para elogiar el tesoro de José y dejarle contento. El único inconveniente es que José se encuentra tan feliz enseñando sus posesiones que no quiere soltar al invitado.

—Creo que tengo que seguir mi camino— insisto media docena de veces.

Sólo cuando a mi rostro se asoma un gesto de súplica, José accede a acompañarme hasta el apartadero de La Princesa, cien metros más abajo, donde el tren cargaba las piedras de la cantera, para desde allí dejarme marchar.

—Por aquí subía el tren al paso de un hombre— me dice en la despedida. —Vuelva otra vez y le contaré más cosas del tren.

Estrecho la mano del hombre de las piedras y me voy siguiendo la estela de la vía. Desciendo hacia la curva de La Herradura, por donde los trenes necesitaban el empuje de dos locomotoras para superar el desnivel.

En este descenso no hay ningún túnel, pero el trabajo para abrir el hueco donde se encajó la vía tuvo que ser tan improbo como el necesario para horadar una montaña.

En el primer tramo la trinchera está formada por paredes de piedra. En uno de los laterales descubro la figura de una virgen metida en un hueco de las rocas. Delante de la figura hay unas flores de tela y una pequeña escalera metálica de siete peldaños, anclada con cemento, que permite llegar a la altura de este solitario altar. Sospecho que José tiene algo que ver con este minisantuario.

Un poco más adelante, en plena curva, las paredes que encajan la vía son de tierra y alcanzan una altura de muchos, muchos metros. Pequeños pinos han crecido en lugar de las traviesas.

Este es uno de los rincones más escondidos del itinerario. Al llegar abajo hay una casilla y delante de ella un columpio. El viento mueve el columpio como si un niño lo acabase de utilizar y ahora hubiese corrido a ocultarse. Pero no hay un alma.

A partir de aquí se acabarán los árboles. La vía conduce hacia la gran llanura que se observa al salir del túnel.

Cuando la perspectiva se va haciendo más ancha, tras pasar junto a una nueva casilla, aparece a la izquierda, bajo la falda de la montaña hasta donde llegó el frente de guerra en 1937, La Puebla de Abortón. Los montes que hay detrás de este pueblo están completamente pelados. Este tampoco sería mal lugar para un spaghetti western.

(Memorias de Pascual Peña Sanz)

Llevo ese tren en la sangre. Mi abuelo trabajó en el tendido de la vía, mi padre fue obrero de los que debían vigilar que el tramo que les correspondía estuviera en perfecto estado y yo trabajé muchos años como factor.

Yo nací en la casilla de la Balsa Nueva, cerca de Cortes de Aragón, pero después de la guerra nos trasladamos a la casilla de la curva de La Herradura, junto a La Puebla de Abortón. Allí vivimos siete personas: mis padres, mi abuela, mis tres hermanos y yo. Sólo había dos habitaciones y allí estábamos todos metidos. Pero no recuerdo las estrecheces: sólo recuerdo el hambre. No teníamos más que hambre. Era una tierra muy pobre. No había más que cardos y sisallos. Mi padre cazaba todo lo que pasaba por allí. Una vez cogió una culebra enorme: la llevaba colgando del hombro y le arrastraba la cabeza. Nos la comimos entre todos. La freímos y estaba bien buena. Parecía pescado. Como una anguila. También comíamos muchos lagartos. El lagarto es muy bueno. El cuervo, sin embargo, es muy duro.

Por allí quedaban muchas fortificaciones de la guerra. Recogíamos balas, escudillas, cartucheras. Una vez encontramos un cadáver. Era como una momia, pero el uniforme estaba intacto. Yo le cogí una estilográfica y fotos que llevaba en un bolsillo. Eramos críos y no teníamos miedo. Ahora no me hubiese atrevido. Todavía tienen que quedar muchos restos. Allí murió mucha gente. Por todo el monte debe de haber muertos.

La planicie por la que se interna la vía esconde una trampa inesperada. Parece como si todo fuese un suave descenso, sin sobresaltos, en dirección a Belchite. Pero a sólo dos kilómetros de la curva de La Herradura la tierra se abre en un tajo completamente inesperado, es un cañón de dos kilómetros de largo al que los viejos ferroviarios se refieren como el Barranco de Lahoz, aunque los planos lo denominan como Barranco de Zafrane. Como apenas quedan habitantes por los alrededores, cada cual puede llamarlo como le venga en gana.

Sobre este barranco se levantó uno de los dos puentes gemelos que tuvo el ferrocarril. El puente tenía 115 metros de largo. Fue derribado durante la guerra, reconstruido al finalizar el conflicto y desmantelado por fin cuando se cerró el tren. Ahora en su lugar queda un impresionante testigo: en medio del barranco se levanta un enorme pilar de 42 metros de alto sobre el que se apoyaba el puente. Es como un gigantesco obelisco dejado aquí por una antigua civilización: la cultura ferroviaria, un mundo que en este rincón ya parece muy lejano, aunque sus vestigios arqueológicos estuvieran en pleno uso hace sólo tres décadas.

Es imposible verlo desde los alrededores. Este gigante se esconde en la hondonada y hay que llegar a los límites del barranco y asomarse al vacío para contemplarlo. Puede que no le queden muchos años en pie: se está desmoronando por su base, el peor lugar por donde lo podía corroer el tiempo.

El fondo del barranco es diferente a la planicie de arriba. Lo que arriba es áspero y seco, por abajo aparece húmedo y fresco. Lo poco que llueve por esta zona debe de refugiarse todo aquí.

Nada más cruzar al otro lado de este desfiladero perfecto para una emboscada, lo primero que aparece es la antigua estación de La Puebla de Albortón, a cuatro o cinco kilómetros del pueblo que le da nombre. Es un bonito edificio de piedra que aún conserva toda su estructura y casi todas sus tejas. Sin embargo ha perdido las puertas y ventanas y muchos tabiques interiores han sido derribados por esa extraña fiebre demoledora que sentimos los hombres frente a las construcciones abandonadas. Las paredes que quedan en pie exhiben pintadas hechas con rudimentarios métodos: en lugar de sprays de colorines, aquí los mensajes han

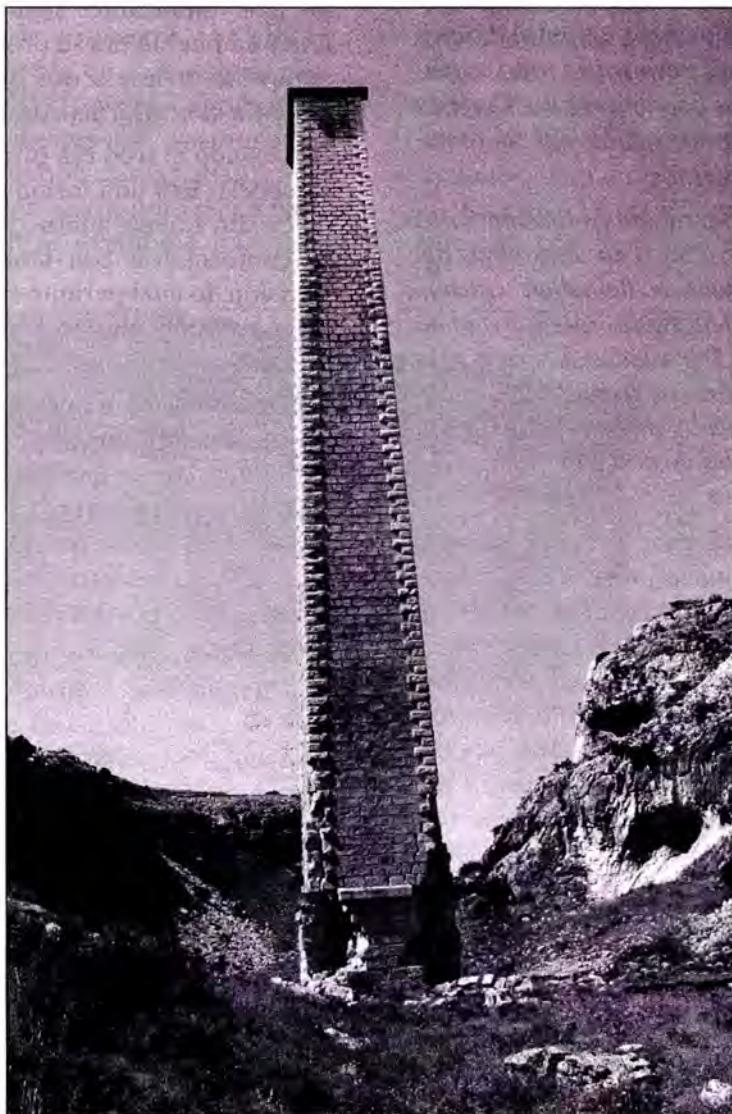
sido trazados con tizones o rayando directamente la pintura. «ESTO ES DE LOS CAZADORES», se lee en una pared; «ESTO ES DE TU PUTA MADRE», le contesta debajo un anónimo comunicante, seguramente poco partidario de la privatización de viejos edificios públicos.

Frente a la estación, al otro lado de la vía, hay una paridera de ganado y junto a ella restos de un pozo con varias ovejas muertas. Me pregunto si al atardecer bajarán a merendar las hienas.

**(Memorias
de Miguel Pulido
Camacho)**

Llegamos a la estación de La Puebla de Albortón un día de otoño de 1942. Entonces ya éramos seis: mis padres, mis tres hermanos y yo que era el pequeño. Habíamos salido de Córdoba unos días antes. Mis padres querían llegar a Barcelona, pero en Madrid ya casi no nos quedaba dinero. Llegamos hasta Zaragoza como pudimos. A mi padre le dijeron que había trabajo en el Servicio de Regiones Devastadas y gastamos las últimas pesetas en coger el tren para La Puebla.

El alcalde nos alojó en el granero de su casa. Aún me acuerdo de lo que cené la primera noche: salvado, una pasta de salvado cocido con aceite y sal. Si algo no se me ha olvidado es el hambre que pasé. Eso no se me olvidará nunca. Un día comías y tres no. Cada vez que veía a un crío con un zoquete de pan se me iban los ojos detrás. Yo me he comido los cardos borriqueros. Los limpiaba con una navajita, les quitaba los pinchos y me los comía. También comía raíces. Las raíces las masticabas y las masticabas y se hacía una pasta que no sabía a nada, pero daba igual. Cuando el estómago se retuerce como una culebra le echas dentro lo que pillas. El hambre es lo peor que te puede pasar.



Pilar del Puente de Lahoz.

Muy pronto empezamos a recorrer la zona buscando despojos de la guerra. Pasábamos varios días por el monte, durmiendo al raso, con un caco de tocino, un trozo de pan y una botella de agua. Picábamos en las trincheras y en los nidos de ametralladoras. Una vez encontramos un esqueleto que aún llevaba puestas las botas y el casco. Al lado tenía el fusil. Calaveras encontramos muchas, y también muchas bombas. Nosotros arramblábamos con todo lo que era de metal, pero sobre todo cogíamos balas. 84 vainas de bala hacían un kilo. Cuando juntábamos bastante, bajábamos a Zaragoza a venderlo y con eso pasábamos el mes.

Luego a mi padre le dieron trabajo en Belchite y nos cambiamos de pueblo. Allí vivimos en unas casas del Auxilio Social. A esa barriada le llamaban «Rusia» porque allí vivían muchos deportados que trabajaban en el Servicio de Regiones Devastadas. La casa sólo tenía una habitación y nosotros ya éramos siete: estando en La Puebla había nacido mi hermano Carlos. Dormíamos cruzados: los pies de uno en la cabeza del otro. Así teníamos que dormir.

Por entonces íbamos al tren a robar carbón. Cuando el tren pasaba despacio por el puente saltábamos a los vagones y tirábamos bloques de carbón. A mí me cogieron una vez los del ferrocarril. Mi hermano echó a correr, pero yo era más pequeño y me cogieron. Me llevaron a la estación, me metieron dentro de un saco de arpillería y me dijeron que me iban a mandar a Zaragoza. Yo me meé dentro del saco. Del susto me meé y se me quitaron las ganas de robar carbón. Pero con el tiempo volví a hacerlo. Entonces los inviernos eran muy duros. Muy duros. Aquello era Siberia. Cuando tienes hambre parece que hace más frío.

Al poco de dejar la estación de La Puebla hay una cantera activa con un nombre que haría las delicias del Ku Klux Klan: «Blancos de Aragón» se llama la empresa que la explota. Y blanco como la cal es el paisaje que están dejando en la montaña que horadan.

Los camiones que sacan el material utilizan la antigua vía como camino para llegar hasta la carretera. En este trecho, a pocos metros de una casilla completamente empolvada, hay una ermita derruida. Sólo conserva un pedazo de techo sobre el espacio que ocupaba el altar. Ahí todavía se pueden ver restos de pinturas religiosas sobre las paredes, pero los trazos están muy difuminados y es imposible adivinar a quién estaba consagrada esta iglesia. Sea quien fuese, hace tiempo que perdió la devoción.

Un poco más adelante, en el punto donde la vía se cruza con la carretera, se encuentra la estación de

Azuara. Lo que resulta imposible es ver desde aquí el pueblo que le da nombre.

Azuara está a diez kilómetros, detrás de los cerros que hay a la espalda de la pequeña estación. En realidad casi les daba igual desplazarse a las estaciones de Belchite o de Lécera para coger el tren. Pero hubo un tiempo no muy lejano en que uno de los más importantes signos de identidad que podía tener un pueblo era su propia estación de ferrocarril, aunque estuviese a dos horas de camino. Ahora la mayoría se conforma con tener piscina.

Cuando el tren era progreso, tener estación daba categoría. Era una forma de aparecer en los mapas, de existir. Luego, a falta de comunicaciones, muchos se conformaron con tener un equipo en Tercera División, lo cual permite salir en las páginas deportivas del lunes, que es otra manera de reafirmar la identidad.

Desconozco en qué categoría se miden los equipos de Azuara, pero en cuanto a su antigua estación puedo decir que ahora hace las veces de palomar. El edificio es recio y se mantiene en pie, como todos los de piedra que quedan en la línea, pero por dentro sufre los estragos de los kilos de palomina almacenados por los pájaros que lo han convertido en su hogar.

Cuando entras en la estación y subes a su primer piso se escucha un continuo batir de alas: las aves salen huyendo por las ventanas del piso superior al detectar la presencia de un extraño. Por el ruido, debe de haber centenares. Es imposible no acordarse de Hitchcock al entrar aquí, pero estos pájaros son más cobardes que los de la película y no parece que me vayan a sacar los ojos por fisognear en su guardia.

Después de esta parada la vía llega a su cita más espiritual: el apeadero correspondiente al santuario de Nuestra Señora del Pueyo. Este templo de cinco cúpulas se levanta en un altozano cerca del pueblo de Belchite, al que pertenecía hasta que el arzobispo con mando por estos predios decidió registrarla como patrimonio de la Iglesia. Aquello motivó una revuelta popular como nunca antes se había conocido en la comarca.

Un litigio entre feligreses y sus pastores por dirigir sobre la posesión de un templo no es algo que se vea todos los días. En el conflicto, que todavía permanece fresco en la memoria de las gentes, hubo cruces de comunicados eclesiásticos y municipales, apelaciones a la Historia y manifestaciones públicas con pancartas airadas contra el clero. Sólo se echó en falta alguna señal de los cielos que arrojara un poco de luz sobre la disputa. Pero desafortunadamente no hubo milagro, a pesar de que este paisaje solitario y un tanto cósmico es ideal para todo tipo de fenómenos sobrenaturales. Si los ovnis lo conocieran no aterrizarían en ningún otro lugar.

De momento hasta Nuestra Señora del Pueyo sólo llegan los devotos de los pueblos de los alrededores, a veces en romería y otras discretamente para dejar un exvoto como agradecimiento por alguna gracia concedida.

Del apeadero que servía a la ermita-santuario se pasa a los olivares y desde ellos se accede por fin a los dos pueblos que forman Belchite: el pueblo nuevo, construido en la posguerra, tan uniforme y tan aséptico, y el pueblo en ruinas conservado como recuerdo del conflicto bélico, ahora absolutamente esquelético y fantasmal, desmoronándose un poco cada día aunque aún se mantengan en pie varias torres que dan testimonio de su pasado esplendor. El día que se desplome una torre

cuales —en lo que fue el andén— crece un jardín con abundantes árboles que ocultan casi por completo la fachada. En definitiva, cuesta mucho imaginar que esta especie de adosados un tanto primarios pudieran ser en otro tiempo una estación de ferrocarril. Pero hay un pequeño detalle para corroborarlo: mirando entre las ramas se puede ver que junto a la puerta de una de las viviendas hay dos chapas azules de metal; en la de la izquierda se lee: «Altitud, 441 metros sobre el nivel del mar», y en la que está a la derecha pone «Sala de espera». Es todo un detalle emocional que los actuales ocupantes hayan respetado los carteles.

Después la vía se escapa del pueblo colándose por una trinchera que conduce hacia el barranco



Estación de Azuara.

sobre un turista probablemente se decidirán a hacer algo con estas ruinas. Sepultarlas o adecentarlas. Cualquier cosa sería preferible al abandono actual.

En Belchite las huellas del ferrocarril son numerosas. Sigue erguido el edificio donde se guardaban las locomotoras, aunque ha perdido la techumbre y su interior se encuentra lleno de escombros. Mejor suerte ha corrido el edificio de la estación. Aunque ésta no era de piedra y su estructura no tenía el atractivo de las de La Puebla y Azuara, sin embargo es la única de todo el recorrido que se mantiene habitable. La estación se ha convertido ahora en dos viviendas delante de las

del río Aguasvivas. Los rebaños usan este paso como cañada.

Siguiendo la ruta del sector ovino aparece muy pronto la depresión por donde fluye lo poco que queda del río y en medio de ella los dos grandes pilares de piedra sentada que sustentaban el otro gran puente del ferrocarril. Son columnas hermanas de la que apareció en el Barranco de Lahoz, sólo un poco más cortas, aunque superan los 35 metros de altura y eso les da un empaque considerable. Da un poco de pena verlas tan recias sin nada que sujetar. La desaparición del puente las ha dejado sin otra misión que formar una especie de puerta por donde pasa el río, pero es demasiada puerta para tan poco río.

(Memorias de Ángel Pradas Barcelona)

Mis padres vivían en la casilla que estaba cerca del cementerio de Belchite, a varios kilómetros del pueblo. Eran guardabarreras. Tenían que poner y quitar una cadena cada vez que pasaba un tren. Mi madre lo hacía durante el día y a mi padre le tocaba por las noches. Siempre así. Todos los días tenía que estar alguno allí, poniendo y quitando las cadenas. Era muy esclavo.

Yo iba andando al colegio por la vía del tren, porque el camino daba un rodeo muy grande para salvar el río. Lo más rápido era cruzar por el puente del ferrocarril. Más de una vez me pasó oír que venía un tren mientras cruzaba y tener que echar a correr para que no me pillara en medio del puente. Una vez, ya mozo, volvía de noche de bailar de Belchite y me tuve que subir a la barandilla para cruzarlo. Aún me tiemblan las piernas cuando lo recuerdo. Era un puente tremendo. Una preciosidad.

Cerca de allí hubo un accidente que no se me olvidará. Fue cuando el estraperlo.

Bajaba uno de Moneva con un carro cargado de aceite. No sé donde iría. Los de Moneva siempre fueron muy finos para vender el aceite. Bueno, pues bajaba de noche con la mula y el carro a rebosar de aceite y se ve que por acortar se metió por una trinchera del tren, pero con tan mala suerte que venía un mercancías y se lo llevó por delante. El monevino se salvó de milagro, pero yo no sé el aceite que perdería aquel hombre. Había mucho estraperlo entonces. No sólo aceite, también harina y otras cosas. Y luego estaban los chavales que venían a coger carbón. A uno lo mató el tren. Debía de ser el año 52 o 53. El chaval se resbaló y cayó entre dos vagones. Lo raro es que no muriese alguno más.

Con el tiempo yo también entré a trabajar en el ferrocarril, como casi todos los hijos de los ferroviales. Trabajé mucho tiempo en la estación de

Belchite. El tren de pasajeros pasaba todos los días a las 10 de la mañana y a las 5 de la tarde. Era el mejor momento del día. Un tren anima mucho a un pueblo. Me acuerdo que había una mujer que venía todas las tardes a ver llegar el tren. Todas las tardes, sin faltar ni una, allí estaba a las cinco. No iba a esperar a nadie. Sólo iba a curiosear, a alardear con los que iban y venían, a ver el tren, a pasar la tarde. Ese era su entretenimiento. Cuando quitaron las vías me acordé mucho de aquella mujer. Me quedé pensando qué haría después que la dejaran sin el tren. Qué haría aquella mujer todas las tardes. Aquella mujer lo tuvo que sentir más que nadie.



Casilla de peones.

Cuando el tren dejaba atrás Belchite iniciaba un lento ascenso a través de la estepa que configura este territorio. Los nativos de la zona no profesan mucho cariño por este paisaje, pero he conocido a personas llegadas del norte de Europa a quienes les ha impresionado. Para quien está habituado a la humedad y el verde

de los bosques es un contraste brutal este panorama árido dominado por el blanco de los yesos, el rojo de las arcillas y el gris de las rocas. Además aquí los cielos son limpísimos y cuando atardece se tiñen de un azul tornasolado que vira hacia tonos violetas y plasma en el horizonte un lienzo sobre el que sólo falta dibujar una caravana de camellos para completar una escena fascinante.

Lo único que contrasta con tanta poesía es el olor a cerdo que se percibe en muchos momentos. Para qué nos vamos a engañar.

La industria del porcino se ha ido asentando por estos lugares en numerosas granjas diseminadas por el campo, granjas obligadas a permanecer alejadas de las poblaciones porque el tufo que desprenden, especialmente en verano, es tan penetrante que no hay cómo combatirlo. Aquí la prosperidad, como

pasa en aquellos lugares donde hay industrias papeleras, es tremadamente olorosa, y ni siquiera la memoria del tren ha podido mantenerse ajena a esta circunstancia.

La antigua estación de Lécera, situada en un descampado a varios kilómetros del pueblo, en el camino hacia Letux, conserva pocos recuerdos del tren y sin embargo despidie una peste inconfundible que permite adivinar que después de cesar como centro ferroviario sirvió como granja de cochinos.

Se nota a distancia y se corrobora al asomarse al interior, con la nariz debidamente tapada para evitar desmayos. El edificio, similar al de Belchite, fue reformado por dentro y adaptado para albergar animales en diferentes compartimentos. Ahora ya no guarda nada, salvo el aroma. Un hedor que se agarra a las paredes y lo impregna todo. Quizá hace años que aquí no ha vuelto a entrar un tocino, pero su rastro perdura mucho más de lo que aguantó el olor a carbonilla de los trenes.

(Memorias de Ana Meseguer Aína)

Yo era muy pequeña y sólo recuerdo un cosa de aquel tren. Recuerdo que desde mi pueblo llevaban a la estación de Lécera el ganado que mandaban para Zaragoza. Cuando vendían terneros iban hasta la estación por los campos acompañados por las vacas. Los hombres guíaban a las vacas y las vacas guíaban a los terneros. Así era. Luego cargaban a los ternerillos y volvían otra vez con las vacas a Letux. Algunas veces, poco tiempo después de uno de esos viajes, desaparecía alguna vaca y enseguida sabían dónde había que buscarla: las vacas volvían solas a la estación de Lécera. Ese es mi recuerdo: las vacas buscando al ternero que se fue en el tren.

Al poco de salir de Lécera se cambia de provincia. Se entra en Teruel, territorio administrativo donde se dan la mano el misterio y el olvido. Las cosas aquí suceden a otro ritmo.

El primer vestigio turolense del ferrocarril es una pequeña estación, un apeadero ubicado en el paraje de Ventas de Muniesa. El lugar fue lo que su nombre indica: una venta, uno de esos lugares a los que iba Don Quijote a armarse caballero y Curro Jiménez a pelearse con los franceses. La venta es el antecedente español del motel. La venta es a los libros de caballerías lo que el motel a las road-movies.

La venta que da nombre a este lugar es un gran caserón que está detrás de los edificios ferroviarios. Lo

rodea una tapia tras la que se ven varios vehículos con matrícula de Zaragoza. En la puerta de la tapia hay una mujer que jueguea con un perro.

Mientras observo el apeadero, tan lujoso que incluye aguada para las locomotoras, servicios para damas y caballeros, casita baja con su chimenea intacta y otra construcción circular de la que cuesta adivinar su cometido, la mujer y el perro se van aproximando con evidente interés hacia el recién llegado. Bueno, en realidad al perro no le interesa tanto, pero la dama es evidente que siente una cierta curiosidad.

—¿Buscaba algo? —pregunta cuando se halla a una prudente distancia.

Tiene entre 40 y 50 años, el pelo rubio oxigenado, las espaldas anchas y ese gesto de contrariedad que a algunas personas no se les va jamás de la cara. Parece una de esas luchadoras que pelean en albercas de barro.

—No. Sólo voy siguiendo las huellas del viejo ferrocarril.

—Pues esto no tiene ningún interés. Estos edificios no valen nada. A ver si los tiran de una vez. Sólo valen para que vengan a meterse aquí gitanos. Es una vergüenza que tenga esto así la RENFE. ¿No quitaron el tren? Pues que hubiesen quitado todo.

Para la luchadora oxigenada todo lo que huele a tren tiene que ver con la RENFE y de nada sirve querer desviar su atención hacia MFU o FEVE (Ferrocarriles Españoles de Vía Estrecha), las dos compañías que realmente explotaron esta línea.

—La RENFE, la RENFE tiene la culpa. ¡Que lo tiren de una vez! —clama con un tono al que es mejor no llevarle la contraria.

Detrás de la dama hay un cartel que señala hacia las cercanas pinturas rupestres de Alacón. Quizá la belicosidad se deba a que estamos en zona de trogloditas.

Dejo atrás mujer y perro y esa conjunción de apeadero y venta que en tiempos remotos debió de tener su encanto. El recuerdo de la vía discurre paralelo a la carretera hasta Muniesa.

En Muniesa hay una torre mudéjar que sale en todos los manuales de arte y otra torre más próxima a la vía de la que nadie habla. Esta última es una torre truncada a la que han puesto como remate una gran escultura del Sagrado Corazón de Jesús. Siempre que veo una de esas figuras recuerdo Río de Janeiro, pero a los pies de este monumento no hay playas, sino sembrados. Y además a este Cristo le sale un pararrayos por el cogote. Debe de ser impresionante asistir a una tormenta aquí y ver a un rayo cayendo sobre la santa figura, iluminada toda con chispazos como una transfiguración eléctrica y apocalíptica.

Muniesa es un pueblo grande. Todo lo grande que se puede ser por estos pagos y eso da para poco más de 1.000 habitantes. El Nueva York de estos páramos.

Cuando el tren pasaba por aquí, Muniesa era más grande y tenía una estación sobre la que crecían dos enredaderas que daban sombra al andén. Ahora sólo crecen las telarañas sobre unos edificios abandonados que piden a gritos una piqueta por compasión.

(Memorias de Juan José Pradas Nebra)

Yo nací en la Casilla del Barranco, cerca de Ventas de Muniesa. A los 12 años empecé a trabajar en el ferrocarril de meritorio, en la estación de Muniesa. Casi no habíamos entrado en la escuela y ya nos habían sacado para trabajar. Pero en la estación se aprendía más. A mí me tocó un jefe de estación muy duro. Le gustaba que sus meritorios estuvieran bien preparados; los que mejor. Así que con él aprendías cosas del oficio, pero también cuentas y hasta geografía. Era muy duro, pero también muy noble.

Aquella tierra era muy pobre, pero con todo Muniesa era lo más rico de toda la comarca. A Muniesa llegaban por tren los productos que luego se distribuían por todos los pueblos. Recuerdo que entonces llegaban muchas sardinas de cubo. Sardinas arenques. Venían viajes de 100 en 100 tabales. Un tabal era un barril lleno de sardinas prensadas. Entonces a estas sardinas las llamábamos «guardiaciviles». No sé por qué, pero así era. A los civiles de verdad no les hacia ninguna gracia,

sobre todo a uno que hubo en Muniesa que era un hombre muy agrio.

A mí me gustaba mi trabajo. Me gustaba cuando estaba en Muniesa y después también, cuando me trasladaron a Zaragoza. Pero con los años veías que el tren iba a menos y en cuanto la línea pasó a depender del Estado vimos que aquello se iba a cerrar. Cuando se iban produciendo vacantes iban cerrando estaciones y así hasta que llegó el final. Entonces nadie se movió para protestar. En los pueblos no dijeron nada, pero al poco tiempo de cerrar se dieron cuenta de lo que habían perdido. Entonces les apenó, pero ya era muy tarde.

Es fácil imaginar el paso del tren por aquí, como una aguja que cose un territorio invertebrado y disperso, de pueblos salpicados sobre los páramos como si los hubieran arrojado desde el cielo en un día que los dioses jugaban a los dardos. Vistos desde lejos, estos pueblos son como cabezas de chinchetas que apenas asoman en el horizonte.

Después de Muniesa está Plou y después, un poco más alejado de la vía por colarse en una hondonada, se halla Maicas. Entre estas dos poblaciones no suman ni 100 vecinos. Después la vía acomete una de sus subidas más heroicas camino de su punto más alto: la estación de Minas de Segura.



Casilla de guardabarreras.



Minas de Segura.

En este tramo la vía se aleja mucho de la carretera y se cuela hacia unos montes que han quedado completamente alejados de cualquier ruta desde hace tres décadas.

Treinta años sin que nadie tenga que pasar por allí son muchos años. Quizá se haya borrado el camino.

No sé lo que me voy a encontrar, por eso me alegra ver a un pastor que apacienta su rebaño a la orilla de la antigua vía, justo cuando ésta comienza a alejarse de la carretera actual.

Me acerco a él. Le saludo. Me recibe sonriente debajo de una gorra que le viene un poco grande: una visera azul y blanca que lleva escrita en mayúsculas la palabra «EPSON». O sea que el hombre está haciendo publicidad de impresoras para todo el que pase por aquí. Aunque dudo mucho que las ovejas sean aficionadas a la informática.

Hace tiempo que los pastores van sustituyendo la tradicional boina por gorrillas más ligeras con la inevitable consigna publicitaria: pinturas, cajas de ahorros, agencias de viajes. A juzgar por el producto que anuncia, éste con el que me cruzo pertenece a la facción más moderna del gremio. Quizá tendría que hablar con él de sistemas de impresión por láser a todo color. Pero en ese momento me interesan más otras cosas.

—¿Usted sabe si se puede seguir la antigua vía hasta Minas de Segura? —pregunto después del intercambio de saludos.

—Si hombre, no tiene pérdida. Si acaso tendrá un cacho malo llegando arriba, pero es poca cosa.

—¿Usted se acuerda de cuando pasaba por aquí el tren?

—Claro que me acuerdo. Yo era zagal y venía por aquí a labrar. Claro que tengo visto el tren. Por aquí pasaba muy despacio. Le costaba mucho subir a aquel tren.

—Voy a ver qué queda de entonces.

—Pues tenga cuidado por el monte arriba, que si cae por ahí no va a encontrar asistencia.

Le agradezco su interés por mi salud y empiezo a remontar el mismo tramo por donde el tren sufría.

Antiguos ferroviarios me contaron que éste era el punto más empinado de la vía, con lugares donde superaba los 33 milímetros de desnivel por metro, el máximo permitido.

En los primeros kilómetros, la caja de la vía se mantiene intacta. Sube describiendo una gran curva, a media ladera hasta alcanzar un collado tras el cual la vía se cuela por un terreno más intrincado. A partir de aquí hubo que abrir grandes trincheras para hacerle un hueco al tren. Ahora algunos de los terraplenes de esas trincheras se han desmoronado sobre la vía, y en otros puntos son las plantas las que han encontrado allí su lugar para crecer. Pero es imposible perder la pista. La cicatriz que dejó el tren es demasiado grande y puede que tarde un siglo en cerrarse del todo. Especialmente aquí, donde es rarísimo que vuelva a actuar la mano

del hombre porque prácticamente no hay nada de lo que sacar beneficio.

En la lenta ascensión descubro hasta tres casillas, dos de ellas semiderruidas y una tercera, de piedra, todavía en buen estado.

Este es un lugar especialmente remoto. Ahora cuesta mucho imaginarlo conectado con la ruidosa plaza zaragozana desde donde salí. Creo que por aquí no veré un alma.

Voy pensando que sólo habrá lagartos y pájaros cuando de repente, a lo lejos, a 500 metros de mí, cruzan fugazmente por la vía dos jabalíes. Es la primera vez que veo un jabalí fuera de un libro de Astérix. Apenas me ha dado tiempo a verles el lomo. Si en vez de perderse entre los árboles alguno hubiese enfildado hacia mí, lo habría visto venir como si fuese una locomotora. Ellos son lo más poderoso que queda por aquí desde que se marchó el tren.

La estación de Minas aparecerá poco después. Lo que queda de ella. Es el punto cumbre de todo el recorrido: 1.111 metros sobre el nivel del mar, una cifra redonda que recuerdan todos los ferroviarios.

Quizá ésta sea una de las estaciones de tren más alejadas de cualquier núcleo de población. Está perdida en medio de los montes, pero es que su cometido no era el transporte de viajeros. Su principal función era servir para maniobras: como los trenes de mercancías no podían subir a tope desde Utrillas, una locomotora acarreaba hasta aquí 7 vagones, los aparcaba, se desenganchaba, volvía a Utrillas (hay 20 kilómetros), cogía otros 7 y al volver arriba enganchaba los 14 para iniciar ya el descenso hacia Zaragoza (aunque en La Puebla necesitaba el empuje adicional de otra locomotora para superar la curva de La Herradura). Lo que se dice un ascenso a plazos. Toda una odisea de subidas y bajadas con el carbón a cuestas.

La estación se encuentra en el mismo lugar donde había unas minas de plomo cuyo rastro se puede ver en las laderas colindantes, todavía teñidas de color gris. También hay unos edificios en ruinas que debieron de servir como alojamiento para los mineros. Incluso hay un pozo profundo, profundo, abierto al ras del suelo y sin ninguna protección que prevenga al caminante. Si esto es el fin del mundo, el pozo debe de ser el acceso a la morada de Pedro Botero.

(Memorias de Andrés Tobal Serrano)

La madrugada del día 18 de julio de 1947, cuando subíamos camino de Minas de Segura, explotó una bomba al pasar el tren. Fue cosa de los maquis.

Sólo íbamos cuatro personas en aquel tren: Lorente, que era el jefe de tren, Mercadal de guardafreno, un tal Ledesma de maquinista y yo que entonces era fogonero. Me acuerdo que íbamos con retraso y de repente sonó una explosión. Se nos apagaron las luces, pero no descarrilamos. Nos salvó el pillarón de subida, porque íbamos muy despacio. La máquina y el primer vagón pasaron por encima del petardo, pero el resto no. Ahí nos quedamos trabados, con los railes hechos un churro y unas cuantas traviesas saltadas.

En los trenes llevábamos un teléfono de campaña. En paralelo a la vía había un tendido telefónico y cada 10 postes teníamos una conexión para nuestros teléfonos. En caso de tener algún problema teníamos la obligación de buscar el poste con el enganche, conectar el teléfono y comunicar el percance a la estación más cercana. Pero a ver quién era el guapo que se atrevía a buscar el poste dichoso en la oscuridad, si los que habían puesto la bomba a lo mejor seguían por allí.

Nos juntamos los cuatro dentro de la máquina. Esperamos a que clarease un poco y entonces salimos a telefonear. Por cierto que la conexión estaba al lado, en el segundo poste. Entonces también vimos que habían tirado unos panfletos junto a la vía. Yo me guardé uno. Todavía me acuerdo de una frase que ponía: «no queremos que salga ningún combustible de España», y al lado un sello con la hoz y el martillo.

Eso fue lo más gordo que me pasó en muchos años de trabajo. Bueno, algunos años después, cuando ya era maquinista, atropellé a una vaca. Las vacas son muy suyas. Si una vaca dice que no se aparta, no hay quien la mueva.

Tras Minas de Segura comienza el descenso final. El primer pueblo que sale al paso es Segura de Baños, un pueblo agazapado en un congosto, con las casas trepando por los riscos. Detrás del pueblo, al fondo de un enorme desfiladero por donde se desploma el río Aguasvivas, están los Baños de Segura. Ahora el balneario está cerrado y por los edificios que han quedado en el fondo de la garganta sólo paseará algún fantasma reumático suspirando por alguien que le planche la sábana. Hace muchos años era un lugar floreciente. Acudían de lejos a probar la bondad de sus aguas curativas. Entonces una tartana, tirada por un caballo, llegaba hasta el apeadero de Segura para recoger a los viajeros que venían en el tren con destino al balneario. Un servicio de taxi muy apropiado para quienes llegaban buscando renoso y relajación.

En Segura la vía gira a la izquierda para buscar el valle por el que recorrerá rápidamente sus últimos kilómetros. Así llegará a Vivel del Río, cuya estación se encuentra razonablemente bien, tanto como para servir de almacén a alguien que guarda en su interior grandes piezas de tractor. Y poco después aparecerá Martín del Rio, la penúltima estación, desde donde ya se divisa el fin. Y en esta ocasión el fin es realmente definitivo. Es un fin rotundo y concluyente.

El tren no llegaba hasta la localidad de Utrillas. En realidad la línea acababa 3 kilómetros antes, en lo que se conocía como los Lavaderos. Estos Lavaderos constituían en realidad un poblado: allí no había sólo instalaciones industriales para acondicionar el carbón, allí también estaban las oficinas, los bloques de los trabajadores, las cocheras de los trenes, la estación, una escuela. Un mundo aparte al servicio de la mina. Hoy todo, absolutamente todo, se ha desmoronado. O para ser exactos todo menos una gran chimenea que aún sigue en pie, como si fuese un monolito para señalar desde la lejanía el lugar que ocupan estas ruinas.

Como si el principio y el fin de la línea férrea quisieran darse la mano, lo que queda aquí también parece una secuencia del día después de la batalla. En realidad no da la impresión de que las cosas están así por muchos años de abandono: parece que todos se fueron ayer mismo, que hace unas horas hubo un bombardeo y salieron huyendo precipita-

damente. Sólo la chimenea se ha quedado para dar testimonio. El resto de los edificios, y hay muchos, están hundidos. Unos tienen las vigas al aire. En otros se han desplomado los muros. Todos han perdido los tejados. Y a su alrededor la tierra tiene unos colores extraños: hay terraplenes del color de la ceniza y otros son rojos como el cinabrio. Rojo oscuro. Rojo quemado. Todavía huele a humo.

(Memorias de Jaime Martínez Orga)

Cuando te nombraban maquinista, por lo general te mandaban un par de años de prácticas a Utrillas. Allí vivíamos en los Lavaderos. Había dos barriadas: la de los ricos, los de oficinas, que tenían el agua en casa, y la de los pobres, los ferroviarios, que teníamos que ir a la fuente. Pero allí vivimos bien. Había mucha camaradería. Los días que teníamos libre hacíamos ranchos, nos íbamos a coger setas y caracoles por el río. Lo pasábamos bien, aunque el trabajo era duro.

Era muy difícil conducir aquellos trenes. Muy peligroso por las cuestas. La línea tenía un perfil muy difícil. Yo pasé 18 años de maquinista, hasta que cerraron y me quedé en la calle.

Me pasaron muchas cosas en aquellos trenes. Me acuerdo cuando el tren se quedaba bloqueado por la



Estación de Vivel del Río.



Utrillas. Lavaderos.

nieve y te tirabas tres o cuatro días hasta que la línea volvía a funcionar. Cuando había nieve el tren correo, el de pasajeros, se montaba con dos máquinas, una de culo y otra de cara.

Recuerdo que una vez se desprendieron varios peñascos del túnel de Valdescalera y los vi de repente, sobre la misma vía, al trasluz de la salida. Me dio el tiempo justo de frenar y salvé el tren. Entonces me dieron un premio por haber evitado que descarrilarase. Creo que fueron 200 pesetas, que entonces era mucho dinero.

El peor recuerdo que tengo es de cuando maté a una mujer. Era en pleno invierno. Hacía un frío y un aire que pelaba. Era de noche y yo entraba en Zaragoza con un tren correo. Esta chica, una chica embarazada, se había escondido detrás de una caldera un kilómetro antes de llegar a la estación. Cuando vio venir el tren se tiró debajo. Pero yo no vi nada. Fue después cuando me enteré. Cuando ya llevaba un rato en la estación, y ya lo había dejado todo listo para marchar a casa, vinieron a decirme que había matado a una mujer. Yo no me lo podía creer. Entonces volví al tren, miré debajo de la máquina y vi que allí, en las zapatas, había restos de carne y de pelo. Luego me enteré que la chica había tenido problemas en casa. Esto debió de ser en el año 56.

Paseo entre las ruinas de la última estación. Pienso que un desastre nuclear ha de ser algo

parecido a esto. Entre los escombros descubro mucho papeleo. Hay libros de cuentas, tomos enormes con las hojas taladradas y pegadas entre sí por efecto de la lluvia. Algunas se rompen al intentar pasárlas. Hay hojas de compra dando fe de la adquisición de motores, lámparas, hilos antihumedad, cinta aislante, sierras, amperímetros, cubiertas, cámaras. También encuentro una página de un cuaderno infantil donde se repasa una lección sobre Góngora y Quevedo. Y por allí también revolotea una hoja suelta con un pedido de material escolar. En realidad es una factura de una librería de Teruel. Tiene fecha de un par de meses antes del cierre de la línea férrea. En la hoja se consigna la entrega de 11 juegos de parchís, 6 libros «España» de Vives, 4 plumas estilográficas, 4 bolígrafos de cuatro colores, 2 cajas de compases «EDE», 1 caja de frascos «Pelikan China», 10 bolígrafos BIC, 10 cajas de pinturas Alpino, 3 Atlas universal Salinas y al final de la lista también aparecen un misal y un rosario. Y pienso, se me ocurre, que quien encargó el misal y el rosario quizás lo hizo para rezar por algo que vio agonizar y que pocas semanas después se convirtió, para siempre, en una vía muerta.

ALGUNOS DE LOS DATOS QUE APARECEN EN EL RELATO SE HAN EXTRAIDO DEL LIBRO *Memorial del extinguido Ferrocarril de Utrillas-Zaragoza*, de Jesús Albero Gracia. Zaragoza, 1981.

Turismo en el Pirineo: adaptar la protección a cada espacio natural*

JOSÉ MARÍA NASARRE SARMIENTO

I

Este artículo tuvo su punto de partida en el estudio de las normas que en las diferentes Comunidades Autónomas configuran el **régimen jurídico de la acampada**, normas vinculadas tanto al turismo o excursionismo como a la protección del medio ambiente.

Hasta el presente se ha impulsado el **turismo de edificación**, olvidando la función al menos complementaria del **turismo de acampada**. Por una parte, la acampada o el campamento razonablemente instalado no destruye el suelo ni el arbolado y el ecosistema se resiente en menor medida de las perturbaciones producidas por la llegada de visitantes durante dos o tres meses cada año. Por otra parte, debe tenerse en cuenta la inestabilidad del turismo, que con cierta facilidad desaparece de unos lugares para instalarse en otros. Cuando se produce el abandono, al territorio ocupado por un campamento pronto regresa la naturaleza originaria, mientras que el edificado precisa un costosísimo proceso de derribo y recuperación, tan costoso que no se lleva a cabo.

Era natural llevar la reflexión al Pirineo.

II

Los **espacios pirenaicos** necesitan ser defendidos del impacto turístico mediante la configuración de conjuntos de medidas de protección ambiental propios, aunque su necesaria flexibilidad permita su adaptación a otras zonas de Aragón y a otros espacios naturales montañosos de España (en algunas zonas como la costa mediterránea el turismo plantea conflictos muy diferentes).

Dentro del amplio territorio del turismo pirenaico se acota un campo de estudio más restringido,

centrado en el turista o excursionista que ha llegado al **final de un valle**, al lugar donde ya no llega el tráfico rodado o al punto justo donde termina el tráfico rodado, con una mochila o a cuerpo limpio dispuesto a subir y bajar por los prados y las gleras. Acotar el campo ha exigido dejar al margen extensos territorios que precisan protección y multitud de actividades no turísticas, tales como la agricultura de montaña, el aprovechamiento de los pastos o la producción y distribución de energía eléctrica.

III

Desde los años ochenta, las **Comunidades Autónomas** cuentan con instrumentos legales para afrontar sus diferentes peculiaridades turísticas. La regulación sistemática de aplicación general en una Comunidad Autónoma debe estar dotada de suficiente flexibilidad para adaptarse a los usos y necesidades de cada espacio natural concreto, en razón de su fragilidad medioambiental, su urbanización o su disposición de infraestructuras, sin olvidar la existencia de zonas especiales a las que la ley otorga una protección más drástica.

La regulación jurídica del turismo se entrelaza con la de otra serie de fenómenos para procurar una **ordenación integral de actividades en cada espacio natural**, comprensiva tanto de los aspectos turísticos como de los de protección de la fauna, repoblación forestal, conservación de la población, limitaciones viales, etc.

IV

La actividad protectora arranca de las barreras impuestas al **automóvil**, pues de él los excursionistas sacan sillas y mesas, latas de refresco, chuletas para

asar, periódicos, bolsas de plástico, aparatos de radio y televisión e incluso recambios para automóvil. Las medidas más urgentes son aquellas tendentes a lograr que la basura producida por quienes apenas se apartan del vehículo sea devuelta a su lugar de residencia o, al menos, depositada en contenedores.

Los poderes públicos deben lograr mediante la persuasión que estas personas se instalen en muy **concretos lugares** para disfrutar de la naturaleza sin separarse de su automóvil, adecuando zonas con vías de acceso, estacionamientos, fogones, fuentes, fregaderos, servicios higiénicos, zonas de baño, áreas de acampada, sombras, paneles informativos, etc.

Para que los vehículos queden en estos lugares resulta necesaria la inutilización de determinadas **pistas forestales** o su cerramiento al paso de excursionistas con objeto de aminorar el impacto medioambiental de sus actividades y contar con una certeza absoluta acerca del lugar hasta el que va a llegar el tipo de equipaje que transporta el automóvil.

A partir de las zonas de estacionamiento, los **caminos y sendas** facilitan la marcha a pie de quienes continúan ligeros de peso. No pueden llevar mesas, sillas, latas de aceite de coche o botellas a mansalva. La propuesta de que las piernas de cada cual y su resistencia al peso sean tomadas en cuenta para realizar la selección de quienes acceden a lugares ciertamente espectaculares, puede resultar discriminatoria, pero probablemente no existe alternativa.

Una extensa **red de senderos** bien trazados y señalizados concentra a las personas en rutas determinadas, evita la dispersión de los acampados y facilita tanto la prestación de auxilio en caso de accidente como las tareas de limpieza, y por tanto contribuye a la protección de los espacios naturales sin acentuar las siempre irritantes coacciones.

Para el **alojamiento**, se ofrecen multitud de opciones diferentes mediante la combinación de

refugios de montaña, casas de labranza, pueblos rehabilitados, hoteles, campamentos de turismo, zonas de acampada, acampadas itinerantes o vivaqueo. Incluso dentro de cada espacio pueden ofrecerse diversas soluciones.

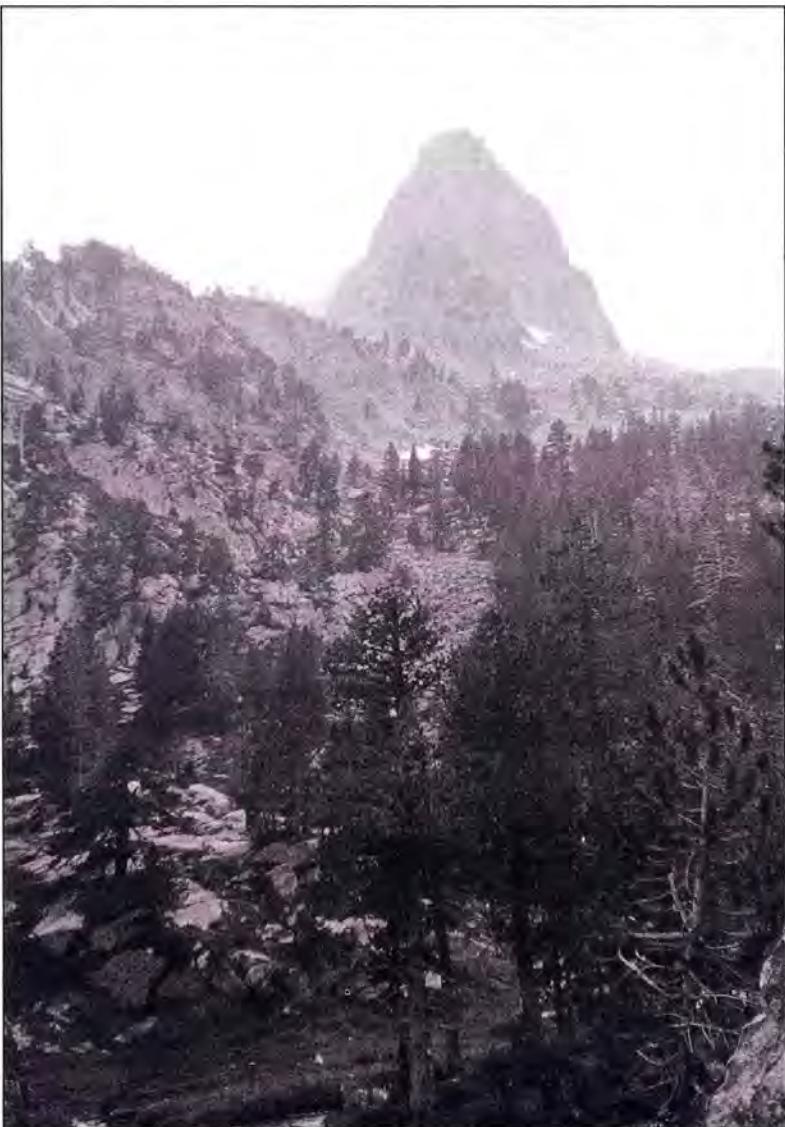
La profusión de **refugios de montaña** facilita las funciones de socorro porque disponen de servicio de radio y potencia la prevención porque los excursionistas se concentran en torno a ellos, haciendo más sencilla la eliminación de residuos. Las diversas organizaciones vinculadas al montañismo tienen ocasión de participar en la gestión de estos refugios. En línea con

esta preocupación, el ministro de Educación y Ciencia y los representantes de varias comunidades autónomas firmaron una serie de convenios bilaterales sobre cooperación en los planes de refugios de montaña.

La variedad y limitación de los usos exige una **señalización** clara y abundante acerca de alojamientos, senderos o actividades, con mención expresa de las alternativas en los casos de prohibición. También las medidas de educación y sensibilización de la población pueden difundirse a través de la colocación de carteles, la difusión de folletos, la proyección de audiovisuales, la instalación de museos naturales, la realización de rutas guiadas, etc.

La participación de las **organizaciones** ecologistas,

naturalistas, deportivas, etc., refuerza la eficacia de las medidas prohibitivas o limitativas, pues los propios usuarios del espacio natural contribuyen a difundir la responsabilización social. Las organizaciones pueden **asumir funciones** de policía (control de acampadas, de excursionistas), labores de limpieza (recogida de basuras, colocación de contenedores o estudio de su ubicación), tareas de señalización (de senderos o caminos, pero también de usos), realización de rutas guiadas en las que se muestren los valores naturales (flora, fauna, geología) o las actividades tradicionales (agricultura, ganadería, recogida de setas, artesanía),



«...las piernas de cada cual...»

control de la práctica deportiva (escalada, espeleología, navegación), etc.

La extensión del diálogo en los niveles central y autonómico entre los poderes públicos y los grupos organizados en el seno de **órganos permanentes de debate** es elemento fundamental para lograr una gestión eficaz y evitar que el diálogo surja después de actuaciones publicitarias o debates periodísticos. Las organizaciones conservacionistas, las de montañeros, los propietarios, los habitantes de los lugares, los representantes de otros sectores han de conservar unas líneas de comunicación institucionalizadas, vinculadas a los mecanismos estatales.

El proceso de **sensibilización de los ciudadanos** ante el medio ambiente no puede encontrarse monopolizado por la Administración. Con el auxilio de grupos colaboradores se han ideado paseos didácticos, itinerarios pedagógicos, visitas de acampada, aulas de la naturaleza o granjas escuela y se ha producido la formación de monitores ambientales dedicados a estas tareas. Se ha impulsado la formación del profesorado, normalmente en seminarios. Se ha promovido el acercamiento de cualquier persona a los ríos, bosques o salinas mediante cuadernos, paneles o vídeos.

La educación ambiental dirigida a los escolares puede vincularse en exceso al programa educativo de modo que se conceda mayor importancia a los conocimientos en esta materia que a la sensibilización o toma de conciencia. La educación ambiental, sin embargo, no equivale a **educación escolar**, pues comprende la sensibilización social de toda la población al procurar despertar la conciencia e incluso el entusiasmo que conduzca a un comportamiento respetuoso ante el medio natural.

Recientemente se han comenzado a articular **ayudas para actividades privadas** en ejecución de

proyectos de conservación relacionados con la flora y fauna silvestre y los espacios naturales. La norma de la que arranca el régimen de ayudas reconoce que «el fomento y auxilio de las iniciativas privadas conservacionistas se revela así como un valioso mecanismo de dinamización social, facilitando la actuación de las personas y entidades más sensibilizadas ante los problemas medioambientales».

Toda actividad de protección ha de ser bien vista por los **empresarios** de hostelería, dado que para que el turismo permanezca fiel a los espacios naturales es preciso que éstos se conserven sin deterioro ambiental.

Las empresas pueden **financiar** determinadas **actividades** a cambio de que una marca o nombre comercial quede reflejado a efectos publicitarios. La colaboración ha facilitado la preparación de los equipos deportivos olímpicos españoles o ha servido para sufragar los gastos ocasionados por determinados animales en parques zoológicos. Este tipo de patrocinio tiene cabida en los itinerarios naturales, la apertura de sendas, la construcción de refugios o la adecuación de áreas de esparcimiento.

V

Como se puso de manifiesto al comienzo, la regulación sistemática que se aplica con carácter general en toda la comunidad autónoma debe incluir instrumentos que le otorguen suficiente flexibilidad para adaptarse a los usos y necesidades de cada espacio natural concreto. Para utilizarlos eficazmente en la solución de los problemas que plantea el turismo veraniego es preciso **trabajar fuera de temporada**.

* Este artículo forma un entramado con otros anteriores, pero principalmente con el publicado en la revista «Acciones e Investigaciones Sociales» de la Universidad de Zaragoza, en diciembre de 1991, con el título «Acampada libre y legislación» y con el publicado en Heraldo de Aragón el día 28 de octubre de 1991, con el título «Refugios en el BOE».



«...usuarios del espacio natural...»

Biblioteca del Diario Mercantil de Zaragoza.

MEMORIAS
DE
ZARAGOZA
POR
COSME BLASCO.

ZARAGOZA.
Imprenta de Casañal y Compañía.
1890

EDIZIONS DE L'ASTRAL
(PUBLICATIONS DEL R. E. A.)

(CUADERNOS DE CULTURA ARAGONESA)

- 1.— *Falordias I.* Barios autores.
- 2.— *Falordias II.* (Cuentos en lengua aragonesa). Barios autores.
- 3.— *La crisis del regionalismo en Aragón.* Gaspar Torrente. Edición facsímil. Separata del nº 35 de ROLDE, Revista de Cultura Aragonesa.
- 4.— *Armonicos d'aire y augua.* Francho E. Rodés.
- 5.— *Cien años de nacionalismo aragonés.* Gaspar Torrente. Introducción de Antonio Peiró.
- 6.— *Antropónimos aragoneses (nombres aragoneses de persona).* Edición bilingüe. José I. López, Chusé I. Navarro, Francho E. Rodés.
- 7.— *Aragón Estado.* Julio Calvo Alfaro. Edición facsímil.
- 8.— *Discursos Histórico-Políticos...* Diego Ioseff Dormer. Edición facsímil. Introducción de Encarna Jarque y José Antonio Salas.
- 9.— *Cancionero Republicano.* Juan Pedro Barcelona. Edición facsímil. Introducción de Vicente Martínez Tejero y José Luis Melero Rivas.
- 10.— *Información de los sucesos del Reino de Aragón...* Lupercio Leonardo de Argensola. Edición facsímil. Introducción de Xavier Gil Pujol.
- 11.— *Las alteraciones de Zaragoza en 1591.* Encarna Jarque Martínez y José Antonio Salas Auséns.
- 12.— *Literatura y periodismo en los años veinte. (Antología).* Ramón J. Sender. Edición de José Domingo Dueñas Lorente.
- 13.— *Una propuesta para la reforma del Estatuto de Autonomía.* Rolde de Estudios Aragoneses.
- 14.— *Reseña histórica-política del antiguo Reino de Aragón.* Manuel Lasala. Edición facsímil. Introducción de Vicente Martínez Tejero y José Luis Melero Rivas.
- 15.— *Memorias.* José de Palafox. Edición, introducción y notas de Herminio Lafoz Rabaza.
- 16.— *Estudios de Derecho aragonés.* Varios autores.
- 17.— *Historia de Aragón.* Félix Sarrabio Bagüeste. Edición facsímil.
- 18.— *Ácromos.* Fernando Ferreró.
- 19.— *Memorias de Zaragoza.* Cosme Blasco. Edición facsímil. Presentación de José Luis Melero Rivas.

BAL DE BERNERA

- 1.— *Música de tradición popular en Aragón. Instrumentos y tañedores.* Ángel Vergara Miravete.

COSAS DE ARAGÓN

- 1.— *Plan tal como fue.* José María Fantova y Luis Roger (2^a edición).

OTROS

- *Costa y Aragón.* Eloy Fernández Clemente.

EN PREPARACIÓN

- *Bilingüismo y enseñanza en Aragón.* Juan Martínez Ferrer.
- *Debate sobre el agua.* Varios autores.

Normas para la publicación de originales

ROLDE, revista de cultura aragonesa, considerará la publicación de trabajos inéditos de investigación, referentes a las distintas ramas de las Ciencias o las Humanidades que tengan a Aragón como ámbito primordial, y de creación literaria, cuyos autores sean aragoneses o estén vinculados a Aragón. Podrán estar escritos en cualquiera de las lenguas habladas en nuestro territorio: aragonés, castellano o catalán.

El original, y una copia de cada texto, se enviarán a **ROLDE, Apartado de Correos 889, 50080 Zaragoza**. No se devolverán los originales no solicitados.

La extensión máxima de cada trabajo, incluidos cuadros, gráficos, mapas, notas y bibliografía, no excederá de 15 páginas -aproximadamente, 5.000 palabras-, mecanografiadas a doble espacio y por una sola cara. Las notas y la bibliografía, mecanografiadas a un solo espacio, se presentarán siguiendo las normas comúnmente aceptadas.

Los originales recibidos por **ROLDE** serán estudiados por su Consejo de Redacción, quien, si lo estimase conveniente, requerirá informe de asesores escogidos por sus conocimientos en la materia objeto del trabajo, garantizándose el anonimato de autores y asesores. La aceptación definitiva dependerá del Consejo de Redacción de la revista y podrá venir condicionado a la introducción de modificaciones en el texto original.

Aceptado el original para su publicación, el autor estará obligado a facilitar el texto en soporte informático, indicando claramente el sistema y programa con que se haya realizado. Asimismo, facilitará cuanto material gráfico (dibujos, grabados, fotografías ...) entienda necesario para ilustrar o complementar su trabajo; material gráfico que presentará numerado correlativamente, señalando el lugar preciso donde deba intercalarse en el texto, y provisto de los pies o leyendas correspondientes, que vendrán, además, contenidos dentro del soporte informático exigido.



IBERCAJA CON EL MEDIO AMBIENTE

Nuestro territorio. Nuestro patrimonio.



En Ibercaja prestamos una atención muy especial al Medio Ambiente, un patrimonio de todos, que debemos proteger y conservar para las generaciones futuras. Desde Ibercaja, fieles a nuestras raíces, hacemos una llamada al cuidado y respeto por lo más preciado que tenemos, nuestra naturaleza.

La necesidad de cuidar nuestro territorio, fuente de vida y riqueza, es el mensaje que queremos transmitir a todos los aragoneses con nuestra colaboración en la Campaña de Protección del Medio Ambiente.

Porque en Ibercaja siempre apoyaremos nuestro territorio, nuestro patrimonio.

iberCaja 
Caja de Ahorros y Monte de Piedad
de Zaragoza, Aragón y Rioja



CADA
VIERNES
EN TU
QUIOSCO

Si quieras colaborar en la conservación de la fabla aragonesa y en la creación de cultura en aragonés...

**hazte socio
colaborador
del Ligallo de Fablans
de l'Aragonés**

Por 5.000 pts. al año, recibirás información de las actividades del Ligallo de Fablans de l'Aragonés y las publicaciones "Orache" y "A Lucana" y contribuirás a que sean realidad estas y otras actividades.



**Ligallo de Fablans
de l'Aragonés**

Coso 103, pral. • Tel. (976) 20 10 12
50001 ZARAGOZA

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALTOARAGONESES (DIPUTACIÓN DE HUESCA)

ÚLTIMAS PUBLICACIONES:

¡Esa luz! (Guion cinematográfico), de Carlos SAURA (ed. de Agustín SÁNCHEZ VIDAL).

Del esparto a la P. A. C. Primeras Jornadas Agrarias (Lalueza, noviembre-diciembre 1993).

Ramón J. Sender (1924-1939): periodismo y compromiso, de José Domingo DUEÑAS LORENTE.

Joaquín Maurín (1896-1973), de Anabel BONSÓN AVENTÍN.

Correspondencia Ramón J. Sender-Joaquín Maurín (1952-1973), de Francisco CAUDET.

La Iglesia de San Salvador (Torrente de Cinca), de Ramón ESPINOSA y Joaquín SALLERAS.

DE PRÓXIMA APARICIÓN:

Semblanzas de un combatiente de la 43.^a División (De Broto a Puigcerdà, 1936-1939), de Mariano CONSTANTE.

Estudio de la Vigilia y Octavario de San Juan Baptista, de Ana Francisca Abarca de Bolea, de M.^a Ángeles CAMPO GUIRAL.

Semblanzas de Escartín, de José M.^a SATUÉ SANROMÁN.

El lugar de un hombre, de Ramón J. SENDER (ed. de Donatella Pini Moro).

INFORMACIÓN:

C/ Parque, 10 – 22002 HUESCA – Telf. (974) 24 01 80 - 24 07 10 - Fax (974) 24 31 12

COLECCIÓN DE ANTROPOLOGÍA ARAGONESA

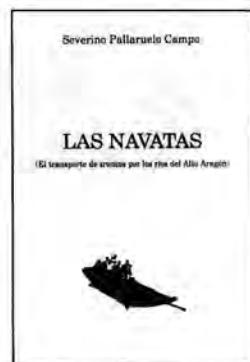


Aragoneses. Políptico desde la Antropología Social
Carmelo Liso Tolosana
Zaragoza, 1992
188 págs. 17 x 24 cm.
I.S.B.N.: 84-7753-293-1

Recoge un florilegio de textos sobre Aragón y los aragoneses en los que aborda el tema de nuestra identidad no sólo desde la vertiente histórica sino también desde las formulaciones noemático-rituales y las manifestaciones simbólicas del presente.

Las Navatas.
(El transporte de troncos por los ríos del Alto Aragón)
Severino Pallaruelo Campo
Zaragoza, 1992
167 págs. 17 x 24 cm.
I.S.B.N.: 84-7753-277-X

Tratado etnográfico sobre al antiguo sistema de transporte fluvial de troncos que nos acerca a un oficio tradicional ya desaparecido, igual que la vieja sociedad en que se desarrollaba.



Navatero **V Encuentro Internacional** **de Asociaciones Navateras**

(Vídeo)

Realización de Rajko Rutar

Se editó, en 1992, con ocasión de la celebración en Aragón del «V Encuentro Internacional de Asociaciones Navateras». El objetivo era profundizar en el conocimiento



del mundo de las navatas a través de la ilustración cinematográfica del descenso de troncos por los ríos del Alto Aragón y de la dureza de las condiciones en que se realizaba esta actividad de nuestra economía rural, que moriría con la aparición de los nuevos medios de transporte. Ahora la voluntad es de consolidar su recuperación, pero ya sólo como hecho testimonial y festivo.



Estudios de Antropología Social en el Pirineo Aragonés
Juan José Pujadas
Dolores Comas d'Argemir
Zaragoza, 1994
376 págs. 17 x 24 cm.
I.S.B.N.: 84-7753-486-1

Ensayos donde se rastrea el deseo testimonial de rescatar del olvido y dejar constancia del proceso de liquidación de un conjunto de formas de pensar, subsistir, organizar y hacer, que pertenecen a modos pretéritos.

Prácticas simbólicas y vida cotidiana. (La identidad aragonesa en cuestión)

José Bada
Zaragoza, 1995
208 págs. 17 x 24 cm.
I.S.B.N.: 84-7753-531-0

Textos en los que el autor, desde el rincón del mundo donde tiene su casa. Aragón, se ocupa de asuntos humanos, como gusta de decir, en un discurso que va de la casa a la plaza, de lo más nuestro a lo más abierto.



COLECCIÓN SÍNTESIS DE ARAGÓN



Cestería tradicional aragonesa
M.ª Elisa Sánchez Sanz
Zaragoza, 1995
344 págs. 24 x 30 cm.
I.S.B.N.: 84-7753-498-5

Investigación histórica, etnográfica y antropológica de la cestería aragonesa, que se inicia con el estudio de las fibras vegetales; asiste luego a su desenvolvi-

miento histórico y gremial; pasa después a tratar de la materialidad del trabajo cestero, recogiendo sus técnicas y describiendo sus talleres; analiza más tarde la producción de piezas, según su funcionalidad; para referirse finalmente a las perspectivas sociales y económicas del trabajo y al presente y futuro de la cestería.



Departamento de Educación
y Cultura



CONTRATIEMPO

Teléfono (976) 10 78 59 - Fax (976) 10 79 34
Polígono Industrial MALPICA
 C/ Las Sabinas, 63
50171 LA PUEBLA DE ALFINDÉN
(ZARAGOZA)



LIBRERÍA CÁLAMO

Plaza San Francisco, 5
 Telf. y Fax (976) 55 73 18
 50006 ZARAGOZA

CASA EMILIO

COMIDAS

Avda. Madrid, 5
 Teléfonos 43 43 65 - 43 58 39
 ZARAGOZA



MATERIAL FOTOGRÁFICO
 FOTOS CARNET
 LABORATORIO PARA
 FOTOGRAFÍAS Y DIAPPOSITIVAS

Fernando el Católico, 14
 Teléfono 45 81 76
 50009 ZARAGOZA

**LIBROS
DE
OCASIÓN
Y
RESTOS
DE
EDICIÓN
A PRECIOS
DE SALDO**



Hnos. Vidal S. L.
*Baltasar Gracián, 31
 Tel. 56 70 12 - Fax 56 61 54*
*Duquesa Villahermosa, 29
 Tel. 56 77 53*
ZARAGOZA

Aragón, Guías de Viajes,
 Mapas, Política,
 Leyes, Naturismo,
 Guías de Animales y Plantas,
 Deportes, Navegación,
 Cine y Fotografía, Cocina,
 Esoterismo,
 Literatura Fantástica,
 Juegos de Rol, Erotismo,
 Humor, Poesía, Historia,
 Historia de la Literatura,
 Música, Arte, Infantil

Llena este boletín y envíalo al Apartado de Correos n.º 889. 50080 ZARAGOZA.

D.

C/ n.º C. P. Ciudad

Estoy interesado en:

- Pertener al R.E.A. como socio (1.100 ptas. trimestre —publicaciones gratis—).
 Suscribirme a sus publicaciones: **ROLDE, Revista de Cultura Aragonesa** (4 números al año) y **Cuadernos de Cultura Aragonesa** (2 números al año). 3.000 ptas. anuales.

DOMICILIACIÓN BANCARIA

(firma)

Le ruego atienda los recibos que girará a mi nombre el **Rolde de Estudios Aragoneses**.

Banco o Caja Agencia Cta. o L. O. Ciudad
 (10 dígitos)



REVISTA DE CULTURA ARAGONESA N.º 73

ROLDE

